
Eduardo Berti
Círculo de lectores
PÁGINAS DE ESPUMA

CÍRCULO DE LECTORES

EDUARDO BERTI



Eduardo Berti, *Círculo de lectores*
Primera edición digital: febrero de 2020

ISBN epub: 978-84-8393-656-6
IBIC: FYB

Colección Voces / Literatura 290

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

El lector inspirado es aún más escaso que el autor inspirado.

Jaime Jaramillo Escobar, *Método fácil y rápido para ser poeta*

A Mariel y a Ulises
A mi compañero de banco de tercer grado: mi primer lector

INSTRUCCIONES PARA LEER UN LIBRO

Nadie habrá dejado de observar que con frecuencia las frases se combinan de modo tal que una parte se lee en forma fluida con las palabras de las frases venideras, y la parte siguiente cobra sentido con las palabras previas, para dar paso a una nueva concatenación, fenómeno que se repite en espiral o en línea sintagmática hasta niveles sumamente variables. Concentrándose y poniendo la mano derecha bajo la contracubierta, y la izquierda bajo la cubierta correspondiente, se está en posesión momentánea de una página o de un conjunto de páginas. Cada una de estas páginas, formadas por dos lados, par e impar, se sitúa un tanto después o delante que la anterior, principio que da sentido al libro, ya que cualquiera otra combinación produciría formas quizá más bellas o pintorescas, pero incapaces de trasladarnos desde el inicio de una historia hasta su desenlace.

Los libros se leen de frente, pues de atrás o de costado resultan particularmente incómodos. La actitud natural consiste en mantenerse sentado, los pies firmes sin moverse, la cabeza erguida, aunque no tanto porque los ojos dejarían de ver las páginas inmediatamente accesibles, respirando con lentitud y regularidad. Para leer un libro se comienza por mover esa parte del cuerpo situada a la izquierda y por lo común por encima de la cintura, envuelta casi nunca en cuero o gamuza, y que salvo excepciones cabe exactamente bajo el conjunto de páginas. Puesta bajo la cubierta y el lomo del libro que deseamos leer dicha parte, que para abreviar llamaremos mano, se recoge la parte equivalente de la derecha (también llamada mano, pero que no ha de confundirse con la mano antes citada), y llevándola al nivel de la mano, se la hace seguir hasta colocarla bajo el conjunto de páginas también a la derecha, con lo cual bajo este conjunto descansará la mano y bajo el conjunto a la izquierda descansará la mano. (Las primeras páginas son siempre las más difíciles, hasta adquirir la coordinación necesaria. La coincidencia de nombre entre la mano y la mano hace difícil la explicación. Cuídese especialmente de no mover al mismo tiempo la mano y la mano).

Llegado de esta manera a la página siguiente, basta repetir en

forma alternada los movimientos hasta encontrarse con el final del libro. Se sale de él fácilmente, con un ligero golpe de autoridad que lo fija en su sitio de la biblioteca, del que no se moverá hasta una probable relectura.

EL NARRADOR

Era yo el narrador de la novela, pero no su autor. Esto es normal, me consolaban los restantes personajes. Un día quise asomarme y verle la cara al autor. Ver cómo era. A lo mejor, por qué no, podría hablar un rato con él. Había un par de hechos que (desde mi perspectiva, al menos) no me parecían muy claros. No lo hagas, no lo hagas, me aconsejaban los restantes personajes. La tentación pudo más. Me asomé y alcancé a verle las manos. Unas manos de mujer, con uñas pintadas de rojo, les informé a los otros personajes mientras seguía narrando (por suerte, había pasajes de descripciones muy largas en que aprovechábamos para charlar). La visión subrepticia de las manos exacerbó mi intrepidez. Volví a asomarme en medio del capítulo xvi, aprovechando la grieta de una elipsis. Llegué a vislumbrar algo más, pero todo reducido a una especie de tumulto: el movimiento de un brazo, palabras y garabatos y tachaduras a lo ancho de un cuaderno, una lámpara capaz de derretir al más enorme muñeco de nieve… Solo eso. Ni el menor atisbo del rostro. La novela seguía avanzando y no quedaban más que ochenta páginas. Me armé de coraje, otra vez. Tenía que ver al autor. Quiero decir, a la autora. Verle la cara. Los restantes personajes intentaron disuadirme. Ahora pienso que acaso presentían algo. El gran traspié, la infortunada caída fuera del libro, todo eso lo recuerdo vivamente, pero a la vez como una especie de sueño, como acaso recuerdan ciertos lectores las páginas de la novela en la que yo era el narrador. Desde luego, quise regresar al libro, fue mi lógica reacción, propia de un soldado ansioso por reintegrarse a las filas en combate; sin embargo, la novela (o sea, la realidad física del papel) se oponía a cualquier empeño. La autora, he de admitir, no resolvió mal el libro: una tercera persona narra mi muerte y hace correr, con falso aire innovador, un telón bastante eficaz. En cuanto a mí, claro que sufro el destierro y añoro los tiempos de oro en que, sin ser dios, era el verbo. De vez en cuando, aunque no es más que un consuelo, me hacen un hueco en un libro y puedo ejercer fugazmente, como aquí, mis talentos para narrar.

CÍRCULO DE LECTORES I

EL SEÑOR SOAMES

Antes de sentarse a leer una novela, porque solo leía sentado, el señor Soames contaba las páginas.

¿El primer capítulo empezaba en la página 12? ¿El final ocurría en la 348? En tal caso, el texto abarcaba 336 páginas y el señor Soames iba directamente a la página ubicada en el medio, dato que obtenía dividiendo 336 por dos y sumándole 12. Una vez allí, en la 180, buscaba el centro (un centro que tampoco era aproximativo, nada de eso, porque él contaba las palabras, es más, las letras incluyendo cada espacio en blanco) y se ponía a leer o, mejor dicho, a buscar lo que él llamaba el nudo conceptual del libro.

-Aquí está -exclamaba Soames- la piedra angular que sostiene el arco de la novela -y apuntaba a un puñado de palabras inofensivas, triviales para el mundo entero, menos para él.

Era raro que el señor Soames no se topara o no quisiera toparse allí con algo revelador. Una frase que a sus ojos encerraba, iluminaba todo. Una acción leve, intrascendente en teoría, que replicaba en miniatura (en *mise en abyme*, prefería el señor Soames) la totalidad del libro.

¿Era el azar? ¿Era la expresa voluntad de los autores? ¿O era, mal que le pesase, su necesidad de formas, su anhelo de simetrías?

Algunos le proponían que hiciera la misma prueba escogiendo otras páginas.

-Sí, podría hacerlo. Buena idea -respondía el señor Soames.

Pero nunca lo intentaba.

LA SEÑORA RAPIN

La señora Rapin esquivaba los libros sin leer como si huyese, espantada, de una epidemia mortal.

Llevaba más de una década consagrada a releer y nada más que releer. Y únicamente releía cuando viajaba.

A veces, justo es decirlo, organizaba un viaje solo para eso. La reunión de trabajo en Amsterdam o en Zúrich no era imprescindible, no, y podría haberse resuelto telefónicamente, pero la señora Rapin sentía deseos de releer.

Las dos cosas que se prohibía a la hora de viajar eran: llevar un libro al mismo sitio donde lo hubiese leído por primera vez; llevar un autor chino a China, un autor español a España, un autor noruego a Noruega y así sucesivamente.

-Lo que me interesa -explicaba- es tomar dos o tres libros y releerlos en un contexto diferente, extranjero.

Había en su método algo aleccionador: el mismo libro, en otro tiempo y espacio, era fatalmente otro.

Pero lo más apasionante era el «choque de recuerdos», como le gustaba decir.

-Releer *La Cartuja de Parma* -decía la señora Rapin- no solamente resucita el argumento, la acción de los personajes, los escenarios de la acción. También resucita el marco de mi primera lectura: las vacaciones de aquel agosto en un pueblo junto al mar. Ese recuerdo es el que choca, el que lucha con ese otro mes de agosto o con esa ciudad sin mar.

A veces, los dos recuerdos parecían quedar muy cerca, tanto que lograban fundirse en uno solo. Otras veces, se contemplaban desde una distancia abismal: no había en el mundo, según la señora Rapin, mayor belleza que esa lejanía.

LA SEÑORITA MOTLERI

La señorita Anna Motleri estaba leyendo aquella tarde lluviosa un libro de cuentos de Dino Buzzati cuando oyó un ruido perturbador en la habitación de al lado. Se levantó y se topó con una máquina enorme, del tamaño de un ropero, aunque de silueta como inclinada. Hasta donde conseguía recordar, esa máquina era nueva. Nunca antes había estado allí, en su casa. Y ella jamás la hubiese puesto en medio de una habitación entorpeciendo así el paso. El armatoste despedía unos zumbidos altaneros y su función resultaba incomprensible. La señorita Anna retrocedió de manera instintiva y se preguntó si aquello no tendría cierta afinidad con el cuento de Buzzati que había empezado a leer. El cuento hablaba de una máquina que detenía el tiempo, supuestamente inventada en la universidad de Pisa. Por un rato, la señorita estudió aquel panorama con sus ojos penetrantes, sin decidirse a tocar ninguno de los botones. Segura de que el artefacto provenía de las páginas del libro, tendió su mano huesuda y con un dedo apretó el único de los muchos botones que emitía luz. La máquina tembló un poco y en una exigua pantalla, entre sonidos y parpadeos, se materializaron dos, cuatro, seis, ocho números, con seguridad una fecha, dedujo: 17 — 10 — 1953. Sí, eso tenía que ser: el día, el mes y el año en que se detendría el mundo. Una fecha curiosamente anterior a su nacimiento. Incrédula ante esto último, decepcionada porque el gesto no había suscitado consecuencias significativas, la señorita Anna quiso volver a la otra habitación, pero sintió que sus pies se movían a cámara lenta y se percató de que había un silencio desconcertante. Ni siquiera se oía la lluvia o el tránsito de la ciudad. ¿La máquina estaba ejerciendo alguna clase de efecto? Anna se desplazó, lentísima, hacia el sillón donde la aguardaba el libro. Entonces vio algo imprevisto: el libro era el mismo libro, pero muy delgado. De la treintena de cuentos quedaban apenas ocho. La señorita buscó el cuento que había empezado a leer, el de la máquina para frenar el tiempo. No lo halló por ningún lado. De pronto recordó la fecha. El año en el que la máquina había detenido el mundo era previo a la publicación del libro. La deducción fue inmediata: Buzzati no había llegado a escribir todos los relatos. Sería exagerado decir que la señorita Anna sintió un estremecimiento. Lo seguro es que se hizo

una pregunta: ¿por qué, si todo se había paralizado, ella seguía en movimiento? Tal vez la respuesta estuviera en el cuento de Buzzati. Tal vez ahí se explicase que las personas nacidas después de la fecha elegida para detener el tiempo (algo que era una suerte de paradoja: nacer después de que el tiempo se ha interrumpido) perdían de modo paulatino la potencia y la rapidez, como ahora empezaba a ocurrirle a ella. La señorita Anna se imaginó un proceso irreversible: su vigor iría menguando con el correr de los minutos, hasta el reposo absoluto, hasta la quietud total. No se atrevía a asomarse por la ventana ni a encender el televisor ni a llamar a las puertas de alguno de sus vecinos. No se atrevía y, peor aún, no le quedaban fuerzas para algo así. De repente se acordó: ¡la máquina, en la habitación de al lado! Un simple gesto suyo y las cosas se pondrían en movimiento otra vez. Así que anduvo, lo más de prisa que pudo, muy despacio, muy despacio, como en esas historias de ciencia ficción que tanto amaba leer y donde a menudo aparecía un salvador del planeta o de la civilización. Pobre Anna, entre un paso y el siguiente parecían transcurrir horas. Pero llegó y, con una especie de nudo en la garganta, vio un vacío en la habitación. Ni el más mínimo rastro de la máquina. La escena era alarmante, aunque no tan descabellada, caviló. Si el cuento de Dino Buzzati no se había escrito jamás, no había razón para que existiera esa máquina, muchos menos para que la máquina hubiese saltado de la ficción a la realidad. Eso estaba diciéndose, sin saber si debía sentir alivio o preocupación, cuando creyó oír no muy lejos un zumbido familiar: era un zumbido insistente, era el ruido perturbador de la máquina de detener el tiempo, pero cada vez más débil, pero cada vez más lento, más pausado y más trabajoso, pero cada vez más…

EL SEÑOR BORBAS

Muy tarde en la noche, tras un sueño intranquilo, el señor Borbas se levanta, bebe un poco de agua, corre hasta la biblioteca en busca de un libro preciso que tiene que estar y que está en su lugar acostumbrado, dato que no lo serena, entonces se arroja sobre sus páginas con gestos de soñolienta torpeza, lo abre, se diría que lo agita, pero no, quien está agitado es él, lo examina, lo hojea, lo hojea, salta unas treinta páginas, unas cincuenta más bien, sigue hojeando y al fin resopla, qué alivio, allí están los personajes en su sitio, haciendo las cosas de siempre, diciendo esas mismas frases que el señor Borbas casi ha memorizado al cabo de tantas lecturas, allí están todas las palabras y los puntos y las comas en su sitio exacto, sí, fue solo una pesadilla y puede volver a dormir.

EL SEÑOR BARTELBOOTH

El señor Bartelbooth no podía leer sin que sus propias ideas se interpusiesen. Era en vano que él abriera cualquier libro: sus pensamientos ocupaban el lugar del texto. Pero a la vez era cierto que las mejores ideas se le ocurrían leyendo, así que acudía a los libros con la evidente intención de salir de ellos (de salir, en fin, de la frustrada lectura donde no entraba jamás) con alguna clase de hallazgo o, por qué no, de revelación personal.

En un comienzo, el señor Bartelbooth había inferido que la calidad o la hondura de sus reflexiones y sus pensamientos era proporcional al libro que había abierto o, si no era proporcional, estaba influida por ello. Con los años había aceptado que el libro abierto no tenía importancia alguna y que, más irónico incluso, un mismo libro (uno solo, delgado e instrascendente) bastaba para que en su mente nacieran mil y un ideas.

Desde niño, Bartelbooth había oído hablar de la riqueza infinita que hay en los libros. Ahora experimentaba aquello en carne propia.

EL SEÑOR BRIEST

Tan solo, desde su más tierna infancia, alemanes autores el señor Briest leía y autores otros no, directamente sus libros ignoraba. Hablar y leer alemán bien el señor Briest sabía porque enseñado su padre y su madre se lo habían y placer grande esto, por cierto, le daba. De modo que normalmente en las librerías de la ciudad del país del sur del americano continente donde vivía buscaba el señor Briest libros que escritos estuviesen en alemán, pero en ciudad aquella donde vivía él librerías pocas había que libros vendiesen en alemana lengua o en extranjera lengua otra, entonces comprando de cierto libro en alemán originalmente escrito una traducción al castellano se consolaba el señor Briest. Decirse puede que era del señor Briest la ocupación mayor no tanto en alemán leer libros como en castellano traducciones leer que, salvo excepciones de la mano con los dedos contadas, muy buenas no le parecían. Que su ocupación era, en broma decía el señor Briest, traducciones enderezar: o sea, el orden cambiar de las palabras. Porque notado había con los años que mal no estaban elegidas por los traductores las palabras, pero en cambio escritas las frases como en raro orden aparecían, de la estructura del alemán propia las frases impregnadas. Horas a veces el señor Briest en aquello arreglar tardaba y un método tenía: en separados papeles cada palabra escribía y de esta manera el orden probando mejor iba o el que menos orden raro sonaba. Agotador era eso. Pero divertido también. Las veces que muy embrollada la traducción estaba la libertad se tomaba de una carta enviar a la editorial que publicado había el libro donde para mejorar y más comprensible el texto hacer sus sugerencias indicaba. Le respondían casi nunca. Le importaba nada y poco. El placer verdadero era, en el fondo, que mejor las frases sonaran. Y como hermanos libros coleccionaba en su biblioteca: al lado de los comprados volúmenes, las corregidas versiones ponía.

EL SEÑOR FUNES

El señor Funes pensaba que se sabía de cabo a rabo todos los libros leídos. Y lo mismo pensaban los demás. Decirle «*Guerra y paz*, primera parte capítulo xix» era como apretar un botón. «El viejo criado se hallaba en su lugar de siempre escuchando los ronquidos del Príncipe», empezaba el señor Funes. Para seguir: «Podían oírse, a través de las puertas cerradas, los pasajes difíciles de la Sonata de Dussek…». Y así sucesivamente, hasta la palabra final. A menudo se acordaba por completo de algún libro que, a la vez, olvidaba haber leído. Esto ocurría porque el libro no le había provocado ninguna emoción memorable. Sin embargo, el texto entero, la masa fría de palabras, perduraba en su cabeza, lo quisiera Funes o no. ¿Existía un libro que burlaba su memoria? No, eso habría sido muy simple, un percance muy obvio para su historia.

El señor Funes pensaba que se sabía todos los libros leídos y era verdad. Pero, pequeño detalle, a cada uno de ellos le añadía una frase de ocho, diez, quince palabras, nunca más de dieciséis, que jamás era la misma y que él era incapaz de reconocer como frase intrusa. La suma de estas frases en cierto orden, en un orden particular, producía un libro: el libro del señor Funes. Él no sabía nada de esto. Y sin orgullo, con humilde mansedumbre, se creía a salvo de la invención. Un paradigma de fidelidad.

EL SEÑOR GUERMANTES

«Por miedo a traicionar su agitación, se demoró un rato fingiendo que se arreglaba un zapato. Luego ingirió el somnífero, además de los medicamentos para la circulación, y bebió todo el aguardiente que quedaba en la botella de su hermano, es decir, casi medio litro».

El señor Guermantes, llegado a este punto de la novela, estimó que era el momento ideal para abandonarla. Tomó uno de los marcapáginas que guardaba en un cajón, lo deslizó entre las páginas 204 y 205 y guardó el libro en su biblioteca personal, al lado de las ochenta o acaso noventa novelas que tampoco había acabado de leer.

Aquello no era un accidente. La novela podía aburrirlo o, al revés, apasionarlo; en cualquier caso, él jamás la terminaba.

Si alguien hubiese espiado con atención, habría visto su biblioteca toda compuesta de libros en los que, como un pequeño rabo, sobresalía un marcapáginas. Cada uno de ellos marcaba, con una pizca de culpa (un rabo entre las páginas), dónde él había interrumpido la lectura. Pero, en el fondo, esa marca era una gran formalidad porque Guermantes recordaba, hasta el más mínimo detalle, en qué escena, qué instante y qué frase exacta había quedado congelado el mundo de cada novela.

A partir de ese momento, todo era conjetura. A veces resolvía que el mejor final para tal novela debía ser la muerte del protagonista; a veces pensaba que quizá otra novela no permitía un desenlace que no fuera el casamiento. A ciertas novelas, en cambio, llegaba a idearles cinco, seis epílogos diferentes, todos igual de promisorios o igual de insatisfactorios.

Los amigos, conocidos y familiares del señor Guermantes estaban, en buena medida, al tanto de sus hábitos. Él solía ponerse en guardia siempre que una conversación tocaba o siquiera rozaba el tema de los libros. Por fortuna, esto era muy infrecuente (ya nadie hablaba de esas cosas), pero el señor Guermantes sabía que era bueno tomar recaudos. Se había enterado sin querer de cómo finalizaba una vieja novela rusa por culpa de una mediocre adaptación televisiva.

A modo de precaución, desde entonces leía (parcialmente, claro) novelas de suma importancia, unánimemente aclamadas, pero no las

más populares cuyo final pudiera sorprenderlo al doblar una esquina.

El señor Guermantes se había propuesto leer así, de modo interrumpido, hasta cumplir sesenta años o hasta llegar a las ciento diez novelas. Lo segundo ocurrió primero, al cumplir cincuenta y ocho años.

En dos grandiosos cuadernos había apuntado los finales como él los imaginaba. Al cabo del tiempo había ido revisando sus ideas. Ahora contaba con ciento diez finales, uno por cada novela. Atrás habían quedado las dudas y los desenlaces alternativos.

Sin embargo, le faltaba el final más importante: el final para la historia del señor Guermantes.

Una opción para ese final era que él no había previsto nada bien, pero no lo sentía como una derrota: los desenlaces inventados por él eran superiores; los verdaderos le parecían insensatos, previsibles.

Otra opción era que había «adivinado» todo (no le gustaba el verbo «adivinar», le parecía incorrecto), pero, en lugar de alegrarse o de llenarse de orgullo, sentía una enorme frustración. Había esperado ciento diez sorpresas para el final… Había esperado eso en vano.

EL SEÑOR TROILO Y LA SEÑORA CRÉSIDA

¿En qué estás pensando?, preguntaba la señora Crésida. Eso mismo, ¿en qué estás pensando?, retrucaba el señor Troilo.

Se amaban en forma asfixiante, se escribían cartas que decían «… siempre estar juntos… no separarnos nunca… como un solo ser».

Para ser fieles a su obsesión (o para ser fieles y punto, tal como ellos veían las cosas) habían puesto en marcha un método que les parecía excelente: leían los mismos libros a la vez, en simultáneo, y toda otra lectura quedaba excluida, excepto los periódicos o los papeles de trabajo.

Leían de noche, en la cama, antes de dormir. Leían los fines de semana -los domingos por la tarde, sobre todo- en el viejo diván de terciopelo azul. A veces el señor Troilo sostenía el libro y la señora Crésida apoyaba la cabeza sobre su hombro. A veces la señora Crésida leía un fragmento en voz alta y el señor Troilo entrecerraba los ojos. A veces sostenían el libro con una mano cada uno. A veces uno terminaba la página antes que el otro (ella leía, por lo común, con más lentitud que él) y esperaba como un coche ante un semáforo en rojo.

El método era excelente, pero -se sabe, ay- nada es perfecto. Era imposible que en sus mentes no germinasen dos libros distintos. Cuanto más vaga y breve era la descripción de cierto lugar o de cierto personaje, más diferente era lo que cada uno imaginaba. Resolvieron conversarlo. Negociar. De este modo, por ejemplo, la bella heroína de la novela tenía el pelo que había imaginado Troilo y los ojos que había imaginado Crésida.

Un día leyeron un cuento muy sucinto y algo extraño, acerca de una pareja que solo leía de a dos. Se tumbaban en un viejo sillón de terciopelo azul, pero el narrador decía muy poco de estos personajes: ni sus nombres ni sus edades ni el más mínimo rasgo físico.

Hicieron la pausa habitual. Conversaron. Cotejaron. La pareja de aquel cuento, dijo la señora Crésida, era idéntica a ellos dos. Así se la imaginaba.

Hubo, entonces, un silencio incómodo.

-Él es igual a mí -convino el señor Troilo-. Pero ella... -titubeó.

-A ver, ¿en qué estabas pensando? -se alarmó la señora Crésida-. O, mejor dicho, ¿en quién?

EL SEÑOR KRAPP

El señor Krapp solamente puede leer en una habitación de hotel. No es que allí lea mejor o más concentrado. No, el asunto es más complejo y nadie entiende sus causas. Si el señor Krapp se sienta en un bar, en un restaurante, en el banco de una plaza, en un tren o incluso en una habitación que no queda en un hotel, es inútil que se afane en cualquier clase de lectura: el libro entre sus manos se vuelve de pronto una jungla impenetrable (es la metáfora que usa el señor Krapp cuando explica a otros su caso), como si estuviese escrito en un idioma incomprensible. El problema, que no es nuevo pues data de unos siete años, sería banal o menos grave si el señor Krapp fuese un simple aficionado a la lectura, pero leer es una faceta esencial de su trabajo; así que suscribió un convenio con un hotel dos estrellas que hay muy cerca de su casa: el hotel K de la familia Krebb. Allí le alquilan por horas y por un módico precio (caso contrario, gastaría todo su sueldo en el hotel) la habitación 103.

El señor Krebb y el señor Krapp han establecido un rito. Siempre hay un cliente que anuncia que llegará un poco tarde, siempre hay un cliente que anuncia que debe partir temprano. Esos huecos improductivos son rellenados por Krapp y sus sesiones de lectura. El convenio le prohíbe echarse en la cama a leer. Hay días en que siente el impulso de no respetar la regla, resulta tan tentador, pero la regla es sensata: un par de veces ha ocurrido que el cliente llega antes y Krebb debe desalojar con urgencia al señor Krapp, operativo que sería dificultoso con una cama deshecha, con unas sábanas sucias.

Al principio, hace seis años, cuando Krapp dio inicio a sus lecturas de lunes a viernes en el hotel, la habitación no era fija. Ocurre, no obstante, que Krapp suele interrumpir sus sesiones (cinco o seis horas leyendo) con una pequeña pausa en la que sale a fumar o a tomar un café negro y, de paso, estirar las piernas. Así que, un día, Krapp le pidió a Krebb que le diera, por favor, siempre la misma habitación porque a menudo, de regreso tras su pausa, debía hacer un gran esfuerzo para recordar el número. Todo habría sido más simple si el señor Krapp usase marcapáginas (es reacio a ellos y a doblar las esquinas de las páginas) o si el hotel tuviese llaveros con números;

pero, a falta de esas cosas, el señor Krapp se confundía frecuentemente y acababa, por ejemplo, pidiéndole al señor Krebb la llave de la 110 (en vez de la 115) y salteando cinco páginas del libro.

En un comienzo, el señor Krebb pensó que Krapp tenía una amante. Pronto advirtió que él nunca entraba acompañado y que ninguna mujer acudía sola en sus franjas horarias, por lo que estimó que Krapp era un raro, un maniático.

Un lunes, no pudiendo más de curiosidad, logró que Krapp le contara por qué se encerraba allí horas. Desde entonces, Krapp y Krebb comparten una broma cándida: en el registro donde asienta la marea de huéspedes, en vez del apellido de su fiel cliente, el señor Krebb inscribe el apellido del autor del libro que ese día está leyendo Krapp.

Ayer anotó, por ejemplo, al señor Kritt. Nombre excelente, sin duda, para un huésped.

DINERMAN VIENE A LA CIUDAD

Para Alberto Manguel

I

El señor Kobler, un anciano abogado húngaro con título de nobleza, coleccionaba libros y lectores y tenía una gran casa de campo a media hora de Budapest, consagrada por completo a albergar una biblioteca tan desbordante que, en vez de limitarse a ocupar aquel ámbito, continuaba en su domicilio fijo de la capital, suerte de anexo destinado a los libros de poesía y a los ensayos de interés general. Eso en cuanto a la primera y más usual de sus pasiones: los libros (que él prefería manidos y polvorientos); sin embargo, si en algo se había destacado Kobler, a tal punto que en Europa se hablaba bastante de ello, era por su colección de lectores. Esta segunda colección se diferenciaba de la otra, según sus propias palabras, porque no era «acumulativa». Si a casi nadie permitía Kobler manipular sus libros, los mismos que él abría y cerraba solamente con unos guantes especiales, dignos del más concienzudo de los cirujanos, la colección de lectores exigía un rito gregario que él celebraba nunca menos de dos veces por año y que contaba, desde luego, con un público selecto. Había en esos encuentros algo de exhibición de atrocidades, semejante a los espectáculos de Charcot. Era bastante sabido que, de joven, recién terminada la guerra, el señor Kobler había soñado con la medicina, pero su padre lo había obligado a estudiar abogacía. Tanto en el detalle sutil de los guantes para los libros como en la especie de tinglado que solía montar en su casa, en el centro de un altillo donde cabían veinte personas sin problemas, salía a relucir aquella vocación médica frustrada.

La colección de lectores constaba de unos treinta casos que, a lo largo de muchos años, Kobler había presentado con éxito a su auditorio. Por supuesto, los casos eran singulares: un hombre que solamente leía con el libro al revés, las letras patas arriba; una mujer a la que le bastaba con hojear el libro a toda velocidad para aprehender

todo su contenido; un hombre para quien leer significaba tachar y, en consecuencia, acababa con páginas y páginas cubiertas de gruesos trazos: volúmenes «clausurados». Cosas así. A diferencia de otros coleccionistas de menor talla, que se limitaban a describir a tal o cual lector, como mucho exhibiendo fotografías de este o aquel, Kobler no estimaba haber sumado otra pieza de valía hasta que el nuevo lector no era expuesto a su auditorio, en el altillo de su mansión en el centro de Budapest. Si para ello había que pagar viáticos, Kobler pagaba. Los lectores, por lo común humildes y con problemas de diversa índole, solían agradecer el pago de un dinero más que esa hora de efímera gloria.

Un muy selecto círculo de libreros, editores, autores y -por qué no- periodistas componía el público de Kobler, que en los últimos dos años había llegado a rechazar incontables solicitudes de admisión, en su mayoría efectuadas por amigos o relaciones de los ya admitidos. Para obtener casos tan raros, Kobler se apoyaba en un equipo de cazalectores comandado por un cierto Ferencz Mickucz; un equipo tenaz, aunque algo inconstante, cuya búsqueda no sabía de fronteras. El señor Kobler había recibido hacía cuatro o cinco años la visita de una mujer capaz de leer dos libros en simultáneo, incluso en dos idiomas diferentes: la mujer había colocado un libro en cada rodilla y había pasado media hora en un extraño trance. El señor Kobler también había recibido, casi una década atrás, a un hombre que, a medida que avanzaba en la lectura de una novela, adivinaba lo que ocurriría en las páginas posteriores. Para evitar sospechas de los asistentes, Kobler había propuesto que uno de ellos llevase un texto especialmente creado para la ocasión y este hombre, no sin malicia, había pergeñado una trama sin pies ni cabeza, de arabescos impredecibles. El lector había empezado con titubeos, tal vez no estaba habituado a esa clase de ficciones, pero al llegar a la mitad había intuido el resto con exactitud.

II

Cualquier coleccionista se habría sentido muy orgulloso con semejantes ejemplares; sin embargo, últimamente habían llegado toda clase de rumores a oídos de Kobler: se comentaba en Budapest que la mitad de los casos, por no decir la totalidad, eran falsos; se deploraba que la colección no hubiese contado jamás con un lector nacido en Hungría. Esto último, creían muchos, era lo más vergonzoso. Sus más fieles cazalectores, como Mickucz o Szálasi, intentaron serenarlo: los rumores eran fruto del despecho y procedían de personas que Kobler

no había admitido en el círculo. Para tapar las bocas de sus detractores y convencer del todo a sus simpatizantes, Kobler no solo se propuso dar con el más extravagante de los lectores del mundo, sino que a sus auxiliares les ordenó que este debía ser húngaro: de padres, de abuelos y hasta de bisabuelos húngaros. Su plan incluía invitar, de manera sorprendente, a los postulantes que había rechazado.

Por lo común, los cazalectores telefoneaban una vez al mes o le pasaban un informe por escrito. «Me han hablado de un extraño caso en Berlín, viajo mañana», indicaban. Si alguna que otra pista pronto demostraba su falsedad, abandonaban la pesquisa de inmediato. Los cazalectores, por cierto, no tenían la mejor reputación; cada tanto, uno de ellos desaparecía por un rato (Kobler pensaba que llevaban vidas medio disolutas), pero demostraban buenas intenciones y en conjunto resultaban eficaces.

El señor Kobler sabía que lo solicitado esta vez era un lector mucho más específico. Sin embargo, no perdía las esperanzas. Tan solo al cumplirse tres meses empezó a inquietarse un poco. Más grave fue cuando un asiduo miembro de su público quiso saber con qué «nuevo ejemplar» pensaba deleitarlos. Le respondió una vaguedad y, acto seguido, se refugió entre sus libros, que tenía un poco olvidados. No eran las once de la noche, si no ya las once y media, cuando el teléfono sonó en la casa de campo de Kobler y este se abalanzó a atender sin quitarse los guantes con que manipulaba las páginas. La voz grave de Ferencz Mickucz se oía más ansiosa que nunca:

-Tengo a Dinerman, ¡lo tengo! No podemos dejar que escape otra vez.

Kobler no recordaba haberle dado a Mickucz ni a ningún cazalector el número telefónico de su casa de campo. Pero la palabra mágica, el apellido Dinerman, le hizo olvidar ese detalle.

Dinerman era, en rigor, el motivo por el que Kobler había empezado a coleccionar lectores. Todo era culpa de un libro llamado *Lector in fabula*, una suerte de historia de la lectura que poco y nada agregaba a las preexistentes, salvo un anexo apasionante, lleno de casos insólitos. De esos casos, uno solo aludía a una persona viva: un tal señor Dinerman, a quien el autor del libro había visitado.

III

Dinerman tiene tres manías. La primera: solo lee libros que compra a pasos de su casa, siempre en el mismo comercio. La segunda: los libros se van agrupando en una gran biblioteca por riguroso orden de llegada, de arriba a abajo y de izquierda a derecha, y es así como él los lee. La tercera: lee

dos veces cada libro, una de principio a fin y otra en el sentido inverso, aunque no letra por letra, sino palabra por palabra. De esta forma, si una novela concluye con «Rastignac fue a cenar a la casa de madame *de Nucingen», él se niega a dar por cerrado el asunto y continúa leyendo que «Nucingen de* madame *de casa la a cenar a fue Rastignac», sin detenerse hasta haber desandado todo el libro.*

La más extraña de sus manías es, desde luego, la última. Aunque conviene expresarse con cautela: resulta incorrecto decir que Dinerman lee «dos veces» ya que no hace distingos de esa clase y, aun cuando habla de un «camino de ida» y otro «de vuelta», se trata de una sola lectura para él.

Kobler sabía de memoria los nueve párrafos consagrados a Dinerman en *Lector in fabula*.

Por qué Dinerman lee así desde hace más de cuarenta años es un misterio absoluto. ¿Acaso alguien, por error o mala fe, le indicó que era lo correcto? ¿O acaso Dinerman es un autodidacta que infirió equivocadamente las reglas del buen lector? Existe una tercera explicación, un tanto más improbable: Dinerman creció y se educó en una ciudad extranjera donde parte de la población leía en hebreo; puede ser que a la distancia -él es un hombre distante: pudoroso y respetuoso- viera a los que leían en hebreo y a los que no y entendiese que unos y otros leían en un mismo idioma.

Alguien dirá, a todo esto, que aún más grave que el «método Dinerman» es la actitud de la gente, que no le avisa que lee «medio» libro en vano. Pero ha corrido el rumor de que es una suerte de sabio. Hasta se habla de descubrimientos asombrosos. Y ya se sabe que muchos, ante la conducta de un sabio o de un genio, no hacen más que encogerse de hombros.

En todo caso, es una pena que Dinerman, tan renuente, nunca hable de sus lecturas. Si no lo hace es porque estima que podría emplear leyendo ese tiempo precioso, pero las muy raras veces en las que su calvo librero consiguió arrancarle algo sobre el libro que llevaba bajo el brazo (Dinerman vive con un libro bajo el brazo, siempre bajo el brazo derecho porque es zurdo) oyó decir que «a partir de la mitad la acción decae», que «el epílogo es confuso» o que «el autor, llegado un momento, se puso a experimentar».

Hemos escrito que Dinerman habla de dos caminos, a los que llama «ida» y «vuelta». A su juicio, la sapiencia de los libros reside ahí: ellos encarnan para él una hermosa metáfora, una metáfora insuperable del hecho de existir, y todo libro es como una gran montaña; en un comienzo se hace arduo de escalar o de abordar, ya que es urgente hacer pie, entender a los personajes, instalarse en la red de acciones; pero una vez que se ha alcanzado la cumbre, la cima de comprensión (generalmente en

la mitad, ha observado Dinerman), todo se vuelve luminoso, como una persona en sus plenas facultades. Luego viene, por supuesto, el trecho «de vuelta», el descenso, y aquel mundo familiar parece ahora ensombrecerse, desmigajarse. Todo es más arduo, el paisaje se rarifica, los personajes se ven bastante extenuados, tanto o menos que el autor.

Dinerman ha oído decir que todos o casi todos los escritores corrigen más los inicios que los finales y que detrás de este hecho hay una razón muy simple: lo que escribieron con mayor antelación fue sometido más veces al proceso de reescritura. Desde entonces él sostiene, convencido, que un autor demuestra su aptitud en el «camino de vuelta». Y que lo mismo ocurre con los traductores. Dinerman habla bien inglés y, tiempo atrás, al revisar la traducción de una novela de Walter Scott, encontró errores muy graves en la «segunda parte».

El señor Dinerman tiene el hábito de subrayar los libros, pero siente un gran fastidio cuando, en su camino de vuelta, le resulta muy pedestre un pasaje que marcó a la ida, maravillado. La decepción que le suscita este reencuentro llega a veces a eclipsar el goce sentido al derecho.

Muchas novelas empiezan de manera convincente, otras de modo extraordinario. Dinerman sabe de casos más o menos célebres, *como «Éramos cuatro: George, William Samuel Harris, yo y Montmorency» (*Tres hombres en un bote *de Jerome K. Jerome, cuyo nombre puede leerse «dinermanamente») o el inicio de* Anna Karenina: «*Todas las familias felices se parecen». Lo más arduo, sostiene él, pasa por recomenzar. Y en tal sentido ningún libro lo conmueve como el* Ulises *de Joyce, cuyo reinicio es un ejemplo de música y vigor: «*Yes will I yes said I yes and mad like going was heart his and yes perfume all breasts my feel could he…».

IV

Los cazalectores pensaban que atrapar a Dinerman equivalía a ganarse el favoritismo de Kobler. Dos de ellos habían estado muy cerca de conseguirlo o, por lo menos, eso habían asegurado. El mayor inconveniente era que, tras varios intentos fallidos, el señor Dinerman sabía que era objeto de una pesquisa y se había vuelto más esquivo e inhallable.

Kobler estaba aún en su casa de campo cuando, dos o tres días más tarde, hubo un segundo llamado de Mickucz. La voz se escuchaba alterada, como si el viejo cazalectores hubiese bebido de más. El diálogo, así y todo, fue bastante normal.

-He hablado con Dinerman. Acepta si después lo dejamos tranquilo.

-Dígale que sí, que sí… -se excitó Kobler.

-Eso hice sin consultarlo, señor.

-¿Y entonces?

-Hay un detalle: los honorarios… El triple de lo acostumbrado. Aunque me dijo que por eso, si usted lo desea, está dispuesto a decir que su abuela era húngara y que él se siente uno de los nuestros.

-¡Magnífico! -exclamó Kobler-. Cierre ya mismo el trato y pídale que venga en tres semanas.

Esa noche, de regreso en Budapest, Kobler no pudo dormir. ¡Dinerman en su colección! Apenas Mickucz confirmó la fecha exacta en la que este llegaría a la ciudad (tenía miedo a los aviones, solo se desplazaba en tren), Kobler mandó a imprimir unas tarjetas lujosas, a modo de invitación, y entre los destinatarios incluyó a quienes habían pedido una vez ser parte de la concurrencia. Pronto empezó a rondarle la siguiente idea: con Dinerman le pondría un broche de oro a su colección. Tras semejante lector todo sería declive.

V

A diferencia de otros invitados, el señor Dinerman había pedido llegar a Budapest dos horas antes de su presentación. Después, sí, pasaría una semana en un lujoso hotel del lado de Pest, como lo fijaba el contrato.

Mientras Mickucz aguardaba en la confitería de la estación terminal, el señor Kobler ponía orden, sin ayuda de nadie, en el altillo. No tenía sirvientes que pasaran la noche. No toleraba la presencia permanente de nadie en su mansión. Cada tanto una cocinera o una empleada doméstica venían a quitar el polvo o a preparar un buen plato, cobraban un dinero y se iban. Solo eso.

La concurrencia fue más puntual que otras veces. Curiosamente, notó Kobler, los más asiduos se mezclaban sin conflicto con los nuevos. ¿Había una excitación mayor que en los encuentros precedentes o era él que, de puro ansioso, veía las cosas así? El bullicio hizo que Kobler oyera el teléfono solo al cabo de unos minutos. Era Mickucz desde la estación. Su voz se oía, de nuevo, como empapada de alcohol.

-Es raro, son las siete y media… El tren llegó a las seis y cuarto, pero Dinerman no está por ningún lado.

-¿Se fijó bien? ¿Llamaron por el altavoz?

El cazalectores repuso que era una excelente idea. Pero minutos después volvió a llamar:

-No está… No vino, no sé…

-¡Me lo temía! -exclamó Kobler-. ¡Fue un error permitirle viajar solo!

Mickucz quiso replicar, pero no pudo.

Kobler cortó enfurecido y, cuando quiso darse cuenta, estaba como un actor subido en su propio tinglado. Cada asistente lo observaba con un ojo, mientras con el otro buscaba la silueta de Dinerman.

-Es un… vulgar estafador -titubeó Kobler, sin demasiada noción de lo que hacía-. Prometió venir. Pidió dinero, el triple de lo habitual. Todo por adelantado. Y, por supuesto, no vino… Si su abuela fuese verdaderamente húngara, ¡pero no! Seguro que en estos momentos se ríe de todos nosotros mientras cuenta los billetes…

La asistencia empezó a abandonar el lugar. Los primeros en irse fueron los enemigos de Kobler, muchos de ellos sin dignarse a disimular sus sonrisas. Ciertos asiduos concurrentes soltaron unas palabras de consuelo que exasperaron más al anfitrión. A estos últimos les confió una sospecha que acababa de asaltarlo: tal vez Dinerman se había aliado con el bando rival.

VI

La mansión del señor Kobler estaba totalmente a oscuras. Mickucz pulsó el timbre un par de veces, en vano. Hasta se atrevió a gritar:

-¡Señor Kobler, señor Kobler!

Aquello era preocupante. ¿Y si había ocurrido algo malo?

En el destacamento policial le explicaron que únicamente los bomberos podían derribar la puerta. Los bomberos replicaron que ellos solo echaban abajo alguna puerta si había humo o fuego visible, a menos que existiese una orden judicial. Un cerrajero le pidió una suma exorbitante y dijo:

-Es la tarifa nocturna. Después de las ocho y media de la mañana resultará más barato.

Mickucz había gastado más de la cuenta en la cafetería de la estación terminal. De sus pasiones como bebedor, la más notoria era el whisky. Y la verdad es que no había buscado mucho a Dinerman: había mirado el reloj en un momento, había pedido un whisky con hielo, otro más, y también tres, había oído un lejano alboroto en el hall de la estación y, al mirar de nuevo el reloj, había caído en la cuenta de que eran las siete y pico de la tarde.

El cerrajero, al cabo de una larga pero siempre amable discusión, aceptó cobrar la tarifa diurna a cambio de hacer su trabajo a las siete de la mañana. A nadie pareció llamarle la atención que dos hombres

desconocidos violasen la puerta principal de una de las casas más distinguidas del vecindario.

Adentro, todo era silencio. Había tantas habitaciones que era como extraviarse en un laberinto. El cerrajero gritó de pronto:

-¡Una luz!

Subieron por la escalera.

-Déjeme a mí -dijo Mickucz con voz solemne y abrió una puerta entornada. Entonces vio al señor Kobler, boca abajo sobre una alfombra mullida. En la mano derecha tenía un guante raro y a escasa distancia, también sobre la alfombra, yacía un libro: *Lector in fabula*.

Aunque parecía muerto, respiraba. Con ayuda del cerrajero lo trasladó a un hospital. En el trayecto, mientras el cerrajero le pedía al taxista que se saltara los semáforos porque era un caso de vida o de muerte, Mickucz notó que los labios del señor Kobler temblaban. Acercó la oreja y creyó oír:

-Vulgar estafador… vulgar estafador…

Un médico les dijo que Kobler estaba delicado.

-Una descompensación. Una hora más y moriría…

El cerrajero no se iba de su lado, como si fuera un pariente o un amigo del señor Kobler.

-Es mi culpa -dijo cuando Mickucz menos lo esperaba-. Yo tendría que haber cobrado anoche la tarifa normal. El pobre hombre pasó siete horas de más en ese estado. ¿Y si eso provoca su muerte? ¿Se da cuenta de lo que hice?

El cazalectores intentó consolarlo y caviló que el cerrajero, allí a su lado, venía a salvar el honor de la humanidad. No todos eran «vulgares estafadores» como el bribón de Dinerman.

-Lo invito a tomar algo mientras atienden al señor Kobler.

Fueron al bar del hospital y pidieron dos cafés, una vez que el mozo les explicó que no servían alcohol por tratarse de un centro de salud.

Bastante por casualidad, hojeando un diario puesto al alcance de todos, Mickucz vio una noticia en la sección policial: «Viajero se niega a descender en la estación terminal. Pese a la intervención de los agentes de seguridad, el viajero se negó a ceder su plaza al pasajero que debía hacer el trayecto en sentido opuesto argumentando que su viaje solo se había cumplido a medias porque…».

No tuvo que seguir leyendo. «Es él, ¡Dinerman!», razonó, «dime cómo lees y te diré cómo viajas…».

-Ahora entiendo… Ahora está claro -dijo con una especie de gesto triunfal.

El cerrajero, que pedía un segundo café, lo miró a la espera de una explicación. Mickucz estaba pensando: «Ojalá que el señor Kobler se



despierte de inmediato. Debo leerle esta noticia».

MÉTODO FÁCIL Y RÁPIDO PARA SER LECTOR

Empiece a leer un libro. Llegado a un punto anterior a la exacta mitad del libro (en la página 130, por ejemplo), piérdalo. Encuentre otro. Considere que es el mismo libro. Vaya enseguida a la página 130 y lea, a partir de allí, hasta el final. Es posible que deba hacer una serie de adaptaciones: entender que Mary ahora se llama Tania, que el pueblo rural de Texas es ahora un barrio de la gélida Novosibirsk, que míster Wilkinson no tiene más gallinas porque la señora Ivanov y las dos cabras de la señora Ivanov han ocupado en gran medida su puesto. Situaciones de esta clase. Para eso sirven los lectores.

Corte un libro que no pudo terminar (que le resultó aburrido y «se le caía de las manos», como reza la expresión), córtelo con la complicidad de una tijera de acero (no una de plástico, barata) y construya una casa inmensa, un palacio de papel. Pase unos meses adentro. Viviendo, pensando, durmiendo. Leyendo de vez en cuando lo que dicen las paredes, si es que los fragmentos de frases tienen algo para decir. Sienta que ahora, sí, al fin, este libro no lo expulsa, que se siente muy a gusto en el seno de sus palabras. Invite a un amigo a pasar unos días en la casa.

Abra una novela de manera azarosa. Lea una página par, luego su vecina impar. Al llegar al fin de la segunda página, vuelva al inicio de la página par. Repita el procedimiento dos, tres, diez, cincuenta, cien veces, tantas como le haga falta para volverse un lector atrapado en un remolino. Repita el procedimiento convencido, sin embargo, de que avanza. Verá cómo, a medida que relee, las palabras no son las mismas, las acciones no son las mismas y usted tampoco es el mismo. Descubra la falsedad que hay en ese lugar común que habla de «agotar» una página.

Vea si puede imitar firmas ajenas. Al principio uno lo intenta (convencido de ser otro, de llamarse de otro modo), pero vuelve a

brotar la firma de siempre, con terquedad. Con la práctica plasmará firmas tan diversas que nadie sospechará que son de una misma mano. Pase entonces a la etapa superior: dedíquese algunos libros de su vasta biblioteca. No importa que Charles Dickens esté muerto hace ya siglos; no importa que Gustave Flaubert jamás hubiese estampado una frase cordial (o no) en castellano. Tome un libro de los que se consideran «inmortales» y haga que un escritor famoso se lo dedique a usted, lector ignoto. Lea el libro (o reléalo) bajo la emoción de la dedicatoria.

Compare el libro que descansa hace un rato sobre su falda con alguno de sus amigos o, mejor, de sus conocidos: esas personas que frecuenta desde hace varios años y que no conoce tanto, en realidad. Piense en todo lo que sabe de este libro (de las personas que viven en el libro) pese a que usted y él se conocen desde hace apenas dos horas.

Abra la novela y lea solo sus páginas impares, como si las páginas pares estuvieran en blanco. Al cabo de esta lectura, lea solamente las páginas pares. Compare las dos novelas. (Si tiene ganas y/o tiempo haga una tercera lectura, con todas las páginas, feliz de haber comprado tres libros por el precio de uno).

Fabrique un confesionario en su casa. Elementos recomendados: una o dos sábanas, cartones, maderas, dos sillas. Invite a varios amigos (si son ateos, mejor). A un lado, el pecador susurrará su falta. Al otro lado, en vez de un sacerdote, se instalará usted con cuatro o cinco antologías poéticas. Escoja un poema de acuerdo con el pecado de turno, léalo como si soltara una plegaria, en un susurro, de manera que únicamente lo oiga el pecador.

Inspire. Lea tres frases. Exhale. Cierre los ojos. Repita lo que recuerda de las tres frases recién leídas. Inspire, vuelva a abrir los ojos (despacio, no se maree) y compare su recuerdo (la reescritura que hizo su memoria) con el texto original.

Lea solo libros «anónimos». Es decir, libros cuyas cubiertas no llevan un nombre ni un apellido, sino que indican «Anónimo». Lea quince, veinte de esos libros sin parar; lea uno después del otro, como si pertenecieran todos a un único autor.

Tome un libro celebrado, muy famoso. Léalo como si usted fuera el primer lector. Como si acabara de editarse y no se conociera aún su importancia ni su valor.

Llévese un libro a la cama. El libro debe ser el adecuado: ni muy duro, ni muy grueso, ni demasiado pequeño. Un libro, de preferencia, escrito por un autor o una autora con quien le gustaría compartir una noche. Pruebe a abrazar el libro, de apretarlo contra su pecho. Pruebe a colocarlo entre sus piernas. No descarte la idea de usarlo de almohada, aun a riesgo de que las palabras bien o mal impresas se inmiscuyan en sus sueños. En cuanto a si conviene acostarse con un libro no leído, en plena lectura o totalmente leído, acaso deba repasar lo hecho en todos estos años con las personas de carne y hueso con las que ha compartido colchón.

Tache todos los adjetivos de la novela o del cuento que está por leer. Añada, en lugar de ellos, un solo adjetivo: uno solo, siempre el mismo. Repita, meses más tarde, con un adjetivo distinto. (No tiene por qué elegir ese adjetivo según su estado de ánimo). Compare las dos lecturas.

Llame a un número telefónico donde hay un contestador. Lea un fragmento de un libro, unas diez líneas. Nadie debe advertir que usted está leyendo, mucho menos darse cuenta de que es el extracto de un libro.

Lea una novela que transcurre en una época lejana y en un país también lejano. Atribúyale a cada personaje el rostro de un miembro de su familia.

Abra el libro (una novela, por favor) en la página donde empieza la historia. Marque todas las letras «a» que detecta en la página pintándolas de color rojo, azul o verde. Vaya a la página siguiente, marque todas las «b» usando el mismo color. Siga de igual manera letra a letra, página tras página. Al llegar a la «z» reinicie el abecedario. Así, una y otra vez hasta finalizar el libro. Sume las «a», las «b», las «c». Vea qué letra es la ganadora; es decir, cuál letra ha sumado más. Si es la «k», la «x» o la «w», manifieste su sorpresa.

Lea la obra completa de un narrador muerto, pero al revés. Empiece por su último libro y termine por el primero. Si hay un volumen de cuentos, lea los cuentos empezando por el último.

Ordene su biblioteca siguiendo un orden que no podría deducirse a simple vista. Por orden alfabético de la última letra del título. Por orden alfabético según la segunda letra en el apellido del autor. Según

el orden patafísico basado en el testamento del finado doctor I. L. Sandomir: p o u r q i v t l c d e m n y a s g h f b j x z k w. Pruebe con ciertas lógicas apartadas del alfabeto: según el año de publicación del libro, según la cantidad de páginas, según la cantidad de letras que suman el nombre y el apellido del autor más las letras que componen el título, o incluso según la cantidad de veces que se repite en el texto una palabra como «libro».

Pase las yemas de sus dedos por las letras. Como si fuera un libro *braille*. Y tal vez lo sea, realmente. Como si usted fuera ciego. Y tal vez lo sea, realmente.

Saque a pasear a su libro. Piense cuál sería el lugar indicado para llevarlo. Si el libro se titula, pongamos, *Parque de diversiones* (existen libros llamados así, existen libros con títulos tan insospechados…) no cometa la obviedad de ir a a un parque de diversiones; busque, al contrario, un lugar que no aparece en las páginas: un sitio que el libro no conoce o al menos no menciona y en el que (así estima usted) le será muy grato pasar el tiempo. No cometa el egoísmo de limitarse a leer el libro durante el paseo. Hago algo más, algo que juzgue equivalente a lo que -dejándose leer- el libro hace por usted.

Lea boca abajo tras colgarse con las piernas de la rama de un gran árbol. Lea hasta que el cuerpo pida basta, cuente luego las palabras que logró leer así. Si son menos de cincuenta, pruebe de nuevo otro día. Cambie de libro o de árbol, pero no de las dos cosas a la vez.

Intercambie los autores de sus libros predilectos: lea *Mont Oriol* de Maupassant como si hubiera sido escrito por Dostoievski, lea *El jugador* de Dostoievski como si fuese una novela breve de Stefan Zweig; lea *Novela de ajedrez* de Stefan Zweig como si fuese un libro de Nabokov… Compare ese libro «falso» con los libros «verdaderos» del mismo autor. Encuentre ecos, analogías, coherencias, correspondencias. Relea los otros libros a la luz de esa obra adicional.

Despiértese en plena noche. Tantee en la pequeña mesa al costado de su cama. Tome uno de los libros que ahí se apilan desde hace semanas. Ábralo y lea un buen rato. Vuelva a dormir y averigüe si lo leído aparece, de alguna manera, en su sueño.

Ordene su biblioteca como si ella fuese capaz de equivaler al mapa del mundo. Llene el espacio aproximado que ocupa cada país con los libros de los escritores nacidos allí, deje espacios libres donde hay

océanos y mares. Complete el mapa, retroceda, vea su obra. Comprenda su absurdidad. Su peligrosa absurdidad. Dígase qué maravilla son las bibliotecas que no dividen así las cosas. Aquellas donde los libros no deben representar una cultura o un país. Aquellas donde, codo a codo por los frutos de otras lógicas más nobles, los libros se representan únicamente a sí mismos.

Escoja el libro más pesado, más robusto de toda su biblioteca. Si ninguno lo convence, pruebe con un diccionario o con una vieja guía de teléfonos. Ciérrelo con mucha fuerza, con toda la fuerza del mundo. Espere dos o tres días (sin moverse, de ser posible) a ver si el golpe ha sido suficientemente riguroso. En tal caso oirá una música que casi nadie ha logrado oír.

Admita que no es fácil elegir el libro que seguirá al que está por concluir. Para pasar al siguiente elija uno cuyo título contiene una palabra en común con el que lee ahora o, por lo menos, más de ocho letras en común con las letras que conforman el título del actual.

Imagine que es usted un terrible fetichista. Imagine que hay un libro del que resulta imposible desprenderse. Imagine que tiene usted que llevar todo el tiempo ese libro encima, en un bolso, en un bolsillo, todas las horas del día. Imagine qué ocurriría si ese libro (cuyo título y autor solamente usted conoce) no existiera en este mundo.

Abra un libro que ha leído con placer hace más de catorce años (no haga trampa, será en vano), ábralo en la página 99 y lea tan solo esa página. Confíe en aquella idea insólita, que muchos atribuyen a Ford Madox Ford, según la cual la calidad de un libro de ficción se juzga por la calidad de su página 99. Vea si Ford (o quien haya ideado esto para achacárselo a Ford) tiene un poco de razón.

Fabrique una montaña de libros. Y un castillo. Y una pirámide egipcia. Y otras cosas por el estilo. Haga de cuenta que sus libros son enormes ladrillos Lego. Busque cuáles de sus libros son mejores para construir un fuerte inexpugnable.

Busque un libro que en su título trae una palabra extraña. O, mejor, elija en primer lugar la palabra extraña: para eso puede probar con un viejo diccionario. No confíe en el azar si al abrir el diccionario aparece una palabra como «amor», «historia», «árbol» o «aventura». Pruebe de nuevo, todas las veces que sea conveniente, hasta dar con una palabra como «absceso», «aguachirle» o «anatema». Si no

encuentra ningún libro que contiene en su título esta palabra, imagine cuál de las novelas que conoce bien podría llevar otro título en el que podría incluirse esta palabra tan extraña.

Pídale a su pequeño hijo de cinco años o a su querida hija de nueve años que le lea en voz alta, a la hora que se pone el sol, una página de esa novela que tanto lo impactó a usted hace años, cuando ellos no habían nacido.

Compre una novela en inglés o, en el peor de los casos, logre que alguien le preste una. Revise sus nociones de inglés. Si ignora el idioma, tome un curso intensivo antes de la siguiente etapa. Abra, ahora sí, una página cualquiera. Cierre los ojos y deje caer el dedo en un párrafo, el que sea. Abra los ojos, lea las frases. Vuelva a leer cinco, ocho, diez veces. Busque una melodía de los Beatles en la que podrían funcionar estas palabras como letra alternativa. Cante en voz alta (por favor, no desafine) la nueva versión de «Help», de «Penny Lane», de «Yesterday» firmada Lennon-McCartney-Thackeray, Lennon-McCartney-Austen o algo así.

Imagine que uno de sus dos armarios no logra tenerse firme y que sería un santo remedio poner un libro debajo de esa pata que el carpintero (porque nadie es perfecto) ha fabricado más corta. Piense en cuál de los muchos libros que se afanan en juntar polvo en la habitación adyacente a la que alberga el armario estaría usted dispuesto a sacrificar por la paz de un mueble rengo.

Telefonee a su trabajo, dé parte de enfermo, finja esa afonía y esa tos que le salen tan bien, diga que tiene una fiebre de «alrededor de cuarenta», diga que le duelen las piernas o la espalda o las dos cosas o que tiene una jaqueca insoportable o las tres cosas. Siéntese luego en un sillón y busque el libro que (si fuera cierta su excusa para faltar al trabajo) tendría el poder de curarlo en diez minutos.

Visite bajo la lluvia un pequeño cementerio de una ciudad extranjera con el fin de dejar un libro de regalo para un muerto, un libro de su biblioteca que usted habrá elegido antes de partir. Camine por el cementerio hasta que la lluvia detenga su tenaz dactilografía en la tela del paraguas. Deje entonces de caminar y en la tumba más cercana (la elegida por la tregua de la lluvia) deje el libro, como si fuera una flor.

Hágase invitar a una fiesta, pero no a una cualquiera. Logre colarse

en una fiesta que se celebra en una casa con una gran biblioteca. En un momento de distracción general, sin que nadie vea sus actos, tome un libro, escóndalo en un bolsillo o en un lugar semejante y abandone el lugar sin despedirse de nadie. Vaya a su casa y lea el libro lo más rápido posible. Devuélvalo por correo, metido en un sobre anónimo. Una variante posible: si algo le hace sospechar que ese libro es muy valioso para el dueño (si ve que hay marcas o apuntes de puño y letra junto al texto) mande por correo una carta como un simple secuestrador. Escriba que tiene el libro; añada acaso una foto como prueba. Exija una recompensa para devolver al rehén. En tal caso, deje que el otro (o sea, el dueño) fije el precio de su libro.

Lea un libro sin importancia, ni famoso ni valorado, como si fuese el único en la historia de la humanidad. Busque en él, en cada una de sus frases, en la más accidental de las palabras, algún rastro de esos libros que usted tal vez pudo leer, pero que de ahora en adelante no existen ni existieron nunca.

Suponga que está obligado a arrancar cinco páginas de un libro que le gusta mucho, uno de sus favoritos de todos los tiempos. Suponga que ese ejemplar que tiene en su biblioteca es el único en el mundo y que esas cinco páginas que usted pronto ha de arrancar (y a las que, después, les prenderá fuego) se perderán para siempre. Relea el libro, lentamente, pensando cuáles cinco páginas sería menos doloroso arrancar. No vale arrancar dos páginas seguidas. No vale arrancar, por supuesto, las últimas páginas, las que traen el índice, ni tampoco las primeras, con el título o los créditos o el bendito epígrafe.

Juegue a cara o cruz con un libro. Láncelo por los aires. Si cae cara arriba (cubierta) tendrá que leerlo en el acto; si sale cruz (cubierta contra el suelo) no podrá volver a leerlo nunca más.

Imagine (aunque no es grato) que encuentran muerto en la calle, caído cerca de una esquina, a un pariente o a un amigo. Imagine qué libro encuentran en su bolso, en su bolsillo, en su mochila. Repita la operación con varias personas distintas. Escoja sus últimos libros. Hágalo al fin con usted mismo, si se atreve.

CÍRCULO DE LECTORES II

EL SEÑOR BRITLING

Decir «ahí está el señor Britling» equivalía a decir «ahí está la pesadilla de todos los escritores». Cada tertulia o festival, cada lectura o presentación parecía incompleta sin él, que siempre se las ingeniaba para ofrecer sus servicios como personaje literario. Desde pequeño atesoraba ese deseo. Tenía apenas nueve años cuando su maestra de escuela, un día en el que nevaba y hacía frío (él lo recordaba muy bien: era un detalle digno de un gran personaje), le había pedido a cada alumno que dijese qué planeaba ser de adulto. El señor Britling, a diferencia de la masa uniforme de estudiantes, no había dicho ni aviador ni futbolista ni médico ni arquitecto. No, él había dicho, más resuelto que los demás, «protagonista de un libro». La maestra había entendido mal o no había querido entender (eso pensaba años después el señor Britling) porque, frunciendo el entrecejo, había repuesto que eso era una insensatez: no se debía confundir a las criaturas en los libros con las personas reales, semejante vocación era un completo desvarío. No obstante, al cabo de pocas semanas, el por entonces niño Britling tropezó, leyendo un diario, con una entrevista donde un famoso escritor (uno que sus padres y hasta su maestra reverenciaban) decía que se inspiraba en gente de su entorno para crear personajes. ¿Las fronteras entre ficción y realidad eran, acaso, maleables? ¿Su vocación no era, entonces, un desvarío?

El anhelo del señor Britling resultaba más ambicioso que aquello. Lo que pretendía a toda costa, desde hacía varias décadas, pese a las férreas negativas de todos los escritores, era que el personaje central de una novela importante e influyente (estos dos adjetivos siempre le encendían las mejillas) tuviese no solo su nombre, sus exactos rasgos físicos o su personalidad, sino que el libro narrase sin traicionar ni un detalle, punto por punto, un episodio o un momento de su vida. El señor Britling tenía perfecta conciencia de que en esto último yacía su mayor debilidad: su vida era tan chata y anodina… Para contrarrestarlo se inventaba anécdotas y asediaba a cada escritor (a cada víctima de turno) con el consabido anuncio: «He vivido algo inverosímil y quiero contárselo. Seguramente usted sabrá sacarle provecho en un libro». Excepto que el señor Britling, sin genio para inventar (para eso sirven los autores, no los personajes de ficción),

echaba mano a novelas más o menos conocidas, novelas que los escritores habían leído o conocían de manera indirecta.

De insólita perseverancia, el señor Britling no se daba por vencido. «Pronto ha de ocurrirme algo», les prometía a sus amigos. «Algo grande, algo imborrable. Me falta eso, solo eso, y seré un buen personaje». Ellos le palmeaban la espalda. Desde luego, era unánime: solamente faltaba «eso». Lo restante, lo tenía todo: unos ojos como piadosos que más de un novelista hubiese pagado por describir, unos gestos perentorios e ideales para una escena importante, y más cosas por el estilo. Cada tanto, créase o no, un escritor parecía interesado. El señor Britling, con el paso de los años, iba aprendiendo a distinguir entre los que eran profesionalmente afables y los que mordían el anzuelo de verdad. Pero «eso» (la anécdota extraordinaria, el episodio singular) no llegaba, se postergaba. Un día, de buenas a primeras, Britling tuvo la certeza de que el hecho excepcional, «eso» que debía hacer de él un personaje perfecto, había ocurrido hacía tiempo, en un pasado remoto, y con esta nueva excusa asedió en sus últimos meses a los pobres escritores que tuvieron el mal tino de toparse con él. ¿Tal vez ellos consiguieran rememorar ese episodio olvidado?

Ya casi nadie recordaba al señor Britling, tanto es así que su tumba era la imagen viva de la desidia (hierba crecida aquí y allá, como una negligente barba), cuando su sueño pareció cumplirse al fin: cierta novela, titulada *El señor B.*, puso en acción a un individuo, mitómano y fantasioso, que perseguía a los autores con el afán de volverse protagonista de un libro. «¿Su novela se basa en un caso real?», preguntó más de un periodista. El autor de *El señor B*. dijo que no. Que era pura imaginación.

EL SEÑOR DUROY

En una carta escrita en julio de 1953, el señor Duroy confiesa que solamente lee en sueños. Es una carta que le escribe a su sobrina, única hija de su hermana mayor. Allí Duroy informa que solo lee en sueños pues ha entendido que así logra hacerlo muy velozmente. En una noche pudo zamparse toda la obra de Proust, en otra noche pudo deglutir todo Henry James. Como ya no quiere ni concibe eso de leer despierto, lo que necesita ahora es que su querida sobrina le confirme, por favor, si lo leído en sus sueños (y que él, de día, recuerda a la perfección) es, en efecto, la obra de Proust o de James. La sobrina le contesta en septiembre del mismo año (¿entre tanto se tomó unas vacaciones?) con una carta escueta, pero educada. El señor Duroy, claro está, lee la carta mientras duerme. Ya no quiere ni concibe leer despierto. Pero la carta dice una cosa en el sueño y otra cosa muy distinta en la versión que aún conserva la sobrina de la sobrina del señor Duroy.

EL SEÑOR GUROV

Esto es tan solo el comienzo de la historia del señor Gurov, que una mañana descubrió que las guerras en el mundo tienen una única causa: cada vez que alguien lee determinada escena de la *Ilíada*, en las exactas antípodas de la Tierra estalla una guerra. Nadie duda de la teoría del señor Gurov, pero sería una pena, piensan muchos, que con el noble fin de acabar con las guerras, el mundo tuviese que eliminar la *Ilíada*. Desde luego, el señor Gurov se opone a algo tan drástico. Hay una escena, una sola, que se debe eliminar. Por ahora ignoramos cuál.

EL SEÑOR PALOMAR

Tanto le hablaban todos de ese libro, que el señor Palomar resolvió comprarlo. La tarea fue muy sencilla porque, así como el mundo entero parecía consagrado a su lectura, las librerías (por lo menos, las que él visitó esa tarde) exhibían montañas con cientos y miles de ejemplares emulando a las altas torres de conservas que hay en los supermercados, salvo que de estos pilones de libros, pilones de variadas formas (previsible silueta piramidal, cuadrados, irregulares, en anillo, en herradura), emanaba una urgencia mucho mayor, como si el texto tuviera una fecha de vencimiento más perentoria que el atún con aceite virgen de oliva.

Al señor Palomar le resultó frustrante descubrir que los libros (cómo evitar el plural: había tantos que era imposible hablar de libro, en singular), esos libros apilados en formas tan llamativas, venían «sellados» dentro de bolsas herméticas. Imposible hojearlos antes de pagar. Al diablo, se dijo. La suerte estaba echada: compraría aquella novela, era imperioso comprarla, así tendría de qué hablar con el resto de los mortales, que no pensaban en otra cosa, que no hacían más que mirarlo horrorizados cuando él confesaba que no, que no había leído El Libro.

Ya en su casa, horas después, Palomar sacó su ejemplar de la bolsa, respiró hondo (como si él, y no el libro, hubiese salido del encierro de plástico) y se instaló en un sillón con buena luz. Entonces vio que no veía nada. O mejor: que su novela estaba en blanco. Desde luego, Palomar conocía perfectamente esos «libros» que habían tenido, años atrás, su temporada de auge: cuadernos en blanco con títulos como *Lo que los hombres saben acerca de las mujeres*; solo que este libro no era ninguna broma, estaba seguro de ello, porque en distintos lugares, en distintas situaciones, distintas personas que no se conocían entre sí le habían resumido pasajes coincidentes. No, esto se debía a un vulgar defecto de fabricación, a un problema de impresión, caviló sin perder la calma, aunque algo fastidiado porque debía volver a la librería, enseñar su ejemplar con fallas, devolverlo (o quizá no devolverlo: en un futuro, imaginó, su defectuoso ejemplar podría valer una fortuna) y llevarse un libro normal, uno idéntico a esos miles que, a la espera de

su lector, se veían sometidos a la vergonzosa acrobacia de ser parte de un pilón.

Fue aquí, tal vez, cuando empezó todo. Cuando el librero (por darle un nombre elegante al ineficaz empleado que no pasaba de sonreír, cobrar y volver a sonreír) tomó el libro sin mosquearse, recorrió sus páginas y oyó que Palomar decía: «Está en blanco, ¿se da cuenta? No habrá problema, calculo, si me llevo otro ejemplar». El libro no estaba en blanco, esto era obvio incluso para un empleado de pocas luces, por lo que el joven sonrió sin decir nada, apartó el ejemplar «fallado», buscó otro y, por supuesto, lo entregó con una sonrisa.

¿Fue aquí cuando empezó todo? Supongamos que, más bien, empezó minutos después, de nuevo en casa de Palomar, cuando le quitó la bolsa al segundo libro y se sentó en un sillón. Es probable que, a esta altura, el lector lo haya adivinado: en el segundo ejemplar, volvió a ver páginas en blanco.

Ha llegado el momento de resumir. Digamos que diez, treinta, sesenta, noventa veces más (noventa es exagerado, pero suena bien, ¿verdad?), el señor Palomar tomó el autobús rojo o el transporte que prefiera aquí el lector, viajó hasta la librería, devolvió la novela en blanco, se llevó otra en reemplazo, abrió la bolsa en su casa e, instalado en el sillón, no vio nada más que nada.

¿El final? Como corresponde, tras tantas idas y vueltas (porque esto no sería igual si Palomar hubiese abierto cien bolsas en la librería, en el espacio de una hora), cuando ya todo era inercia y desesperanza, Palomar vio que la montaña había cambiado: los pilones, mal mirados, eran los mismos de siempre (el cuadrado, la herradura, etcétera), pero los ladrillos no. Otro libro cumplía el rol de único libro en el mundo. Otro libro que también venía embolsado, tenía un título más breve y, justo es reconocerlo, más tentador.

El señor Palomar sintió un arrebato de nostalgia. Qué curioso atarse tanto a una novela sin palabras. Y como en su mano llevaba el enésimo ejemplar para devolver, tuvo de pronto la ilusión de que, al fin, podría obtener una buena copia, sin fallas. En ese instante advirtió que había un empleado nuevo y se quedó algo perplejo. ¿Era una estrategia, acaso, cambiar de librero siempre que se cambiaba de libro? En lugar de retirarse y de rendirse a esa derrota que parecía organizarse a su alrededor, le entregó la obra fallada y se disponía a explicarle eso que no le explicaba más a su predecesor (habían llegado a una especie de completo entendimiento), cuando vio que el nuevo empleado lo miraba con desdén y recomendaba la nueva novela. Ese sí que era un gran libro. Nada que ver con el que ahora devolvía Palomar. Él (o sea, el vendedor) nunca había visto nada en esa otra novela, nunca había logrado entender qué veía la gente en ella.

El señor Palomar rio y se sintió menos solo al descubrir que uno puede, en ocasiones, ser comprendido gracias a una incomprensión.

EL SEÑOR PETHEL

El señor Pethel había escrito un solo libro, pero valía por docenas porque, de hecho, versaba sobre docenas de libros. Se titulaba Voces de la ficción (*Voices of fiction) y su primera edición, discreta, casi avergonzada, había pasado inadvertida en 1957, a diferencia de la segunda y (hasta hoy) última edición que, dos décadas después, había sufrido un puñado de reseñas en su mayoría sarcásticas. En su libro, el señor Pethel aseguraba tener el raro don de oír las voces de los personajes de ficción, las voces «verdaderas» de estos personajes, del mismo modo que, allá por 1932, el noruego Maurits* Hjelmeset, un fanático del cine, había proclamado a los vientos que era capaz de oír las voces en las películas mudas. La voz de Martin Chuzzlewit, según afirmaba Pethel, era nasal y bastante ininteligible. La voz de Sherlock Holmes se parecía notablemente a la de Winston Churchill. La decepción más patente (o la que él prefería citar, entre varias decepciones) era la voz muy aguda, como un pitido, de Ivanhoe. En cambio, era una pena, una gran pena, que los lectores ignorasen la «voz de trueno» de Heathcliff que él había tenido el privilegio de oír. No se sabe por qué razón, a lo mejor por una suerte de afinidad histórica y nacional, el señor Pethel oía voces solo en novelas escritas en inglés por autores que llevaban muertos unos cuantos años. Cada tanto lo invitaban a alguna emisión radial y tiraban de su lengua para que describiera la voz de un personaje reciente, pero él se las apañaba para no hacerlo. La fama le llegó a Pethel en una etapa tardía, cuando había perdido mucho de ese don que él comparaba con el «oído absoluto»: el único caso existente (o, al menos, documentado) de oído absoluto literario, en lugar de musical.

EL SEÑOR TESTE

Todo empezó cuando el señor Teste halló en un libro escrito por Maurice Leblanc el teléfono personal de su héroe Arsène Lupin. El señor Teste tenía más de cincuenta años de edad, pero leía sobre todo la así llamada «literatura juvenil». Tal vez porque era inmaduro. Tal vez porque lo hacía sentirse joven. En cualquier caso, entre los muchos personajes del género, él tenía su predilecto: Lupin. De modo que apenas leyó el número telefónico (648-73) que Leblanc consignaba al pasar, uno de aquellos datos que los novelistas ponen para crear mayor verosimilud, no lo pensó ni un instante: marcó el número completo (uno viejo, claro está, ya no existían números con tan pocos dígitos), dejó que la campanilla repicase como en una película en blanco y negro y oyó que al fin atendía alguien. Desde luego, no era Lupin. No podía ser Lupin. Era Maurice Leblanc, que por la forma de decir «aló» parecía haber despertado de un sueño larguísimo. En un rapto de buen humor, Leblanc le había atribuido a Lupin su teléfono personal y, cada tanto, de puro bromista, se hacía pasar por su célebre personaje. Muy tímido, el señor Teste no supo bien qué decir. Fue Maurice Leblanc, en suma, quien condujo el diálogo. Era obvio que estaba habituado a lidiar con admiradores. Y, al cabo de una charla amable pero fugaz, empezó a despedirse del señor Teste: llegaba el momento, explicó, de escribir las cinco páginas que se imponía a diario, por disciplina. Va a escribir, repitió Teste hechizado. De manera resumida, Maurice Leblanc le contó lo que se aprestaba a escribir: la resolución de una escena que ocurría en un jardín público entre Lupin y un niño de nueve años. El señor Teste pensó que Leblanc lo ponía a prueba o que cometía un error. Esa escena ya estaba escrita. La había leído, de hecho, hacía unos quince minutos. Era la escena anterior, precisamente, a aquella otra en la que aparecía el teléfono de Lupin. Así que, para salvar su reputación como lector o para que el novelista no perdiera tiempo escribiendo algo que ya estaba escrito y, es más, estaba bien escrito en una versión ya impresa, retrocedió hasta encontrar las páginas con la escena y le leyó un tramo a Leblanc. ¿No se da cuenta? Ya existe, ya está hecho, le explicó. Honestamente, el novelista no recordaba haber escrito esa escena. Y aquello que el señor Teste acababa de leer tampoco era muy logrado, se apresuró a declarar, aunque había una o dos frases… ¿cómo era aquello, por cierto? El señor Teste las repitió y, mientras lo hacía, le pareció oír el

suspiro de una pluma rascando el papel. ¿Maurice Leblanc plagiaba a Maurice Leblanc? No sería la primera vez que un escritor se repetía. Que se copiaba a sí mismo, al decir de los detractores. Tras un silencio, oyó que Leblanc pronunciaba la última frase con tono interrogativo. ¿Cómo continuaba la escena? El señor Teste siguió leyendo en voz alta. En una o dos ocasiones, Maurice Leblanc debió pedirle: más despacio, no tan deprisa. Al terminar, el novelista preguntó si el señor Teste escribía. Claro que no, quiso dejar en claro el admirador; sin embargo, ya que Maurice Leblanc parecía permeable a lo que él pudiera decirle, preguntó tartamudeando si podía proponer algo. ¿Algo?, repitió Leblanc con un asomo de frialdad. Al señor Teste lo espantaba excederse en la confianza que le concedía el escritor, quien con certeza debía recibir montones de cartas diarias con ideas, buenas o malas, para los próximos libros, ideas de lectores que no se conformaban con eso, con ser lectores. En condiciones normales, Teste habría desistido y punto. Pero, al diablo, ¿no acababa de dictarle una escena entera a Leblanc? Claro que sí. Y, dando rienda suelta a todo su entusiasmo, le sugirió que indicara en algún libro futuro el teléfono de Lupin. ¿El teléfono?, pareció algo confundido Leblanc. El número telefónico de Lupin, señor Leblanc, tuvo que explayarse Teste. Un teléfono cualquiera o, por qué no, su teléfono personal. Sí, esto último es mejor. Tal vez algunos lectores intuyan la broma y llamen. Del otro lado, de pronto, se hizo silencio. Ahora sí, estaba seguro, se había extralimitado. ¿Está ahí, señor Leblanc? ¿Señor Leblanc? ¿Está ahí? El señor Teste sintió un pinchazo en el estómago. El teléfono por poco se le cayó de la mano, cada vez más transpirada. Ese silencio, concluyó, podía significar dos cosas: que Leblanc había colgado, mortalmente ofendido con él, o que la idea del teléfono era buena, tan buena que el gran escritor se había quedado sin palabras,

EL SEÑOR CAUFIELD

El señor Caufield, que se jactaba de haber leído quinientos, mil, dos mil, cinco mil libros y era tenido por un hombre de envidiable erudición, visitó un domingo a su amigo H., indomable lector, aunque mucho menos que él, y conocido ante todo por su gran destreza como guitarrista. Mientras H. lo hacía pasar, el señor Caufield notó que su amigo estaba afligido. «Mis libros», le explicó H. no bien llegaron al salón donde había instalado su pletórica biblioteca, «¡todos mis libros se han desafinado!». El señor Caufield temió que su amigo delirase, esclavo de una perturbación pasajera que le hacía mezclar las cosas (la guitarra y la lectura, en este caso), pero al instante comprobó que perseveraba en sus dichos: «Mi guitarra está afinada porque la toco a menudo; pero los libros que no he leído ni releído en los últimos cinco años se han desafinado todos, ¡qué desastre!».

Caufield intentó concebir la imagen de un libro desafinado. ¿Qué demonios sería eso? Su amigo fue en busca de uno. «Lo confieso, hace años que no lo toco», murmuró entregándoselo. Caufield leyó pausadamente: «La Lugar nombre un Mancha en…». Era como si alguien hubiese revuelto las páginas con violencia. «A esto llama H. desafinación», reflexionó el señor Caufield que, a todas luces, le habría puesto otro nombre al fenómeno. No todo el libro, por cierto, estaba igual de alterado. Lo más alarmante ocurría en los primeros capítulos, más desafinados que el resto.

Por más que H. se sentía desconsolado porque, explicó, no había forma de afinar de nuevo un libro («el daño es irreversible», suspiraba), al señor Caufield le pareció que el asunto tenía su costado ameno y pasó un rato explorando la biblioteca de su amigo. Ciertos libros seguían en orden o, si acaso se habían desarreglado, el azar había querido que el nuevo orden fuese increíblemente lógico, pero en la novela de uno de sus autores predilectos pudo leer «… el denuedo de batalla quedado cuyo cañón sus señales había mayores…» y otras frases descabelladas.

De noche, de vuelta en su casa, el señor Caufield no supo qué era más inconcebible: que muchos libros de H. hubiesen sido víctimas de ese desorden o que H. se hubiese atrevido a declarar que no había releído (o, peor, no había leído jamás) esas obras desafinadas a las que se había referido muchas veces con ademanes de experto. Fue entonces cuando el señor Caufield fue presa de un gran sobresalto. ¿Y si sus libros habían

sufrido idéntico desarreglo? Lo más simple, claro está, consistía en salir de la cama y revisar la biblioteca. Caufield optó por no enterarse: menuda vergüenza si sus libros se habían desafinado, ¡todos sabrían de este modo que su inmensa biblioteca era una vulgar fachada! «Si mis libros se desafinan», pensó con miedo el señor Caufield, «mi prestigio de erudito estallará como una vieja cuerda de guitarra».

EL SEÑOR OLIVEIRA

El señor Oliveira tenía como lector una clara preferencia por escritores jóvenes («nacientes», les decía él) y, por suerte, dos amigos suyos eran editores y le regalaban libros a menudo. Uno de ellos le dio, un día, un libro de un escritor llamado Slavko Zupcic que, pese al nombre, no era serbio ni croata ni eslovaco, sino que escribía en español y vivía en Venezuela. El señor Oliveira leyó todo el libro con interés y leyó febrilmente un cuento, uno que se llamaba «Réquiem», por dos razones concretas: porque lo atrapó la historia y porque era, se dijo, uno de esos cuentos que deben leerse febrilmente. El protagonista, Felipe, roba libros de autores vivos y decubre que, días después, esos mismos autores mueren: le ocurre primero con Borges, más tarde con Bioy Casares y con Arturo Uslar Pietri.

Luego de leer el cuento, Oliveira fue a una librería cercana y robó un libro de Zupcic como modesto homenaje. No era muy bueno Oliveira robando libros, así que para disimular y para aplacar su culpa compró dos libros más, de dos autores más viejos, no «nacientes», dos libros que había perdido y deseaba recuperar. Puede que pagar dos veces por esos libros compensara un poco las cosas, quién sabe. El caso es que, de regreso, sintió que sonaba el teléfono en un bolsillo de su viejo pantalón; sintió, no oyó -es correcto- porque lo había puesto, como se dice, en «modo vibrador». Quien lo llamaba era uno de sus amigos editores, el que le había regalado el libro de Slavko Zupcic. El señor Oliveira aprovechó y le dijo que le había gustado el libro, sobre todo ese cuento llamado «Réquiem»; su amigo le anunció, a cambio, que el tal Zupcic acababa de sufrir un accidente. Por supuesto, ¿cómo no lo había pensado antes de ir a la librería? Mortificado, Oliveira no se atrevió a preguntar si el accidente era grave y ya se disponía a cortar cuando su amigo añadió que el propio Zupcic, milagrosamente indemne, acababa de llamarlo del hospital y, retorcido de dolor, le había pasado una lista de personas a las que avisarle de lo ocurrido. En esa lista, de manera inexplicable, estaba incluido Oliveira.

Pasaron un par de horas y solo entonces Oliveira creyó entender la situación: por algún extraño motivo, Zupcic sabía que él era el causante de todo y que nadie más que él era capaz de remediarlo. De

modo que, al día siguiente, fue temprano a la librería y devolvió el libro robado. Por las dudas, para borrar bien su acto y sus consecuencias puso el libro en el sitio exacto donde lo había encontrado, entre *Amor*, de Philip Zuckerman, y *Amok*, de Stefan Zweig. Tras ello, se olvidó un buen rato del asunto. Pero a la noche no aguantó, llamó a su amigo editor y le preguntó por Zupcic. A Oliveira no le sorprendió oír que Zupcic estaba bien. Se sorprendió, en su defecto, cuando su amigo le dijo que no recordaba haberlo telefoneado el día anterior. En cuanto a un accidente, no… Su amigo no tenía noticia.

LA SEÑORITA SCHACH

La joven señorita Schach, aunque era inteligente, no acababa de saber si era por incuria o por un simple afán de economía que la biblioteca pública que ella visitaba a menudo dejaba en sus anaqueles esos libros que, cada tanto, algún lector insolente marcaba con lápiz o, peor, con bolígrafo o lapicera. Por supuesto, algo así estaba prohibido. Pero no se lo combatía lo suficiente. ¿Tan complejo era revisar los libros, apenas devueltos, para ver si en la última lectura algún usuario había introducido apuntes o había subrayado párrafos enteros, como llegaba a ocurrir? Los bibliotecarios, creía ella, se excedían en su tolerancia. Y, tiempo atrás, la señorita había sufrido las consecuencias de esta barbarie. Había buscado un ejemplar de *Bel-Ami*, de Maupassant. Lo había empezado a leer. Había encontrado más atrapante la historia a medida que avanzaba. Pero, de súbito, en la escena donde Georges conoce a Clotilde, su experiencia con el libro, su intimidad y complicidad con el personaje central (el personaje que era el foco de la historia) se habían visto interrumpidas por las marcas ampulosas y estúpidas de otro lector que, para colmo, empleaba una tinta azul centelleante. La señorita Schach no había podido seguir leyendo. Y, por supuesto, había devuelto el libro llena de indignación. Era peor, mucho peor, que hallar un pelo ajeno en la cama de un hotel. O que hallar un perfume ajeno en la ropa del hombre amado. La bibliotecaria de turno había recibido el libro y, con sus manos regordetas, lo había abierto sin muchas ganas en la página del delito. Curiosamente, aquel lector irrespetuoso no había extendido las marcas. No, se había limitado a una simple escena; es más, a una simple página. El libro había finalizado en un pilón que, como entendió muy pronto la joven señorita Schach, lejos estaba de ser el pilón de libros que se destruían o descartaban. La bibliotecaria le había propuesto un segundo ejemplar: una edición más nueva de otra editorial. La señorita Schach repuso educadamente que no. Ya no quería leer esa novela.

Ahora, unos tres años más tarde, otro libro resucitaba la experiencia: *Jude el oscuro*, de Thomas Hardy. Aunque comparable, el caso era distinto. Las marcas se veían discretas, en tinta negra, pero los rastros del lector no se reducían a una página; además de frases o

de párrafos subrayados, había comentarios escritos en los márgenes, con una letra nítida, aplicada, fácil de leer; y, lo más singular del caso, las reflexiones brillaban por su perspicacia y esclarecimiento. A diferencia de lo ocurrido con *Bel-Ami*, las marcas no resultaban molestas. Era como si una mano amiga tomase del brazo a la señorita Schach y la guiara por un mundo que conocía, que entendía, que interpretaba mejor que ella. Deparándole, por lo tanto, una experiencia mejor. O no mejor, esta no era la palabra. Una experiencia más rica. Más aguda, más intensa. Tanto es así que, esta vez, no podía dejar de leer.

Cerca del final del libro, una marca llamó poderosamente su atención. El lector previo, ¿o era acaso una lectora?, comparaba cierto pasaje con la escena de una antigua novela de George Eliot que la señorita Schach desconocía. Al principio, la observación pasó sin pena ni gloria. Era, de hecho, un apunte más cerebral que los otros comentarios, sensibles y delicados (por eso pensaba ella que las marcas provenían de una mujer, no de un hombre), en las orillas de la novela de Hardy. Sin embargo, al término de la lectura, la noche previa a devolver el libro, la señorita se dijo que debía leer la novela de George Eliot, como si su amiga lectora (era una mujer, tenía que serlo) se lo hubiese recomendado con fervor.

¿La señorita Schach se sorprendió cuando, de pie en la biblioteca, con la novela de George Eliot abierta al azar, se topó con la misma letra y la misma tinta negra? La sorpresa fue relativa. En el fondo, razonó tiempo después, ella esperaba algo así. Y su experiencia con Eliot, a la altura de su experiencia con Hardy, la convenció de que ella y la otra lectora tenían sensibilidades parecidas. Compatibles, como se acostumbra a decir. Desde luego, la lectora veía, entendía, intuía cosas que a ella se le pasaban por alto; pero sus conclusiones eran muy certeras, similares a las que ella misma habría elucubrado sola, en el caso de haber visto, entendido o intuido aquello sin ayuda ajena.

Casi al final de la novela de George Eliot, en la escena del casamiento con Mirah, la mano amiga comparaba ese pasaje con otro en un libro de Dickens. Ni lerda ni perezosa, obtuvo el Dickens y dedujo una especie de teoría: la lectora, *su* lectora, iba guiándola, trazando un camino de libro en libro. Al Dickens le siguió un Trollope, al Trollope un Anne Brontë y una colección de relatos de Margaret Oliphant. La señorita Schach pensaba, con un dejo de tristeza, que en el pasado ella había leído muchos libros, algunos de ellos valiosos, sin esa tutela sabia. Era una verdadera pena. Cada tanto se acordaba de algún libro que había gozado de su predilección y buscaba el ejemplar que existía en la biblioteca a ver si, por casualidad, había pasado por las manos de su amiga. Pero no, parecía imposible desviarse de ese plan que conectaba libro a libro. Un plan estricto, inviolable.

Con el tiempo, desde luego, la señorita Schach empezó a temer más abiertamente lo que, al comienzo, había temido en sordina: que el plan tuviese un final, que hubiese un libro donde los apuntes de la mano amiga no mencionaran otro libro. Algo así equivaldría a una muerte. Salvo que aquella novela de Thomas Hardy no fuera la primera de la larga serie y hubiese libros precedentes. O, al menos, un libro previo en cuyos márgenes se aludiera a *Jude el oscuro*. Ese miedo la distraía y malograba la lectura, sobre todo en las últimas páginas, pues la señorita Schach, pendiente de hallar el dato del libro que vendría después, perdía el hilo de la historia.

Tantas novelas inglesas de pronto dieron paso a lo que la señorita llamó la «segunda etapa» (una serie de obras francesas: Balzac, Dumas, Victor Hugo, pero también Maurois, Mauriac, Morand y un ejército de autores que empezaban con M) cuando una noche de invierno, leyendo una breve novela de Hervé Bazin, ocurrió algo inimaginable: la lectura de su amiga le resultó menos atenta. La señorita Schach no salía de su asombro. Era curioso, tan curioso como el hecho de que hubiese veinte páginas sin marcas. ¿Su amiga las había leído o se las había salteado de manera desvergonzada? Ya había notado, en los últimos libros, que la letra de su amiga iba perdiendo de a poco su firmeza y su claridad. Las palabras manuscritas en los bordes se veían más temblorosas, fruto quizá de la edad o de alguna enfermedad. La novela de Bazin, vaya ironía, hablaba de una mujer que vivía sola y a quien dos médicos le diagnosticaban dos enfermedades distintas, tan distintas que la mujer se sentía incitada a elegir en manos de cuál inmolarse. Al final (muy al final, casi con las últimas palabras de Bazin), la mano amiga indicaba el título de otro libro, pero la letra resultaba aquí tan arrebatada que el apellido del autor era una especie de mancha y el título de la novela equivalía a un acertijo. ¿Simiente de sal? ¿Corriente de mar? ¿Saliente de sol?

La señorita Schach devolvió la novela de Bazin con la triste sospecha de que se despedía de su amiga. Así y todo, con paciencia, trató de encontrar el libro que completaba la serie. Uno con tres palabras en su título: la primera terminaba con «ante» o «iente» o «ente»; la segunda era «de», eso quedaba claro; la tercera reunía tres letras, ¿pero cuáles? Había mil opciones posibles. Hizo una lista con ellas. Una lista de más de doscientos libros. Y se consagró a leer. Algunas novelas le parecieron interesantes, pero no hallaba los rastros de su amiga; los rastros de sus apuntes, si es que realmente había llegado a leer este último libro; o, por lo menos, los rastros de sus gustos literarios, si acaso había sucedido que, tras apuntar ese título y ese autor, no había dado el paso siguiente.

Resultaba insólito leer de nuevo «a solas», sin marcas, paseando sus ojos por esas páginas inmaculadas. Había perdido la costumbre. Se

sentía casi huérfana. O como una especie de viuda que vuelve a cierto lugar donde nunca estuvo sola o donde estuvo sola tanto tiempo atrás que ya no sabe cómo comportarse. Poco a poco, sin embargo, volvió a habituarse a lo que antes estimaba tan normal. Los apuntes de su amiga no aparecían, pero la señorita Schach pronto notó que su voz (lo que ella, en fin, entendía por su voz) resonaba en su cabeza analizando algún que otro pasaje, alguna que otra escena merecedora de un largo análisis. No es exagerado decir que leía a través de ojos ajenos. Si no sucedía, más bien, que la amiga leía a través de la señorita Schach. Había aprendido la lección. Era una alumna perfecta. Tan perfecta que, cuando llegó la carta, lapidaria, del nuevo director de la biblioteca, no le importó presentarse y admitir que sí, que eran suyas las marcas en esas diez o quince novelas. Las había hecho, explicó, sin darse cuenta. Pero no eran las únicas. Podían fijarse, si les daba ganas. Verían cientos, miles de libros marcados en los anaqueles.

BIBLIOTECA BREVE

Cuento de realismo maravilloso

La historia de un perro azul que se hace, por fin, un lugar más o menos destacado en un relato que no sería, a fin de cuentas, tan distinto sin un perro azul.

Cuento lleno de lugares comunes

La historia de un lector que, con las páginas de papel del libro entre sus dos manos, ojos posados como pájaros en las palabras, se enamora con el alma y el corazón de la bella y noble heroína cuya boca es una rosa y sus ojos, encima de la nariz, se parecen a una fuente de agua fresca.

Cuento paradójico

La historia de un narrador que desdice lo que cuenta por el simple hecho de contarlo.

Neo-cuento anti-policial

La historia de un lector que, en los párrafos finales del cuento, mientras crecen en la calle las sirenas de la policía, descubre que es él, sí, él, el asesino.

Anti-cuento neo-policial

La historia de un narrador que no consigue contar en forma completa su cuento porque irrumpe la policía y lo detiene y acusa de ser el autor del crimen.

Cuento shakespeariano

La historia insignificante, contada por un idiota, de una vida llena de ruido y de furia.

Cuento neo-estructuralista

La historia de la muerte del autor.

Cuento neo-posmoderno

La historia de la muerte de un autor en manos de otro autor.

Cuento lipogramático

La historia de la desaparición de cierta vocal no presente en esta parte del relato, pero presente, arriba, en la primera de las dos palabras.

Cuento cruel

La historia de un escritor que decide ser cruel al menos con uno de sus personajes, tal vez para sublimar una o varias fechorías que no tuvo el coraje de cometer con personas de carne y hueso.

Cuento infantil

La historia de un lector tratado con una paciencia y una cordialidad que, como advertirá a medida que pasa el tiempo, no existe en el mundo adulto, salvo raras excepciones.

Cuento largo

La historia de un editor (relativamente exitoso y con fama de tirano) que no publicaba cuentos y que le pidió a un escritor (un escritor diez años más joven que él), tras elegir el relato que le parecía mejor entre los veinte relatos que el escritor le presentó (un día de enero, eran las nueve y media de la mañana), que alargara ese texto (así pondría «novela» al pie del título del libro), que lo «inflara» (esa palabra usó el editor, que lo «inflara») como quien añade paréntesis -o incluso cosas entre guiones- o como quien suma detalles (descripciones, digresiones, diálogos, reflexiones, más cosas por el estilo) a una simple narración.

Cuento autoconsciente

La historia de un cuento que sabe perfectamente que ahora mismo no solo está siendo narrado, sino también leído por un lector que, créase o no, es el mismo que está leyendo estas palabras: *su* lector (o sea, usted) que, de este modo, desarrolla también su autoconciencia.

Cuento chino

La historia de unos personajes que hacen cosas que uno calificaría de inaceptables o, al menos, de curiosas si se apellidaran Sánchez, Smith o Schultz, salvo que ellos se llaman Fu Chu y Lin Tang o algo así y lo que hacen parece ciento por ciento normal.

Cuento patriótico

La historia de un ministro de educación de… (añádase aquí un país) que homenajea al gran escritor oficial, gloria viviente de la cultura, con una estatua de tamaño natural erigida en la plaza frente a la estación de tren, salvo que la estatua no representa al autor, sino a los dos personajes principales de un cuento que, como dice el ministro leyendo el discurso que escribió un escritor oscuro y sin estatua, «hace que estemos orgullosos de ser…» (añádase aquí una nacionalidad, en lo posible la que corresponde al país elegido más arriba).

Cuento en forma de fábula

La historia de unos lectores que por un buen rato olvidan o deciden olvidar que los animales no hablan y que resulta indebido simplificar y decir, por ejemplo, que todos los leones tienen alma de líder ambicioso, que todos los zorros son dueños de una astucia incomparable o que todas las fábulas desembocan de manera irremediable en una moraleja que postula, por ejemplo, que no se debe generalizar.

Cuento sin puntuación

La historia de un punto una coma un punto y coma y hasta unos puntos suspensivos y también unas comillas unos paréntesis y unos guiones que no tenían cabida alguna en el cuento y veían no sin envidia a los signos de interrogación y exclamación que el escritor había decidido incluir en el texto vaya uno a saber por qué la verdad es que el cuento hubiese quedado mejor sin ninguna clase de signo eso

pensaban ellos desde una tierra imprecisa que claro está quedaba fuera del texto y lo pensaban por supuesto con comillas puntos comas punto y comas guiones paréntesis y todo todo como corresponde y como manda la academia de las letras muy contradictorio hubiese sido lo contrario no es cierto

Cuento de final abierto

La historia de un lector al que le irrita bastante que los cuentos no tengan un final explícito («un desenlace redondo», dice él) y que, en su ciega irritación, razona que el escritor no supo acabar el cuento y optó por la fácil salida de dejar a los personajes en medio de una escena donde

Cuento obvio

La historia de un lector que se anticipa en todo momento a lo que se dispone a contarle el autor y que, en vez de adjudicar eso a algún don de clarividencia o de suprema inteligencia de su parte, lo achaca a la obviedad del escritor, tanto es así que deja de leer el cuento convencido de que ya sabe cómo terminará. (Dato que, por cierto, no comprueba).

Cuento que empieza citando a Borges

La historia de cómo nadie vio desembarcar en la unánime noche la historia de un cuento que cita casi textualmente a Borges en sus primeras palabras, pero luego deja de citarlo.

Cuento impensado

La historia de un crítico que halla en una suma de fragmentos dispersos una lógica narrativa implacable, que ni el propio autor previó.

Cuento en forma de noticia

(AFP) El escritor argentino Eduardo Berti ha escrito y publicado un relato muy breve, titulado «Cuento en forma de noticia», integrante de un conjunto de relatos que, a diferencia del ya citado relato, no fueron escritos empleando la forma de una noticia periodística, ha anunciado la editorial que acaba de publicar el ya citado relato junto con los otros relatos ya mencionados.

Cuento en forma de diálogo

La historia de dos personajes que mantienen un diálogo falsamente anodino, a sabiendas de que mientras dialogan cumplen una serie de acciones, no necesariamente ligadas al diálogo, y de este modo, como si no se dieran cuenta (pero, en rigor, sí que se dan cuenta), le ofrecen al lector un cuento en forma de diálogo.

Cuento sin diálogos

La historia de unos personajes que únicamente dialogan cuando el lector cierra el libro.

Cuento de falacia patética

La historia de un triste cielo que vierte una triste lluvia en el momento en que los personajes se encuentran muy tristes, y la historia de cómo el lector tendría que identificarse, sí o sí, con toda esa tristeza.

Cuento anónimo

La historia de un autor del que ya nadie se acuerda.

Cuento rimado

La historia sin mucha gloria de un conocido actor convertido en escritor que publica una novela, mala copia de *Rayuela*, y unos cuentos infantiles que venden cientos y miles de ejemplares -aunque distan de geniales-, para alegría de más de una librería.

Cuento kafkiano

La historia de un cuento fantástico que se despierta una mañana, después de un sueño intranquilo, convertido en un falso cuento realista.

Cuento plagiario

La historia de un escritor que no logra convencer a la justicia de que lo suyo es un ejercicio de intertextualidad.

Cuento premiado en un concurso literario

La historia de un texto original y de tema libre, escrito en lengua española por alguien menor de cuarenta y cinco años de edad, de cualquier nacionalidad, mecanografiado a doble espacio, utilizando un tipo Arial, Times New Roman, Baskerville o similar e impreso en cinco copias en tamaño A-4 en una sola cara, de tal modo que la totalidad del texto no excede los diez folios de tamaño A-4 impresos según estas indicaciones, y la historia de cómo este texto, presentado bajo un alias, es enviado por correo antes del 21 de marzo del año 2019, con el añadido de un pequeño sobre cerrado conteniendo diversos datos personales (título de la obra, seudónimo, nombre, apellido, año y país de nacimiento, dirección completa, teléfono, *e-mail*), y la historia de cómo este cuento no disgusta a ninguno de los cinco miembros del jurado, y la historia de cómo cada uno de los miembros del jurado tiene otro cuento favorito, a decir verdad, y de cómo el desacuerdo hace que se genere un consenso en torno a este otro cuento, el futuro ganador, que todos tenían como su segundo o tercer favorito, y la historia de cómo el autor del cuento obtiene los quinientos euros del premio tras el fallo comunicado oficialmente el 10 de noviembre de 2019, y además de los quinientos euros obtiene una pequeña escultura de un famoso artista finlandés que pondrá en alguna repisa, y la historia, desde luego, de cómo el cuento es proclamado oficialmente ganador porque el cuento y el autor no han cometido ningún incumplimiento de las bases, lo que hubiese implicado la automática descalificación.

Cuento histórico

La historia de un conocido personaje histórico que se convierte tras su muerte en el personaje de un cuento donde aparece vivo y actúa sin sospechar que un día se volverá personaje de un cuento.

Cuento sin pies ni cabeza

La historia de un lector que hacia la vertical para leer los cuentos que a su humilde juicio no tenian ni pies ni cabeza.

Cuento insistente

La historia, la memorable y singularísima historia, de un librero considerado por muchos como el mejor vendedor de libros de toda la

ciudad, quien un día recibe un libro, un memorable y singularísimo libro, que le gusta y lo conmueve tanto, pero tanto, que lo califica en el acto como el mejor de todos los libros ideados, imaginados, soñados, escritos y, desde luego, publicados en todos los tiempos y en todos los idiomas, a tal extremo que el librero, el muy culto y singularísimo librero, se olvida de la existencia de todos los demás libros que acumulan polvo en su librería, se olvida de cuajo de ellos y no solo se obsesiona con vender únicamente el libro que tanto le gustó, sino que se niega a vender cualquier libro que no sea este y tanto les insiste y les insiste a los clientes, que pronto los clientes evitan su librería porque se corre la voz de su especie de obsesión, y tanto insiste e insiste él con que «tienen que comprar y leer este libro» que logra el efecto contrario y los pocos que él convence para que compren el libro salen lógicamente decepcionados tras leerlo porque esperaban el libro más memorable y más singular de todos los tiempos, pero no es tan así.

Cuento clasificado 1

Pers. busca cuento pref. realista / exp. prev. pers. sec. novela / buenas ref. / escrit. noveles abstenerse.

Cuento clasificado 2

Hist. promet. 130 pág., tbién posi. adapt. guion cine, busca jov. lect. pref. mujeres y sin grand. exig. para relac. seria y prolong. -vanguard. y amantes bestsell. abst.

Cuento de fantasmas 1

La historia de un lector que sabe que en el cuento que está leyendo aparecerá un fantasma, y la historia de cómo el autor, que sabe que el lector sabe que aparecerá un fantasma, se las ingenia así y todo para que el lector se asombre o, cuanto menos, sienta un poquito de miedo.

Cuento de fantasmas 2

La historia de un escritor que, entusiasmado por una descripción que considera magistral, olvida que los mejores fantasmas son aquellos que no se ven.

Cuento de ciencia ficción

La historia de un mundo que, cuanto menos se parece al nuestro, más lo retrata.

Cuento en grandes caracteres

L A
H I S
T O R I A
D E U N L E
C T O R C O N P R
O B L E M A S P A R A L E E R
L O S P E Q U E Ñ O S C A R A C T E R E S

Cuento perfecto

La historia de un escritor que ha encontrado lo que buscan todos los demás escritores, aunque digan lo contrario, y la historia de cómo todos los demás escritores buscan afanosamente en su cuento algún defecto, aunque digan lo contrario.

Cuento precipitado

La historia de un escritor que escribe y piensa con los pies, y de cómo esos pies para colmo son demasiado veloces.

Cuento en forma de epínome

La historia de un escritor que, un buen día, se limita a escribir un cuento y, un buen día, se topa con una palabra complicada («epínome») leyendo una reseña universitaria que alguien, un buen día, escribió consagrada a su cuento, palabra que no consigue borrar de su cabeza hasta que, un buen día, busca su significado y comprende que sí, que en su cuento empleó el «epínome» sin saber que eso existía, así le confiesa al crítico universitario tan pronto como, un buen día, le manda por correo una carta.

Cuento reprobado

La historia de un escritor que recibe un e-mail anonimo que dice es el primer cuento que leo de tí, no te conocia,pero, me ha dejado tan mal que no te puedo dejar de hacerte esta critica, es un cuento incipido, sin sentimientos sin orden,sin argumento ni cuerencia

elementos basico que un escrito, tiene que dominar pienso yo para crear un cuento, desde luego, no volvere a leer nada mas tuyo y siento decirte que es el peor cuento que he leido y he leido unos cuantos cuentos.

[Cuento sin título]

La historia de cómo, a pesar de las apariencias, el autor de este cuento no supo o no quiso hallar un título y por eso el editor o alguien que no es el autor optó por una solución que se ha puesto entre corchetes.

Cuento de tres frases

Una historia que empieza con dos frases muy cortas. Nueve palabras en la primera frase, once palabras en la segunda. Y luego, sin punto a parte y sin nada que lo hiciera prever, tras esas primeras frases que han plantado el cuadro con dos pinceladas (el personaje, la época, el contexto, el tono), el relato se desarrolla a lo largo de una extensa frase sinuosa y compleja -una frase que combina guiones y paréntesis- y que le plantea al lector (suponiendo, claro, que haya un lector) un desafío de atención y de paciencia, pero que a la vez lo premia con una suerte de excursión o de aventura, ya que los obstáculos son también -podría decirse- monumentos maravillosos con los que no resulta ingrato tropezar en busca de ese final que (como descubre el lector, en un rapto de sorpresa) llega abruptamente.

Cuento breve en forma de haiku

Sobre sus manos
el lector ha encontrado
un cuento breve

Cuento con fe de erratas

La historia de que, por causas ajenas a nuestra voluntad, el cuento ayer publicado en estas mismas páginas incluyó algunos errores que pasamos a detallar:

Párrafo 1, línea 3: donde dice «Martha» debe decir «Mirtha».
Párrafo 1, línea 5: donde dice «Paraguay» debe decir «Uruguay».
Párrafo 2, línea 10: donde dice «grandes ojos como platos» debe

decir «grandes omóplatos».

Párrafo 3, línea 6: donde dice «Mirtha» debe decir «Martha».

Párrafo 4, línea 7: donde dice «estaba en su total derecho» debe decir «estaba totalmente deshecho».

Párrafo 6, línea 8: donde dice «Martha, pero no Mirtha» debe decir «Mirtha, pero no Martha».

Párrafo 7, línea 9: donde dice «el propietario de la fábrica no tenía nada personal con Pedro» debe decir «el propietario de la fábrica no tenía más personal que Pedro».

Párrafo 9, línea 1: donde dice «se soltó los cabellos» debe decir «soltó los caballos».

Párrafo 9, línea 3: donde dice «Martha» debe decir «Mirtha».

Párrafo 11, línea 2: donde dice «su hermano, que era artista» debe decir «su hermano que era autista».

Párrafo 13, línea 3: donde dice «Martha no soportaba a Mirtha» debe decir «Mirtha no soportaba a Martha»

Párrafo 15, línea 4: donde dice «Alberto, el turro» debe decir «Alberto, el turco».

Cuento con ilustraciones

La historia de un lector que no está de acuerdo, no, con el retrato del personaje principal (él lo imaginó más gordo, menos alto y con un bigote distinto) ni con el retrato que muestra el castillo entre los árboles (él imaginó unos árboles más altos y un castillo menos ancho y con una torre distinta), pero aun así debe admitir que el ilustrador acertó de manera sorprendente con el dibujo final: el que representa al lector.

Cuento deliberadamente confuso

La historia de un escritor llamado Daniel que decidió escribir un cuento donde todos los personajes se llaman igual, Daniel, tanto los masculinos como también los femeninos, y de cómo un lector también llamado Daniel tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario para no confundirse con los personajes, en los dos sentidos posibles de la expresión.

Cuento en forma de telegrama

Basta cuentos forma epistolar. Stop. Ya trillado. Stop. Y es largo para microficción. Stop. Mejor telegrama.

Cuento con doble zeugma

La historia de un lector que salteaba páginas y comidas para llegar pronto al final y con dinero a fin de mes.

Cuento con primeras veces

La historia de un lector que por primera vez empieza a leer un cuento a partir del tercer párrafo y por primera vez se topa en un cuento con la palabra «flámula» y por primera vez lee un cuento que transcurre en la ciudad holandesa de Gasselterboerveenschemond y por primera vez se topa con un personaje principal (en este caso, un personaje llamado F., nada más) que podría ser tanto un hombre como una mujer, el narrador no se toma la molestia de aclararlo o acaso confunde adrede a los lectores, y por primera vez termina un cuento muy desorientado y al mismo tiempo enfadado, deseando por primera vez que el autor de un cuento se pudra en el infierno.

Cuento de clásica trama aristotélica

La historia de un joven estudiante de letras que desea y necesita saber qué es una clásica trama aristotélica y está dispuesto a averiguarlo, por más que en ello deba invertir todas sus energías, pero pronto cae en la cuenta de que una fuerza contraria parece decidida a impedírselo. Al principio no queda claro si se trata de otra persona, de un conjunto de personas o de algo más difícil de vislumbrar (un conjunto de circunstancias adversas, por ejemplo), pero sí resulta claro que esta fuerza contraria es muy pertinaz. Finalmente el estudiante comprende que otra persona, otro estudiante de letras, menos joven, no quiere que él sepa qué es una clásica trama aristotélica, lo cual suscita un conflicto entre el joven estudiante y el estudiante menos joven. El cuento concluye con una especie de moraleja: el estudiante antagonista, con su sola aparición, ha hecho que el estudiante protagonista entendiera el principio básico de la clásica trama aristotélica.

Cuento en forma de silogismo

Nada es mejor que este cuento.
Cualquier cosa es mejor que nada.
Cualquier cosa es mejor que este cuento.

Cuento con muchas notas al pie[1]

Un cuento[2] con muchas[3] notas[4] al pie[5].

CONTINUIDADES DEL CUENTO

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, ysentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujabanabominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte.

Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

I

Había empezado la novela días antes. Esa tarde, después de discutir con el mayordomo, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia los robles. En su sillón, de espaldas a la puerta, dejó que su mano izquierda acariciara el terciopelo verde. La ilusión novelesca lo ganó y fue testigo del encuentro en la cabaña del monte. El amante rechazaba las caricias. El puñal contra su pecho, todo estaba decidido. Esas caricias dibujaban otro cuerpo, que era necesario destruir. Se separaron en la puerta de la cabaña. Corrió hasta distinguir la casa. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió y entró. Una sala, una escalera. Dos puertas. Nadie. La puerta del salón y, entonces, el puñal en mano, el alto respaldo verde, la cabeza del hombre leyendo.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo,

que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer:primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela

II

La novela, volvió a abrirla arrellanado en su sillón, de espaldas a la puerta, a la vez que su cabeza descansaba en el terciopelo del alto respaldo. ¿La disyuntiva de los héroes, en la cabaña del monte? El amante, sangre, besos, el puñal y otro cuerpo que era necesario destruir. La tarea los esperaba. Se separaron en la cabaña; él corrió a la casa. Primero una sala, después una escalera. La puerta del salón:

un sillón de terciopelo, la cabeza del hombre, una novela.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparceríasvolvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajandolínea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajolatía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir.Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron.El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró . Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de lamujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la

primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

III

Esa tarde, el mayordomo volvió al libro. En su sillón, de espaldas a la puerta, se puso a leer línea a línea el último encuentro en la cabaña: el amante rechazaba las caricias y el puñal latía como un arroyo de serpientes, como otro cuerpo que era necesario destruir. La tarea los esperaba. Se separaron. Ella corrió hasta distinguir la casa. El mayordomo estaría a esa hora. Subió, entró en la sala alfombrada. En lo alto, el puñal. El sillón, la cabeza del hombre, una novela.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con elmayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo,

dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadieen la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

IV

Había empezado a escribir el libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles, en su sillón favorito, de espaldas a la puerta. Palabra a palabra, en la cabaña del monte primero entraba la mujer, ahora llegaba el amante para repetir las ceremonias de una pasión secreta. Empezaba a anochecer. Se separaron en la puerta de la cabaña. Ella corrió hasta distinguir la casa: las palabras en la mano del hombre, una novela.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesarlentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su

cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacialas imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venidopara repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada habíasido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron.El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

V

Se dejaba interesar por su mayordomo favorito. Su memoria retenía las imágenes del placer casi perverso bajo los robles. Dejándose ir hacia la cabaña para repetir las ceremonias de una pasión secreta, su pecho latía anhelante. Nada había olvidado. En la puerta de la cabaña, en la bruma del crepúsculo, el mayordomo no estaba. Entró. Y

entonces, puñal en mano, el hombre…

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestadocomo una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajandolínea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron.El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera

habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el

VI

La abandonó por el libro. Lo hubiera molestado. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando de la mujer. Amante lastimada, ella corría a la casa. Los perros ladraron. El mayordomo estaba en una habitación, puñal en mano.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparceríasvolvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de lamano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente

atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron.El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

VII

Abandonó la finca después de discutir. Volvió sin esfuerzo, casi enseguida, a la cabaña del monte, lastimada la cara. La sangre y el puñal se enredaban abominablemente. Había sido despiadado: una mano, una mejilla, el pelo suelto. En la casa, el mayordomo subió los peldaños y entró. La sangre de la mujer. La puerta. El puñal en el sillón. La cabeza.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesarlentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a

palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerloy disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

VIII

Había empezado a leer lentamente la carta, en su sillón favorito de terciopelo verde. Línea a línea, la mujer rechazaba una pasión secreta. Su pecho latía anhelante. Sentía que todo estaba decidido y que había sido olvidado. Corrió hasta el puñal.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesarlentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y

discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacialas imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahorallegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venidopara repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer:primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

IX

Regresaba en tren, lentamente, por la tranquilidad de los robles, arrellanado en su sillón verde. Más allá de los ventanales, las imágenes adquirían movimiento. Llegaba para repetir las ceremonias de una pasión. Su pecho, anhelante, sentía la figura de otro cuerpo. ¿Había sido olvidado? Empezaba a anocher. Se volvió un instante hasta distinguir la casa de la mujer. Primero nadie. Nadie en el salón. Y entonces la luz de los ventanales, la cabeza del hombre.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajandolínea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose irhacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latíala libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas cariciasque enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte.

Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

X

Esa tarde, en la tranquilidad de su sillón favorito, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo, sin esfuerzo. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando de lo que lo rodeaba, y sentir la mano que danzaba dejándose ir. Una pasión secreta latía agazapada, corría como un arroyo de serpientes. Esas caricias dibujaban la figura de otro cuerpo que no estaba. Las palabras de la mujer. Nadie. La mano. El terciopelo. La cabeza del hombre.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesarlentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada

la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía lalibertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer:primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

XI

Había empezado a leer la novela. Lentamente la trama, de espaldas a la ilusión novelesca, rechazaba las ceremonias por un mundo de libertad. Las páginas dibujaban la figura de otro cuerpo, que era su doble. Empezaba ya a distinguir, en las palabras, primero una habitación; y entonces, en la mano de un hombre, una novela.

BASTA MIRAR CON ATENCIÓN

Es la historia de un lector que se apellida Vigneau. No, busquémosle un apellido más singular: Peyandreau. Lo importante, al fin y al cabo, es que este hombre (Payendreau, francés de pura cepa, víctima de la caspa y amante de los libros) es un ferviente lector de Marcel Aymé, el autor del *Pasamurallas*. Tan ferviente que, un buen día, se lanza a escribir un relato imitando a rajatabla la estética de su ídolo. Como una especie de máquina (máquina, en este caso, fotocopiadora), relee la obra de Aymé, analiza muletillas, ve patrones que se repiten. Los inicios, por ejemplo. Esos cuentos, como pronto se percata Peyandreau, empiezan por lo común con la fórmula siguiente: «En tal ciudad existía un hombre que…». La fantasía, por ejemplo. Esos cuentos, como pronto se percata Peyandreau, están llenos de excéntricos y de una sana y oblicua perplejidad ante lo real: un hombre al que le crece una aureola de santo, una aureola luminosa, encima de la cabeza y de noche no deja dormir a nadie por culpa de tanta luz; un hombre que pinta cuadros de escaso valor artístico, pero con la extravagante propiedad de ser «óleos alimenticios» que dejan saciado al espectador. Cosas así, ideas así que fascinan a Peyandreau.

Peyandreau tiene un empleo oscuro desde hace muchos años, digamos que es inspector de aves o un castigo similar, de manera que al principio no da abasto para vivir y trabajar y escribir; sin embargo, solicita una licencia, a las aves no le vendrá mal un inspector más joven y por qué no más simpático y sin caspa, y en los dos meses de la licencia que obtiene (sin goce de sueldo, claro) va empollando una palabra tras la otra, como imitando a las aves, picotea los pocos ahorros, pero eso a él no le importa, y le saca todo el partido del mundo a su flaca inspiración. Lo que tiene ante sus ojos no es un cuento, todavía. No obstante, él logra trazar un esquema, algo que bautiza «croquis». Y, cumplido su periodo de licencia, otra vez al triste ritmo de su empleo con las aves, consagra una hora nocturna, a lo largo de muchos meses, a desarrollar el cuento, a limar las incoherencias en la trama, a pulir la música y la exactitud de cada frase y, sobre todo, a no perder jamás de vista que debe parecer escrito por el gran Marcel Aymé.

De la experiencia, Peyandreau sale transformado. Ya admiraba a su maestro, ahora mira con nuevos ojos su oficio. Cada palabra, cada punto, cada coma. Es como esos aficionados al fútbol que patean una pelota cada seis o siete años, como mucho: los días siguientes a su excepcional incursión deportiva se identifican como nunca con las acciones de los atletas.

No sería ilógico que, entusiasmado, nuestro Peyandreau se pidiera otra licencia. Pero llegan las vacaciones y a la sombra de unos alerces, en una casa de campo que le presta un buen amigo (que le alquila un conocido, en realidad, a un precio bastante módico), termina al fin su relato, porque él no abandona el texto al modo de Paul Valéry: él lo termina. Lo termina y, puesto a correr el riesgo, se lo envía al maestro Aymé. Lo mete en un sobre inmenso en el que podrían caber dos novelas, tres novelas, más que un mísero relato, y escribe con letra diminuta, cohibida: «M. Aymé, Éditions Gallimard, Paris». Todo el mundo sabe quién es Aymé, dónde queda Gallimard y cómo hacer para que una carta viaje hasta las manos del escritor. Si no fuera por su mezcla de candor y testarudez, Peyandreau no hubiese escrito ese cuento, no se lo hubiese enviado a su maestro y no hubiese tenido el arrojo de poner como broma más o menos involuntaria, bajo el título de su ardua creación («Déjà-vu»), estas otras cinco palabras: «Un cuento de Marcel Aymé».

A partir de ese momento, Peyandreau se desvanece y lo que nos ocupa es Aymé. Estamos en octubre de 1949. O, mejor, en noviembre de 1950, así podemos decir que Aymé acaba de publicar su libro *En arrière*. En Gallimard hay un buzón que no se aburre de recibir sobres como el de Peyandreau: *A. Gide, Éditions Gallimard, Paris; R. Queneau, Éditions Gallimard, Paris; J. Paulhan, Éditions Gallimard, Paris*. Pareciera que toda Francia vive allí, en ese lugar. Y puede que sea verdad. Metafóricamente, al menos. Lo cierto es que, una mañana de otoño, Marcel Aymé recibe el cuento del inspector de aves Peyandreau. De Peyandreau, autor de un cuento de Aymé. No es el primer ni último cuento ajeno que le trae el correo. Lo insólito es que allí dice que ha sido escrito por él. Por eso Aymé lo lee. ¿Únicamente por eso? ¿De qué se trata el relato? Un tal Martin (no queda claro si es su nombre o su apellido) no puede ir al cine sin sentir un extraño *déjà vu* y, a los diez o quince minutos de iniciada la proyección, descubre sin remedio que ya sabe cómo seguirá y terminará la historia. No es que haya visto antes la película (al contrario, Martin no frecuenta los cines porque prefiere leer), sino que por alguna razón ignorada él ya «conoce» el film y unos pocos minutos iniciales le encienden un recuerdo como adormilado: escena por escena, plano por plano. A menudo hasta repite de memoria los diálogos.

El falsario, por lo visto, lo ha estudiado con obsesión de inspector.

Pero ha estudiado, si se quiere, los defectos. Las muletillas que, contra los deseos del autor, resurgen libro tras libro. El resultado es, con todo, bastante satisfactorio, concluye Aymé y guarda el cuento en un cajón de su escritorio de trabajo. ¿Por qué allí? ¿Por qué allí, precisamente, en un cajón donde parecen tener la entrada prohibida los textos que no salen de su pluma o de su máquina Rooy? A lo mejor por distracción. A lo mejor porque se ha tomado en serio eso de «un cuento de Marcel Aymé». A lo mejor porque, menuda coincidencia, la máquina de escribir del inspector de aves Peyandreau es la misma máquina Rooy con la que él, Aymé, escribe sus cuentos (y también sus novelas) cuando no usa la pluma: la misma máquina que emplea, tras la pluma, para «pasarlos a limpio», como reza la expresión. O a lo mejor -quién podría contradecir esto- porque el cuento le ha parecido potable y ha tenido la idea fugaz de escribirlo con sus palabras, que es otra forma de pasar, por qué no, en limpio un relato.

No sabemos cuándo muere Peyandreau. Sabemos que Aymé muere el 14 de octubre de 1967. Podríamos fantasear que el escritor y el inspector de aves fallecen el mismo día, a la misma hora. Pero suena descomedido y no es lo mejor, ya veremos, para la historia. Lo que importa es que, tras la muerte de Aymé, siguen saliendo libros de Aymé, siguen naciendo lectores de Aymé y siguen llegando cartas para «M. Aymé, Éditions Gallimard, Paris», al menos por unos meses, de manera comparable a las uñas y los pelos que siguen creciendo en el cuerpo de los muertos, por inercia, si aceptamos la explicación más pedestre, o porque la vida no resulta tan fácil de matar, si nos ponemos poéticos. Si un hombre puede atravesar las paredes, si un hombre puede tener una aureola luminosa sobre la cabeza, si un hombre puede pintar cuadros comestibles, ¿por qué no puede un escritor seguir publicando libros después de muerto? Para eso, que no tiene mucho de milagro, están los albaceas, los amigos, los herederos y también los *expertos en la obra*.

Un nuevo libro, por lo tanto, atraviesa las murallas de la tumba de Marcel Aymé años después de la muerte de su ocupante. Reúne una serie de cuentos publicados en revistas, recopilados por un joven experto que se apellida Dupond. Todos afirman que el nuevo libro está muy bien, como si Aymé siguiera vivo y el mundo se viese lleno, más que nunca, de cuentos que empiezan con «En tal ciudad existía un hombre que…».

Transcurre el tiempo, unos cuatro o cinco años, y el mismo experto, el joven señor Dupond, el «entendido en Aymé», recibe la notoria oferta de editar los «cuentos completos» del maestro. Es el sueño de su vida. Con saludable ambición, Dupond emprende la pesquisa de inéditos. La familia Aymé abre una serie de puertas (de la casa, de la habitación donde escribía el maestro, de un armario donde

archivaron papeles que se fueron amarilleando) y abre también los cajones: ahí está el cuento del inspector de aves Peyandreau. El joven Dupond lo acoge como un tesoro caído del cielo. Es la máquina Rooy de Aymé. Es el estilo de Aymé. No es el mejor de sus cuentos, desde luego. Pero es un texto inédito y Aymé tiró a la basura, hace más de veinte años, el sobre y la carta en la que Peyandreau explicaba que se había tomado el atrevimiento…

Los *Cuentos completos* se editan con el cuento del finado Peyandreau. Pero no, nada de finado. Supongamos, ya que conocemos poco de este último, que Peyandreau sigue vivo. Con menos pelo y menos caspa. Pero vivo. Y que lee los *Cuentos completos* y se pregunta qué actitud adoptar: ¿no decir nada y morir con el inútil orgullo de ser parte de la obra literaria de otro hombre, pero no un hombre cualquiera, sino el que más admiró y sigue admirando? ¿O confesar la verdad?

Peyandreau calcula que, si sale a decir la verdad, lo tomarán por loco o, peor, por megalómano. Así que medita. Medita. No se toma otra licencia de su empleo porque lleva años jubilado. Pero pone en su rutina una especie de paréntesis comparable solamente a aquellos meses, tan inolvidables, que pasó escribiendo el cuento de Marcel Aymé. El único cuento que escribió, parece, en toda su vida. Y no está mal que sea así. No está mal que él, el alumno, no haya reincidido con la escritura.

¿Qué siente Peyandreau al ver su cuento en el grueso libro con los cuentos completos de Aymé? Desde luego, en su momento aguardó que Aymé contestara. Que le diese una señal. Una cualquiera. Es arriesgado decir que el inspector de aves Peyandreau hubiese preferido una crítica dura al acérrimo silencio que Aymé opuso a su relato. Él no fue otro de los cientos de aspirantes a escritor que buscaban el aplauso o la aprobación del maestro. No, a Peyandreau le importaba más Aymé que su modesto relato *à la manière* de Aymé. Por esto mismo, que el maestro no le enviara una respuesta fue como un puñal por la espalda. Salvo que ahora, gracias al magnífico error del experto, no es tarde para que entienda que, si su texto se ha incrustado entre los cuentos completos como una suerte de espina, no se debe solamente a aquella broma juvenil («un cuento de Marcel Aymé»), sino a que el maestro conservó, atesoró ese relato entre sus papeles íntimos, entre sus cosas preciadas, quién sabe por qué y para qué.

Meses después de la publicación de los cuentos completos, alguien redacta una carta en la que arguye con pruebas irrefutables que el cuento inédito «Déjà vu» no es obra de Marcel Aymé. La redacta y la envía a «M. Dupond, Éditions Gallimard, Paris». Casi nadie sabe quién es Dupond, pero el sobre llega a buen destino y al joven experto le

asombra el acopio de detalles en la carta acusadora. Lo mismo a los familiares del escritor. El cuento, dice la carta, ha sido escrito con una máquina Rooy que tiene visiblemente un defecto en la letra «d». La Rooy de Aymé conserva, años después, la «d» asombrosamente intacta. Podría decirse, más aún, que es la única tecla que supo mantenerse en buena forma, como si hubiese esperado ese momento estelar para echar luz a un misterio. La carta añade un conjunto de datos por el estilo. La marca de papel y su gramaje; un error de ortografía que Aymé nunca, nunca hubiese cometido. No más de doce personas accedieron a la versión mecanografiada («original») del cuento. Estas personas, Dupond incluido, cruzan miradas de recelo y estupor. La carta añade: «Con toda evidencia, estamos en presencia de un relato escrito por un plagiario o un admirador». Pese al tono, poco altanero, sería la carta ideal para que alguien pedante firmase con nombre y apellido. Pero es una carta anónima y a uno le tienta pensar que ha sido escrita por el inspector de aves Peyandreau. En la carta, desde luego, no se nombra ni sugiere el nombre del posible autor. Un buen final de esta historia sería que la carta anónima fue escrita (no podría ser de otro modo) con una máquina Rooy en la que anda mal la «d». Basta mirar con atención.

MAÑANA SE ANUNCIA MEJOR

UNO

Un hombre de treinta y tres años, que el lunes pasado corría desnudo por las calles principales de nuestra capital, explicó a los policías que lo detuvieron que lo hizo porque es un «hombre invisible» y, por lo tanto, no ha cometido ninguna ofensa. «Al ser invisible, nadie puede acusarme de ultraje al pudor», sostuvo el detenido, un reincidente que será sometido a exámenes psiquiátricos.

La liga nacional de baloncesto ha firmado un convenio para que, además de los jugadores y los árbitros, también cumplan con el control antidopaje los periodistas deportivos encargados de relatar o comentar cada uno de los encuentros. No se sabe por el momento si la lista de sustancias prohibidas será la misma para los periodistas y para los protagonistas de las competencias deportivas.

La nueva prisión de una pequeña ciudad del norte de nuestro país fue inaugurada un día antes de lo previsto debido a que un policía asesinó anteayer, durante una violenta discusión, a su comisario en jefe. El crimen se produjo en la mismísima cárcel, que ambos visitaban con el objeto de dar la aprobación final a las últimas obras y a las últimas medidas de seguridad. La discusión, según dos testigos del hecho, estalló cuando el policía acusó al comisario en jefe de hacer «la vista gorda» frente a numerosas fallas en la infraestructura de la unidad penitenciaria. Hoy por la tarde, el policía encarcelado deberá presentar su alegato de defensa, si es que no cumple antes su anunciado propósito de fugarse de la cárcel para demostrar que tenía razón en su disputa con el comisario en jefe ya que, en efecto, la prisión no cumple con las mínimas medidas de seguridad.

Honda sorpresa causó ayer la divulgación, en un sitio web, de una parte del proyecto de «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores» que el gobierno presentará esta semana en el congreso de la nación. La «filtración» de esos fragmentos del proyecto sembró inquietud en el gobierno, que salió a desmentir la veracidad de lo publicado en la web. El proyecto de ley, según ha

señalado el vocero presidencial, «de ninguna manera incluye medidas tan represivas». De acuerdo con el texto que circulaba ayer, la ley contemplaría prohibir la lectura de novelas eróticas en lugares públicos (delito que sería penalizado con multas y encarcelamientos) y fijaría un severo castigo para toda persona que, viendo a otra leer un libro, le revelase el final de la historia o el secreto del enigma.

El director de la red de bibliotecas públicas de nuestro país ha expresado este lunes su inquietud porque en los últimos diez meses diversos libros del catálogo resultaron alterados o adulterados. De acuerdo con el director, si bien la demanda de libros ha caído el último año un 4,5 por ciento (y la demanda específica de novelas y obras de ficción, un 7,2 por ciento), la cifra de libros dañados y/o modificados ha crecido un 26 por ciento en el mismo periodo. Entre los daños más comunes se encuentran las tachaduras, las páginas arrancadas y las imágenes («no siempre indecentes o blasfemas») que ciertos lectores adhieren o intercalan en el interior o exterior de los libros. «En estos últimos meses, sin embargo, advertimos no sin alarma el uso de procedimientos antaño inimaginables», afirmó el director de la red de bibliotecas, quien se rehusó a detallar los nuevos procedimientos.

En un comunicado que, a pesar de ser escueto, ha causado la incertidumbre colectiva, el hospital central de nuestra ciudad informó que hace dos días un hombre de cincuenta y ocho años, empleado en una compañía de seguros, despertó convertido en insecto después de un sueño intranquilo. Se desconocen los detalles de este caso, al parecer sin precedentes.

Preocupa a las autoridades la acción de un círculo de lectores obsesionados con que nuestra capital sea idéntica a cómo aparece en las novelas de su admirado escritor. Si en una de las novelas se indica, por ejemplo, que en tal esquina funciona una farmacia, el círculo se encarga de que esto sea así, aun a riesgo (como ha sucedido ayer) de tomar por asalto una confitería y convertirla precariamente en farmacia hasta la oportuna intervención de los agentes del orden. La policía es de momento tolerante con el excéntrico círculo, pero ha advertido que «no se permitirán escándalos ni desmanes».

Las cosas empiezan mal para el flamante director del museo de arte moderno de la ciudad, que asumió hace poco más de tres semanas. El martes pasado, una mujer de veinticinco años fue sorprendida en una de las salas laterales del museo, mientras pintaba sobre la tela de un cuadro titulado *La fidelidad*, cuyo autor, muy célebre y respetado, es un anciano artista belga que vivió hace algunos años en nuestro país. Al llegar con cierta demora al lugar del hecho, el vigilante de turno no logró impedir que la intrusa modificase o, mejor dicho, ensanchase ciertos trazos de la obra que el pintor había hecho

en negro y gris oscuro (colores que la agresora respetó religiosamente) sobre un fondo que, en el informe oficial, presentado después a las autoridades del museo y a la policía, el vigilante de turno describió como «amarillo limón». La intrusa, por el contrario, fue incapaz de lo que a todas luces era la segunda fase del plan y consistía, podría resumirse, en lo opuesto: emplear un amarillo idéntico al color «limón» del fondo para adelgazar o incluso borrar ciertos trazos en negro o en gris oscuro. La policía, al cabo de una pesquisa, ha establecido que el hecho podría haberse evitado con sencillez aumentando las medidas de seguridad. La agresora logró introducir impunemente sus pinceles y pinturas con la excusa, válida o no, de que es una estudiante de arte habituada, en su afán de aprendizaje, a ir por los museos del mundo copiando a pintores modernos y contemporáneos. Según fuentes policiales, la supuesta estudiante de arte, que permanece detenida desde el martes, ofreció escasa resistencia.

El Servicio Meteorológico Nacional pronostica para hoy lluvias y tormentas, mejoramientos temporarios, vientos leves o moderados del sector norte y una temperatura de 12 grados de mínima y 22 grados de máxima. Mañana se anuncia mejor: cielo despejado, vientos leves o moderados del sector norte cambiando al sector este y una temperatura de entre 15 y 23 grados.

DOS

Un hombre de cuarenta y dos años, haciéndose pasar por uno de nuestros más célebres actores -a quien efectivamente se parece-, consiguió un rol protagónico en un largometraje que se filma desde hace algunas semanas en el sur de nuestro país. Enterado del hecho, el famoso actor ha entablado juicio y se ha ofrecido a actuar en reemplazo de su doble a cambio de una paga irrisoria. El director de la película afirmó que prefiere trabajar con el doble a pesar de sus artimañas.

El congreso de la nación ha empezado a debatir de manera acalorada la nueva «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores», la cual es fruto de tres años de labores arduas. La ley establecería, entre otras medidas que han comenzado a despertar comentarios críticos, que si un lector posee igual nombre y apellido que el protagonista de determinada novela (hecho que deberá probar ante el librero con el correspondiente documento de identidad) tendrá derecho a adquirir dicha novela con un 22 por ciento de descuento.

Otro caso de un hombre que despertó convertido en insecto después de un sueño intranquilo fue anunciado ayer por el responsable de comunicación y relaciones públicas del hospital central de nuestra ciudad. Se ignora por el momento el estado del paciente, que debió ser internado ayer con suma urgencia. El responsable de comunicación y relaciones públicas del hospital central no ha desmentido ni ratificado ciertos rumores según los cuales la víctima de este segundo caso también trabajaría en una compañía de seguros.

Los abogados del anciano pintor belga cuyo cuadro titulado *La fidelidad* sufrió un ataque la semana pasada en el museo de arte moderno de nuestra capital, han negado que el artista se disponga a hacerle un juicio millonario a nuestro museo por no haber cuidado la obra como es debido pues, afirmaron, «el cuadro se encuentra asegurado y esa es la vía natural en estos casos». Los abogados descartan que el pintor se desplace a nuestro país con el objeto de evaluar el deterioro de la obra. Hace veinticuatro años, otro cuadro del famoso pintor belga resultó muy averiado en un museo de Italia por culpa de un terremoto que pareció ensañarse especialmente, ya que el resto de las obras allí expuestas no sufrieron ningún daño. En dicha oportunidad, el célebre artista no solo viajó a Italia para reparar la obra, sino que además permitió que el museo cobrase una entrada al público que deseaba ver de cerca su trabajo, sus remiendos y reformas, y el dinero recaudado sirvió para arreglar la techumbre y las ventanas del edificio central. Algo así resultaría hoy imposible porque el pintor, de ochenta y nueve años de edad, adolece de graves problemas de salud que lo han forzado a abandonar la actividad artística. «Mi vista ha menguado mucho, pero ante todo me tiembla el pulso, tengo problemas de equilibrio y dolores musculares», resumió el propio pintor (por lo común muy discreto con su vida personal) en un raro comunicado que emitió hace cinco años para anunciar su retiro. El ministerio de cultura de la nación, que no se atreve aún a calcular las consecuencias del ataque a *La fidelidad* en términos monetarios ni en términos de desprestigio para el museo, contactó ayer a los abogados del artista belga expresando su «más sentida fraternidad» y prometiendo que «se castigará como corresponde a la autora del cobarde agravio».

El Servicio Meteorológico Nacional informó que la jornada de hoy en nuestra capital y alrededores se presentará con nubosidad variable, vientos algo antojadizos del noreste y una temperatura que fluctuará entre los 12 y 25 grados. Mañana se anuncia mejor: cielo despejado, vientos leves o moderados del sector norte cambiando al sector este y una temperatura de entre 15 y 23 grados.

Fueron detenidos ayer por las fuerzas del orden varios miembros del círculo de lectores obsesionados con que nuestra ciudad sea

idéntica a como aparece en las novelas de su admirado escritor. El grupo, cuyo accionar preocupa a las autoridades, exigió ayer el cambio de mano de una calle que en dos novelas de su venerado escritor corre desde el centro hacia el extrarradio y no al revés. Un responsable del gobierno de la ciudad reconoció que esa calle corría en dirección inversa cuando el escritor publicó sus famosas novelas y no descartó estudiar «un posible cambio en el sentido del tránsito».

El director de la red de bibliotecas públicas de nuestro país ha pedido que la policía investigue los casos cada vez más habituales de libros que, tras el periodo de préstamo, son devueltos alterados o adulterados al catálogo general. El director ha dicho que estos últimos actos de vandalismo obedecen todos a un mismo patrón que se mantiene en silencio por razones de seguridad, pero que se ocupará de analizar, como corresponde, el servicio de inteligencia de la policía.

El tribunal ha condenado a dos años de prisión y a una multa bastante elevada al escritor que plagió por casualidad, sin saberlo, la obra entera de otro escritor -en este caso, extranjero-, salvo que la plagió y publicó en perfecto orden inverso, del último al primer libro. El hecho fue advertido por un traductor literario mientras empezaba a volcar a nuestro idioma la segunda novela del escritor plagiado. El traductor notó que el libro que estaba traduciendo era muy semejante a una novela que acababa de leer: la anteúltima novela del escritor condenado. Según contó en su deposición ante la justicia, el traductor se comunicó con el escritor condenado (con quien tiene, por cierto, amigos en común) y le comentó el hecho. El escritor expresó su honda sorpresa y ambos pensaron en una coincidencia, pero el traductor recibió meses más tarde el encargo de traducir otra novela del mismo autor extranjero, volvió a experimentar una suerte de *déjà vu* mientras la leía y volvió a comprobar su innegable parecido con otra novela del escritor que ayer fue condenado. La acusación demostró los parecidos entre las ocho novelas publicadas en vida por el escritor plagiado y las ocho novelas publicadas hasta el momento por el acusado. La abogada de este último (un hombre de sesenta y cuatro años, que hasta hace poco trabajó principalmente como médico) exhibió numerosas pruebas de que su cliente ignoraba no solo la obra, sino la mera existencia del escritor extranjero a quien se lo culpa de copiar. La justicia, atendiendo a estas pruebas, ha emitido un fallo que deja constancia de un «plagio inconsciente», pero la defensa ha anunciado que apelará el veredicto: tanto la pena de dos años de prisión como la figura legal porque el concepto de «plagio inconsciente» daría a entender que el acusado leyó al otro autor y olvidó su influencia. La viuda del escritor extranjero, fallecido hace dos años, se mostró satisfecha con el dictamen. En cuanto al condenado, brindó ayer una conferencia de prensa donde anunció que seguirá activo y que espera

publicar el año próximo una novela. Será su novena novela y lo que más intriga a propios y ajenos es qué saldrá de ella, ahora que no quedan más novelas para plagiar del otro escritor. «Es pronto para sacar conclusiones», declaró ayer el novelista condenado, «pero intuyo que será el más personal de mis libros». Mientras tanto, en los pasillos de tribunales corría el rumor de que la viuda del escritor extranjero acaba de encontrar unos manuscritos inéditos de su esposo, posiblemente unos textos de juventud.

El gobernador de la provincia más septentrional de nuestro país decidió prohibir por decreto el uso del condicional a todos los funcionarios públicos, tras calificar a ese tiempo verbal de «burocrático» y tras argumentar que su utilización no es más que una «excusa para la ineficacia». La prohibición, que regiría tanto a la hora de redactar informes oficiales como a la hora de pronunciar discursos oficiales, entraría en vigencia en dos semanas.

TRES

El congreso de la nación introducirá algunas enmiendas de último momento en el proyecto de «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores», cuyo debate está causando innumerables polémicas. La ley establecerá, ha trascendido, que si un autor vende menos de cincuenta ejemplares de cierto libro se verá obligado a ofrecer una cena para todos sus lectores, los cuales deberán mostrar a las puertas del restaurante su ejemplar del libro y una factura o boleta que pruebe la compra.

Uno de nuestros críticos de arte más reputados sostuvo ayer que la joven de veinticinco años, encarcelada desde hace varios días en la prisión de máxima seguridad de nuestra capital tras haber arremetido contra un cuadro expuesto en el museo de arte moderno, «no efectuó una embestida ciega ni gratuita, como se ha creído hasta ahora, sino una modificación deseada por el verdadero autor de la obra». Para apoyar estas afirmaciones, al crítico le ha bastado presentar el audio de una charla pública (una especie de conferencia) que el anciano pintor belga, autor del cuadro agredido, brindó hace menos de una década en el Centro Pompidou de París, charla donde detalla, en respuesta a una pregunta del público («de volver a pintar algunas de sus obras maestras, ¿las pintaría hoy de manera diferente?»), los cambios que implementaría en tres de sus pinturas más famosas. En efecto, el pintor belga consagró entonces varios minutos a describir cómo pintaría en el presente *La fidelidad* (así se titula el cuadro atacado en nuestra ciudad) y las modificaciones enumeradas en París

parecen las mismas que la agresora, una joven estudiante de arte, pensaba consumar en nuestro museo. El crítico de arte le ha proporcionado una copia del audio a la policía nacional, la que ahora deberá establecer si la voz femenina que se oye en la cinta (la voz de la espectadora que formula la pregunta en el Centro Pompidou) corresponde a la joven detenida. Después de la inesperada revelación de nuestro crítico de arte, que parece torcer por completo el significado de lo que acaecido en nuestra capital, un museo de Budapest -que se jacta de contar con dos obras del anciano pintor belga- reveló que una joven estudiante tuvo que ser expulsada hace dos meses por un guardia de seguridad que la sorprendió en «actitud sospechosa y amenazadora» frente a otro de los cuadros que el célebre artista belga mencionó en París al explicar cómo modificaría tres obras pintadas en la década del 1960, ¿verdad? El director del museo donde se exhibe el restante de los tres cuadros (la Pinacoteca nacional de la ciudad de Riga) no hizo aún ningún comentario, pero ordenó que se descuelgue la pintura «como medida precautoria». El ministerio de justicia de nuestro país pedirá al museo de Budapest que notifique cuanto antes si la joven estudiante expulsada hace dos meses es la misma que hoy se encuentra detenida en nuestro país.

Seis miembros de cierto círculo de lectores que se ocupa de que nuestra capital sea idéntica a cómo aparece en las novelas de su admirado escritor fueron liberados ayer luego de pasar una semana en la prisión. Al salir comentaron su satisfacción porque la prisión es, por dentro, tal como aparece retratada en una de las novelas de su ídolo literario.

El partido político actualmente en el gobierno ha presentado una demanda a la justicia luego de que uno de los partidos opositores, tras un largo cónclave a puertas cerradas, escogiera el pasado fin de semana como candidato a las próximas elecciones presidenciales a un hombre de veintidós años con escasos antecedentes políticos, pero cuyo nombre y apellido es exactamente el mismo que el del candidato oficial que presentará el partido hoy en el gobierno y que asoma como claro favorito en las encuestas. En su demanda a la justicia, el partido actualmente en el gobierno sostiene que «es evidente la voluntad de engañar y confundir a nuestro pueblo» y que la «nula experiencia política del candidato elegido por este sector de la oposición» resulta riesgosa para el futuro del país. El partido hoy en el poder pide también a la justicia que se establezca un modo de diferenciar a ambos candidatos e intima al partido opositor a que readopte sus siglas tradicionales luego de que este fin de semana, arguyendo que el cónclave marcó una nueva alianza de fuerzas políticas, modificase su nombre y adoptase unas siglas muy parecidas a las del partido político que hoy atesora el poder.

Un peluquero del barrio sur de nuestra ciudad se negó a cortarle las orejas a un cliente que, enfurecido, le arrebató la navaja y lo mató. La víctima, un profesional de la peluquería de cincuenta y seis años, falleció en el acto. El cliente intentó huir, pero fue atrapado por unos vecinos que de inmediato alertaron a la policía. Detenido e incomunicado desde hace dos días, el asesino, un hombre de treinta y cinco años, habría argüido que el peluquero no se negó anteriormente a cortar las orejas de otros clientes que también se lo solicitaron.

El servicio de inteligencia de la policía ha anunciado ayer, en conferencia de prensa, que iniciará las pesquisas necesarias para resolver el extraño caso de muchos libros que, tras un periodo en préstamo, vuelven modificados al catálogo público. El responsable del servicio de inteligencia mostró algunos de los ejemplares adulterados. Entre ellos se destacan *1844* de George Orwell, *Veinte años de soledad* de Gabriel García Márquez, *Dos cuentos* de Gustave Flaubert y ediciones infantiles de obras como *Los dos mosqueteros* o *Las 901 noches*. La policía ha constatado que, en todos los casos, los malhechores han operado una sustracción numérica en el título de la obra. No se ha producido hasta la fecha ningún caso de adulteración en el que un libro haya reaparecido con una aumentación numérica, ha apuntado el responsable de inteligencia que, sin embargo, no descarta en un futuro este otro procedimiento.

El Servicio Meteorológico anuncia para hoy en nuestra ciudad lluvias y más lluvias, tormentas eléctricas, vientos intensos de más de cien kilómetros por hora y una temperatura de 8 grados de mínima y 18 grados de máxima. Mañana se anuncia mejor: cielo despejado, vientos leves o moderados del sector norte cambiando al sector este y una temperatura de entre 15 y 23 grados.

El director del hospital central de nuestra ciudad ha querido llevar la calma a la población, frente a lo que ha tildado de «rumores alarmantes», luego de que ayer se confirmara el tercer caso de un hombre que despertó convertido en insecto tras un sueño intranquilo. El sindicato de médicos de nuestro país ha pedido una entrevista urgente con el ministro de salud pública y reclama que el gobierno tome cartas en el asunto. El director del hospital ha indicado que las tres víctimas de este extraño fenómeno aseguran haber leído, la víspera, un libro escrito por Franz Kafka. «Se ignora por el momento si este último dato es una circunstancia contingente», expresó el director del hospital, todo un admirador de la obra de Kafka.

La policía ha detenido a un espectador que anoche, en el estadio olímpico de la ciudad, al ver que estaba por caer el arco de su equipo, disparó un tiro certero al balón, que se desinfló en el área chica. No fue gol ni hubo que lamentar víctimas.

CUATRO

El anciano artista belga cuya pintura *La fidelidad* fue dañada en el museo de arte moderno de nuestra capital llegó ayer al país para comprobar el estado de su cuadro y, sobre todo, para tener un encuentro con la joven estudiante de arte que modificó la obra. El anciano pintor no tenía ninguna intención de viajar, anunciaron sus abogados, pues desde hace cuatro años suspendió los compromisos que demandan largos viajes, pero hizo una excepción no bien supo que la joven estudiante de arte perpetró en su obra los mismos retoques y cambios que, a modo de hipótesis, él había sugerido para su propio cuadro años atrás, durante una entrevista pública en el Centro Pompidou de París. Con signos de visible cansancio, el artista conversó quince minutos con la prensa en una ronda espontánea que se cumplió ayer en el vestíbulo central de nuestro aeropuerto internacional. Allí expresó su alegría por volver a nuestra tierra después de «casi treinta años de ausencia» (recordemos que el pintor vivió casi una década en nuestro país) y negó «de modo concluyente» algunas insinuaciones según las cuales la joven estudiante de arte fue enviada por él mismo a fin de modificar la obra. «De haber querido hacer yo el menor cambio en esa pintura, hubiese venido en persona hace ya tiempo», declaró el pintor, quien asimismo lamentó que «la atacante se haya tomado tan al pie de la letra ciertas hipótesis vagas y repentinas que proclamé tiempo atrás, en el marco de una charla informal». El ministerio de justicia de nuestro país confirmó que la joven recibirá al anciano pintor en una sala que se acondicionará especialmente en la cárcel de máxima seguridad de nuestra capital, donde ella se encuentra detenida.

El más importante grupo editorial de nuestro país anunció que iniciará un proceso judicial contra un afamado autor que le entregó su última novela policial sin el desenlace correspondiente. El autor, en contrapartida, le hará a su vez un juicio al grupo editorial por haber publicado el libro sin percatarse de que carecía de final.

Pese a las pesquisas y medidas de prevención que ha puesto en marcha la policía, en la última semana se han producido en nuestro país nuevos casos de adulteraciones de libros. La biblioteca central de la capital amaneció ayer con un ejemplar de *Cinco mil leguas de viaje submarinode* Julio Verne y otro de *El segundo hombre* de Graham Greene. Según fuentes oficiales, ya existen más de cincuenta libros que fueron modificados siguiendo este criterio numérico.

El sindicato de médicos de nuestro país ha advertido, a través de un comunicado oficial, que hay un «riesgo innegable de epidemia a escala mediana» luego de que el pasado lunes una mujer de cuarenta y cinco años despertara de un sueño intranquilo convertida en insecto.

Con este caso (el primer caso femenino hasta hoy) ya son cuatro las víctimas de este extraño fenómeno que inquieta cada vez más al ministerio de salud pública y a gran parte de la población.

A pedido del ministerio de justicia de la nación y de varias asociaciones como Ciudadanos Contra el Crimen (CCC), uno de nuestros principales canales de televisión dejará de emitir su polémico programa *La batalla de las pandillas* que, en su primera y única salida al aire, el jueves pasado, batió todas las marcas de audiencia. En el programa, cinco pandillas de ladrones debían competir en una serie de pruebas (caja fuerte, puerta de automóvil, atraco a la salida del banco, etcétera) y, al final, cada miembro de la pandilla ganadora vería reducido en un 11 por ciento el tiempo de su condena presidiaria.

El Servicio Meteorológico Nacional ha estimado para hoy cielo nublado, probabilidad de precipitaciones y unos vientos intensos del sector sur que soplarán como aplastando a la ciudad. Mañana se anuncia mejor: cielo despejado, vientos leves o moderados del sector norte cambiando al sector este y una temperatura de entre 15 y 23 grados.

El tradicional concurso *Miss belleza internacional* anunció sus nuevas reglas a partir del año próximo. Se otorgarán once premios diferentes: «miss ojos», «miss boca», «miss orejas», «miss piernas» y otros siete galardones por el estilo para otras siete partes del cuerpo. «No habrá más una ganadora general, es la hora de las especializaciones», ha creído pertinente explicar el comité organizador.

Un nuevo círculo de lectores se ha autoproclamado en esta ciudad. En su presentación a la prensa, celebrada ayer en un pequeño hotel céntrico, el nuevo círculo se ha manifestado contrario al círculo ya existente que, recordemos, se ocupa de que nuestra capital sea idéntica a cómo aparece en la obra de su admirado escritor. El nuevo círculo, que ha tomado como modelo a un escritor distinto («distinto y mejor», según ellos), aspira a que la ciudad se parezca a la obra de su ídolo y no a la del ídolo del otro círculo.

Fue rechazada ayer, en el congreso de la nación, al cabo de un reñido referéndum, la nueva «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores». El proyecto resultó vetado pues obtuvo ciento tres votos en contra y cien votos a favor. Más de cincuenta congresales de la oposición abandonaron sus banquillos en señal de protesta contra el proyecto, lo cual causó que la votación se efectuara con una hora de retraso. La oposición considera «inaceptables» ciertos artículos de la ley; por ejemplo, que el precio de los libros deba fijarse de acuerdo con la cantidad de palabras que engloba el texto y el peso del volumen en cuestión (una «ecuación absurda y compleja, condenada al fracaso», según el vocero de uno de

los partidos opositores) o que sea obligatorio que cada libro indique en un sitio fácilmente visible no únicamente su PVP (Precio de Venta al Público), sino también su PLI (Precio de Letra Impresa), cifra a la que se llegará dividiendo el valor de venta al público por la cantidad de letras que incluye el libro, excluidos los espacios en blanco.

CINCO

La justicia nacional dictó sentencia en la causa que enfrenta desde hace semanas a dos partidos políticos debido a la simultaneidad de dos candidatos presidenciales con los mismos nombres y apellidos. La justicia obligó al partido opositor a modificar las siglas con las que se identifica públicamente luego de considerar que son demasiado similares a las del partido hoy en el poder. En cuanto al caso de los candidatos homónimos, se limitó a recordar que «todo ciudadano tiene derecho a usar el nombre con el que ha sido bautizado» y que sería injusto obligar a cualquiera de los dos postulantes a «desvirtuar su patronímico». El partido en el poder ha apelado esta decisión y ha pedido que el candidato opositor se presente con su segundo nombre de pila y con su apellido materno.

El ministro de salud pública ha confirmado que los ocho casos de lectores de Franz Kafka que despertaron convertidos en insecto luego de un sueño intranquilo leyeron, todos, la misma versión del famoso relato del escritor checo: se trata de una traducción que acaba de publicar una pequeña editorial independiente. El gobierno y las autoridades del hospital central recomiendan vivamente a la población que se abstenga de leer o de siquiera manipular esta versión del relato de Kafka y ordenaron que se retiren de la venta los mil doscientos ejemplares del libro que aún pueden obtenerse en diferentes librerías del país.

El Servicio Meteorológico Nacional, que no es muy optimista para hoy, prevé un cielo tan negro como una mancha de tinta y probabilidad de lluvias y tormentas intermitentes. Mañana se anuncia mejor: cielo despejado, vientos leves o moderados del sector norte cambiando al sector este y una temperatura de entre 15 y 23 grados.

Una batalla campal se produjo ayer por la tarde entre los miembros de dos círculos de lectores que tienen diferente autor favorito, pero un objetivo similar: que nuestra capital sea idéntica a cómo aparece en la obra de sus respectivos ídolos. La batalla se produjo cuando uno de los grupos tomó por asalto un cine del centro para convertirlo en la embajada de Grecia (allí queda la embajada en una vieja novela de su admirador escritor) mientras que el otro grupo

intentaba, al mismo tiempo, que el hotel se convirtiese en un teatro de variedades, en consonancia con una novela de su propio ídolo. Hubo muchos detenidos y la policía tomó la precaución de encarcelar por separado a los miembros de uno y otro círculo.

El gobierno ha aceptado hacer nuevos cambios en su proyecto de «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores» después de que la oposición votara masivamente en el Congreso contra el texto propuesto. Según ha trascendido, el gobierno quitará cuatro o cinco artículos polémicos de la ley (entre ellos, que ningún libro puede llevar un título de más de veinticinco palabras) y aceptará incluir dos o tres propuestas de la oposición.

Un pequeño bar-restaurante a la vera de la ruta nacional número once, casi en el centro exacto del país, el cual funciona desde hace más de cuatro décadas y ha servido siempre como punto de escala y reposo para los conductores de camiones o autobuses de larga distancia, se ha visto atribuir por equivocación las cinco estrellas que suele conceder la más reputada y más exclusiva de nuestras guías de hoteles y restaurantes de lujo. Los redactores de la guía confundieron el nombre del restaurante (y de la población donde este funciona) con el nombre de un restaurante francés casi homónimo, sito en una ciudad que, para colmo, lleva también un nombre muy parecido al del poblado a la vera de la ruta once. En las últimas semanas, los propietarios y los clientes habituales del simpático y sencillo bar-restaurante advirtieron con asombro que un nuevo público -distinguido, exigente e indudablemente adinerado- frecuentaba sus mesas y se marchaba a menudo satisfecho por la mezcla de cocina tradicional, buenos precios y ambiente pintoresco: una mezcla muy distinta, por cierto, a lo que augura la guía en su última edición, donde aconseja probar en este bar-restaurante su espléndido matelote de sidra con *aligot* al estilo de Auvernia. El distinguido restaurante, que por culpa del error perdió la soñada oportunidad de batir un récord histórico (estar treinta temporadas consecutivas en el podio de los establecimientos cinco estrellas) tomó el equívoco con filosofía y anunció que su *chef* francés irá el próximo sábado, de manera excepcional, a cocinar en el pequeño bar-restaurante al borde de la ruta. No se descarta que el cocinero del pequeño bar-restaurante retribuya la visita.

El campeón nacional de boxeo de la categoría wélter mató ayer de un golpe accidental al árbitro. El trágico hecho se produjo al final del sexto *round* de una pelea que, según todos, iba ganando. Se descubrió, no obstante, que la tarjeta del árbitro lo daba inexplicablemente perdedor por tres puntos.

Ante la ola de libros adulterados en la red pública de bibliotecas nacionales, la policía ha anunciado que se apresta a establecer el perfil

del posible autor. De momento se ignora si se trata de un único «lector cleptómano», como lo ha bautizado la policía, o si estamos en presencia de una pandilla organizada. El responsable de inteligencia de nuestras fuerzas del orden ha prometido poner especial vigilancia en todas las obras literarias cuyo título incluye «alguna clase de valor aritmético, ya sea en letras o en números arábigos o romanos». Se ha pedido a los directores de las casi noventa bibliotecas públicas que existen en nuestro país que colaboren con la pesquisa ofreciendo información acerca de las personas que en los últimos meses retiraron libros en cuyos títulos existe alguna clase de número. La Unión de Lectores Amantes de las Novelas (ULAN) ha dado una voz de alarma pues considera que esta medida «atenta contra las libertades individuales, tal y como lo hace el proyecto de "Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores" que rechazamos con igual contundencia».

Se celebró ayer, en la cárcel de máxima seguridad de nuestra capital, la demorada reunión entre el célebre pintor belga autor de *La fidelidad* y la joven estudiante de arte que, infringiendo todas las medidas de vigilancia, rehizo parte del cuadro. El encuentro, que debió postergarse algunos días debido a ciertos problemas de salud que sufrió el anciano artista tras el largo viaje en avión, estuvo a punto de volver a postergarse a raíz de un grave y sorpresivo motín que detonó ayer en la prisión, minutos antes de que llegase el pintor. Aunque en un momento se dijo que el pintor había sido tomado como rehén por el conjunto de reos que lideró la insurrección, el ministro de defensa y seguridad salió a desmentir la noticia y agregó que el levantamiento no tuvo «la más absoluta conexión» con la visita del famoso artista, sino con la cancelación por parte del gobierno de un polémico programa televisivo, *La batalla de las pandillas*, que se grababa en la misma unidad penal y en el que cinco bandas de ladrones competían para ver reducida su condena. Tras la reunión con la joven estudiante de arte, que se consumó en la mañana de ayer y duró (según fuentes oficiales) poco menos de dos horas, el pintor se retiró por una de las dos salidas reservadas con que cuenta la penitenciaría.

SEIS

Dos veedores de la organización mundial de la salud llegaron ayer al país para estudiar el caso de doce lectores de cierto relato de Franz Kafka que, después de un sueño intranquilo, despertaron convertidos en insecto. Los veedores intentarán averiguar de qué manera

contrajeron estos lectores su extraña patología, además de evaluar los riesgos de un posible contagio a escala nacional.

Una bomba explotó ayer por la mañana en el parque mayor de nuestra ciudad pulverizando una de las más antiguas estatuas. El hecho fue reivindicado horas más tarde por un círculo de lectores que desde hace más de un mes mantiene en vilo a la comunidad, tras haber decidido que nuestra capital debe ser fiel a cómo aparece retratada en las novelas de su ídolo literario, novelas en las cuales se excluye toda estatua pese a las profusas descripciones que realiza del parque mayor y de otros parques de la capital.

Los fabricantes de una vacuna experimental contra el acento extranjero anunciaron ayer su decisión de suspender la puesta en venta de este producto cuyo mayor beneficio es que alguien que se ha quemado las pestañas asimilando la gramática, memorizando la ortografía y comprendiendo las sutilezas socio-históricas que encierra un idioma foráneo sea capaz de hablarlo con la soltura y la naturalidad de los nativos, sin una pizca de acento. La decisión del laboratorio se debe al descubrimiento de diversos casos inexplicables de «síndrome de acento extranjero» entre individuos que se prestaron como voluntarios a las experiencias de prueba. Once voluntarios empezaron, según trascendidos, a hablar en su idioma nativo con un aberrante e injustificado acento extranjero que por otra parte no encaja con ninguno de los acentos acostumbrados o conocidos, como si surgiera de los restos de una lengua perdida o por inventar. «Nuestros investigadores se han puesto manos a la obra tratando de entender», declaró el profesor a cargo de las experiencias de prueba de la vacuna.

El lector cleptómano que opera desde hace varios meses en la red de bibliotecas públicas del país es, en verdad, una pandilla organizada, ha revelado anoche el servicio de inteligencia de la policía. Pese a las abundantes pesquisas y medidas de control, la banda no ha interrumpido sus fechorías y ha dado muestras, parece, de perfeccionamiento en las nuevas cubiertas que reemplazan a las originales. Así lo probarían algunas de sus últimas «creaciones» como *Once horas en la vida de una mujer* de Stefan Zweig y *12/ modelo para armar* de Julio Cortázar. La pandilla volvió a atacar el pasado fin de semana, esta vez en la pequeña y única biblioteca de nuestra principal ciudad marítima, donde se ha encontrado el ejemplar de un *Farenheit 154* de Ray Bradbury. La novedad de este último episodio es que los malhechores modificaron también ciertas páginas del interior. Donde antes podía leerse «Farenheit 451: temperatura a la que el papel de los libros se enciende y arde», los agresores han puesto: «Fahrenheit 154: temperatura a la que un gato se duerme encima de un radiador». La policía revisará los otros ejemplares alterados en la red de bibliotecas

públicas, con el objeto de establecer si en sus inspecciones anteriores pasaron por alto cambios en los textos de las obras.

El famoso pintor belga, autor del cuadro *La fidelidad*, abandonó ayer nuestro país, pero antes de marcharse emitió, a través de sus abogados, un comunicado oficial donde dice que su encuentro con la joven estudiante de arte acusada de dañar su obra fue «profundo y apasionante». «No es fácil hablar de estética hoy en día con la gente joven», consideró el pintor belga antes de reconocer que la estudiante (gran admiradora de sus pinturas) «hizo un trabajo notable y a conciencia». El pintor, que se dispone a «autorizar legalmente» los retoques de la joven, pidió que «la justicia suelte ya a la detenida» y deje caer los cargos. El ministerio de justicia ha prometido analizar el caso. La estudiante, de momento, fue trasladada a una unidad penal de menor seguridad.

El premio *Illuminator* a la mejor película nacional del año pasado recayó en el segundo largometraje de uno de nuestros realizadores más prometedores. La película galardonada tiene algo de fábula o de alegoría: narra la historia de un novelista ignoto de un país llamado Cimeria (el país no existe: al director le gusta ambientar sus acciones en geografías inventadas), que cada tres o cuatro años publica una nueva novela sin mucha pena ni gloria, hasta que un día descubre que una diminuta ciudad de Cimeria, una ciudad llamada Oputia, alberga una especie de sociedad oculta u organización secreta que espera con ansiedad la publicación de sus libros porque en ellos está la clave para sus próximas actividades. Al escritor nunca le queda muy claro a qué se dedica esa organización; al principio teme que sea una secta peligrosa, una banda de delincuentes, un grupo de conspiradores políticos; poco a poco, aunque pide explicaciones, descubre que es muy complejo de entender, y nada cambia (al contrario, todo se vuelve más turbio) cuando resuelve ir a Oputia y conocerlos. Son sus lectores más fieles; son los únicos en el mundo, sabe el escritor, que esperan con alguna ansiedad la salida de su próximo libro; sin embargo, lo reciben con innegable frialdad, sin el menor síntoma de euforia, como si así le dijeran: «No es usted quien nos interesa, son sus obras». De vuelta a su hogar, el escritor descubre que todo este asunto de los lectores que lo leen en clave lo ha puesto de pésimo humor y ha interrumpido la escritura de la que debería ser su novena novela. Lo que faltaba: una sociedad de lectores que busca en sus páginas el sentido de la vida. Mientras se le pasa el malhumor, el escritor concluye que no cree en nada de esto. O, mejor dicho, se niega a creer que él esté escribiendo instrucciones para un grupo de personas. No, él está escribiendo novelas. Ficciones. Historias con las que busca entretener, atrapar, convencer o hasta impresionar al lector, por qué no, pero que no tienen fines prácticos, mucho menos mensajes ocultos.

«Con su prosa, él no busca más que una especie de música, una eufonía que combine cierta forma de belleza y de precisión, pero en absoluto enviar un mensaje en clave…», ha dicho el realizador premiado, en declaraciones que ofreció a nuestro periódico hace poco menos de un año, con motivo del estreno del largometraje.

El gobierno anunció ayer que una comisión se reunirá este fin de semana, «en forma intensiva», para dar forma a una nueva versión del proyecto de «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores». La comisión estará integrada por cinco parlamentarios del oficialismo y cinco parlamentarios de la oposición. La propuesta fue bien recibida por la Unión de Lectores Independientes (ULI) y por la Unión de Lectores Amantes de las Novelas (ULAN), dos entidades que en los últimos días mostraron su inquietud por el nuevo proyecto de ley, en el cual (ha trascendido) se obligará a nuestras editoriales a que, al traducir novelas extranjeras, las adapten a nuestra geografía, del tal modo que la historia ocurra en nuestra nación y los personajes hayan nacido en nuestro suelo.

El Servicio Meteorológico pronostica para hoy lluvias bastante insistentes, un viento algo huracanado con ráfagas imprevisibles y un calor asfixiante por la noche. Mañana se anuncia mejor: cielo despejado, vientos leves o moderados del sector norte cambiando al sector este y una temperatura de entre 15 y 23 grados.

Una nueva editorial ha proclamado que lanzará el año próximo una novedosa colección llamada «Clásicos teñidos de negro», en la que treinta famosas novelas realistas (desde Jane Austen hasta Stendhal, por ejemplo) serán reeditadas con el añadido de un crimen o una trama detectivesca que «no desvirtuará la historia» y que en ningún caso excederá el 5 por ciento del total de palabras de la obra original. Para ello contarán con el asesoramiento de un equipo de guionistas de cine, ex policías y docentes universitarios.

SIETE

El ministro de cultura se comprometió a mediar en el sonado conflicto entre dos círculos de lectores que se enfrentan desde hace algunas semanas en las calles de nuestra capital y que ha ocasionado diversos desmanes públicos. Al mismo tiempo, la policía fijó para hoy una alerta de seguridad escala 1.10 y ha resuelto vigilar cada estatua en cada parque de nuestra capital después de que el jueves pasado se filtraran por Internet los planes secretos de uno de estos dos círculos de lectores fanáticos, el cual ya ha cometido muchos atentados en la ciudad. Se recomienda a las familias no instalarse cerca de bustos o

monumentos.

El director de la red de bibliotecas públicas de nuestro país ha informado ayer al ministro de defensa y seguridad nacional que el martes pasado recibió en su despacho de la capital una carta firmada por un llamado «Grupo comando Kornél Esti» que se atribuye la autoría de la creciente ola de libros adulterados. La carta (acompañada de un ejemplar de *El primer sexo*, de Simone de Beauvoir) anuncia nuevas acciones si el gobierno no retira su proyecto de «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores» que tantas críticas ha cosechado en estas últimas semanas.

El ministerio de deportes ha autorizado el regreso de la «Gran vuelta ciclista», que el año próximo volverá a realizarse en nuestro país tras la pausa de una década. El regreso de la competición es posible gracias a un acuerdo con la secretaría de correos y comunicaciones. La «Gran vuelta» tendrá en su nueva edición más etapas, durará casi todo el año y estará dividida en innumerables carreras que no se disputarán en forma simultánea y en las que no intervendrán a la vez todos los corredores. El sistema permitirá que los ciclistas colaboren con el transporte del correo entre diferentes puntos del país. Según los cálculos de la secretaría de correos y comunicaciones, la «Gran vuelta ciclista» realizará casi el 40 por ciento de la repartición de cartas, prensa escrita y pequeñas encomiendas, lo que redundará en un considerable ahorro. El viernes próximo, el ministro de deportes se reunirá personalmente con tres representantes de la Unión de ciclistas profesionales con el objeto de transmitirles tranquilidad: el correo ha prometido que los bultos que deberán llevar los ciclistas en dos canastas un tanto desmesuradas (la trasera y la delantera) pesarán exactamente lo mismo y que cualquier diferencia se compensará con el añadido de sobrepesos.

El Servicio Meteorológico prevé para hoy una neblina espesa, una tormenta aguerrida y un muy posible ciclón. Mañana se anuncia mejor: cielo despejado, vientos leves o moderados del sector norte cambiando al sector este y una temperatura de entre 15 y 23 grados.

Uno de los más importantes partidos opositores de nuestro país se ofreció a mediar en el conflicto que enfrenta al partido actualmente en el poder con otro partido opositor a raíz de dos candidatos presidenciales que poseen exactamente el mismo nombre y apellido. El presidente del partido con voluntad mediadora ha sugerido que en los próximos comicios todas las boletas electorales lleven la foto del candidato presidencial para que «la ciudadanía no se confunda entre aspirantes de nombres idénticos». La inclusión del candidato homónimo ha alterado las intenciones de voto. Según las últimas encuestas, el candidato oficial sigue siendo favorito, y en el segundo puesto se ubica el «candidato repetido», como lo ha bautizado la

opinión pública.

«Un éxito absoluto», así tildó el gobierno la reunión «intensiva» del pasado fin de semana, durante la cual se dio forma a una nueva versión del proyecto de «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores». La redacción del nuevo proyecto estuvo a cargo de una comisión integrada por cinco parlamentarios del oficialismo y cinco de la oposición. Ha trascendido que el nuevo proyecto (que deberá ser votado esta semana) incluirá varias novedades; entre ellas, una regla que establece que ningún hombre puede piropear ni abordar en un espacio público a una mujer que está leyendo.

Los abogados del pintor belga autor de *La fidelidad* se entrevistaron ayer con el ministro de justicia de la nación para pedirle que deje sin efecto los cargos penales contra la joven estudiante de arte que retocó el ilustre cuadro a partir de unas declaraciones públicas en las que el artista imaginaba algunos cambios que podrían hacerse en la pintura. El anciano pintor ha propuesto que la joven finalice los retoques (actualmente, el cuadro muestra un estado intermedio entre su aspecto original y la «nueva idea») y se convierta en coautora del cuadro, lo que anularía en el acto la figura legal de «daño contra obra ajena», pero no solo la muchacha ha rechazado ser coautora (no así la oferta de concluir los retoques), sino que la justicia cree que la entrada en vigor de cualquier nueva autoría debe ser anterior a la fecha del incidente. Consultado acerca de esto, el flamante director del museo de arte moderno de la ciudad, que asumió hace pocos meses, ha alegado que le parece una solución aventurada. «La medida puede crear una grave jurisprudencia y otros individuos podrían sentirse con derecho o con razones para alterar o dañar obras de arte».

Una mujer de treinta años ha pedido una indemnización millonaria a la tienda que confeccionó su vestido de novia y que le «arruinó la boda» porque el vestido se descosió y ella quedó semidesnuda ante familiares e invitados. En el juicio, que comenzó ayer, la novia exigió una astronómica suma de dinero como resarcimiento por ese incidente que le impidió hacerse las fotografías y disfrutar del baile con sus amistades. Pocas semanas después de haberse casado, el matrimonio decidió separase.

El editor y el traductor de cierto libro de Franz Kafka (libro que leyeron quince personas internadas en las últimas semanas con un mismo cuadro clínico) deberán presentar hoy declaración ante el juez en lo criminal de la cámara principal de tribunales. Se ignora si el editor podrá acudir, ya que ha aducido problemas de salud luego de dos noches de sueño intranquilo. Entre tanto, una comisión extraordinaria, integrada por traductores literarios, expertos en lengua alemana y especialistas en literatura fantástica en general o en la obra

de Franz Kafka en particular, comenzará a reunirse hoy en un conocido hotel céntrico de nuestra capital, a pedido del gobierno y de la organización mundial de la salud, con el propósito de analizar a fondo la última traducción del famoso relato de Kafka cuya lectura está causando graves problemas sanitarios.

OCHO

El ministerio de defensa y seguridad ordenó el cierre preventivo de todas las bibliotecas públicas «sin excepción alguna» luego de que un autoproclamado «Grupo comando Kornél Esti» enviara un mensaje intimidatorio al director de la red de bibliotecas de nuestro país anunciando nuevas acciones. La banda de los «lectores cleptómanos» se dedica, desde hace meses, a alterar las tapas de aquellos libros cuyos títulos incluyen alguna clase de número. Entre sus últimas fechorías se incluye un ejemplar de *Tres personajes en busca de autor*, de Luigi Pirandello, cuyo interior también ha sido abundantemente modificado.

El Servicio Meteorológico Nacional está persuadido de que el cielo exhibirá hoy unas fabulosas nubes *cirrocumulus* y *cirrostratus*, lo que no impedirá que reine un frío casi glacial. Mañana se anuncia mejor: cielo despejado, vientos leves o moderados del sector norte cambiando al sector este y una temperatura de entre 15 y 23 grados.

En un acto público que mostró una rara armonía entre el oficialismo y la oposición, se presentó y votó ayer en el congreso nacional el nuevo proyecto de «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores». Fruto de largas semanas de arduas negociaciones, el proyecto resultó aprobado casi por unanimidad, pero fue severamente criticado por el presidente emérito de la Unión de Lectores Independientes (ULI), quien tildó de «inaceptables» varios párrafos de la ley, entre ellos los incisos tendientes a «frenar la proliferación de extranjerismos y neologismos». De acuerdo con la nueva ley, de ahora en adelante los extranjerismos deberán imprimirse obligatoriamente en tipografía itálica o bastardilla y no podrán exceder el 0,25 por ciento de las palabras que incluye el libro en su totalidad.

Indignado porque la gente no respetaba la prohibición de pisar el césped, el cuidador de la plaza principal de nuestra más importante ciudad del norte decidió poner plantas carnívoras a pesar de las airadas protestas de los vecinos. El gobierno nacional ha prometido intervenir en el asunto.

La comisión extraordinaria de traductores y expertos literarios que,

a pedido del gobierno y de la organización mundial de la salud, se reúne desde hace unos días en un conocido hotel céntrico de nuestra capital con el propósito de analizar a fondo la última traducción a nuestro idioma de un famoso relato de Kafka cuya lectura está ocasionando graves problemas de salud, pronunció ayer un primer comunicado. En este mensaje, leído por la noche al término de su tercera jornada de trabajo, la comisión ha tildado de «previsible» el hecho de que diversos lectores hayan despertado tras un sueño intranquilo convertidos en insectos diferentes pues el relato del célebre autor checo, afirman los expertos de la comisión, «nunca precisa de qué clase de insecto se trata y deja libre curso a la imaginación de los lectores que, como es inherente al acto literario, se solapa o superpone con la imaginación del autor». De acuerdo con la comisión extraordinaria, que extenderá sus deliberaciones hasta el sábado próximo, es «altamente probable» que cada uno de los lectores afectados por esta inédita epidemia de metamorfosis se haya convertido en aquel insecto que imaginó mientras leía el texto de Kafka. La comisión intentará establecer a continuación por qué este extraño fenómeno sanitario se produce con una traducción específica y no con otras.

Los abogados del autor del famoso cuadro *La fidelidad* han anunciado que su cliente está dispuesto a donar tres obras maestras al museo de arte moderno de nuestra capital siempre y cuando se retiren los cargos contra la estudiante de arte que llegó a retocar su pintura. La donación estaría valuada en una suma millonaria y se compondría de tres cuadros que el artista belga jamás quiso exponer porque adolecen de ajustes y retoques para los cuales él ya no tiene «la fuerza ni la paciencia ni la salud necesaria». La joven estudiante, puesta en libertad condicional hace dos días, pero todavía a la espera del fallo de la justicia, ha «aceptado en un principio» (de acuerdo con los abogados del pintor) hacerse cargo de pulir y perfeccionar esas obras, labor que cumpliría siguiendo fielmente las instrucciones del maestro. Consultado acerca de esto, el flamante director del museo de arte moderno de la ciudad, que asumió hace unos meses, ha dicho que le parece una estupenda solución para el asunto. El famoso pintor belga ya ha pedido anteriormente que se deje libre de cargos a la joven, pero el ministerio de justicia, aunque vería con buenos ojos que se reduzcan los cargos, se niega a cualquier indulto. Mientras tanto, la joven estudiante de arte concluyó el viernes pasado los retoques de *La fidelidad*. Los retoques fueron «debidamente pactados» con el pintor belga y un experto que suele colaborar con el museo de arte moderno de nuestra capital ha viajado al extranjero para reunirse con el anciano pintor de ochenta y nueve años, quien ha pedido ver el cuadro antes de aprobarlo.

No se lanzará aún a la venta un novedoso programa informático que se estuvo probando el último año y que permitirá reducir cualquier novela al tamaño de un cuento de quince páginas. El programa también sería capaz (ha trascendido) de resumir la novela de acuerdo con el estilo de doce cuentistas famosos entre los cuales podrá optar el usuario.

La confederación internacional de rugby ha informado que en el próximo campeonato mundial, que ha de disputarse en tres años, se pondrá a prueba un nuevo sistema para que «las naciones con menos tradición en nuestro deporte no queden al margen de la gran fiesta del torneo mundial». En tal sentido, los veinticuatro países clasificados para el campeonato contarán, cada cual, con un país asociado. Será, en consecuencia, el primer mundial de equipos binacionales (tanto en materia de rugby como de cualquier otra disciplina deportiva) y la idea fue saludada con algarabía por las Naciones Unidas y por la Liga mundial a favor de la paz. De todas las naciones que quedarán fuera del mundial, las veinticuatro mejor ubicadas en el *ranking* que establece bimestralmente la confederación tendrán derecho a asociarse a los equipos clasificados. Los binomios se fijarán por sorteo, seis meses antes del inicio del campeonato, y cada entrenador estará obligado a alinear en el campo de juego a por lo menos tres jugadores de la «nación asociada». Se desconoce aún si los equipos mantendrán sus nombres tradicionales (All Blacks, Springboks, Pumas, etcétera) o si, por esta vez, se identificarán de otra manera. El sindicato de jugadores de rugby manifestó ayer su beneplácito a la iniciativa.

Sellaron ayer un acuerdo, después de arduas negociaciones, dos círculos de lectores enfrascados desde hace algunos días en una guerra sin precedentes. El acuerdo fue anunciado en rueda de prensa por el ministro de cultura, el subteniente de la policía y un representante de cada uno de los círculos. El gobierno ha prometido dar abundantes detalles del contenido de este acuerdo que fija, ante todo, una tregua de seis meses y una serie de negociaciones.

NUEVE

El Servicio Meteorológico anuncia para el día de hoy un calor insoportable, contundente y sofocante. Mañana se anuncia mejor: cielo despejado, vientos leves o moderados del sector norte cambiando al sector este y una temperatura de entre 15 y 23 grados.

Tenía sesenta y dos años la famosa astróloga que predijo su propia muerte para el día de anteayer y que se suicidó minutos después de la medianoche, al ver que su premonición no se había consumado.

Acostumbraba a decir que el mundo carecía de secretos para ella, que era capaz de leer el porvenir como si fuese un libro abierto, pero que en cambio fracasaba o se quedaba «como ciega» cuando llegaba el turno de vaticinar circunstancias de su vida o de la vida de sus seres próximos. Se celebrará un entierro privado, al que solo asistirán los amigos y familiares.

El presidente de la nación dictó ayer por la tarde un indulto extraordinario que invalida automáticamente todos los cargos contra la joven estudiante de arte que un par de meses atrás rehizo un célebre cuadro de un muy reputado pintor belga. El ministro de cultura y el director del museo intercedieron para conseguir este decreto excepcional luego de que el anciano artista se reuniera con la joven y diera su «completa aprobación» a las reformas que ella efectuó en la pintura. Mientras el presidente firmaba el indulto, una conocida revista de escándalos publicó ayer un artículo donde se sugiere, sin aportar pruebas, que la joven estudiante de arte podría ser una hija del anciano artista. La revista recuerda acertadamente que el célebre pintor belga vivió en esta capital durante casi una década y menciona, más aún, que el artista (que se instaló en el país con su esposa de toda la vida) tuvo un romance en esos tiempos con una mujer de nuestra tierra. La abogada de la joven estudiante desmintió estas conjeturas, arguyendo que su cliente nació después de que el pintor belga se fuera del país, y prometió litigar contra la revista.

El próximo viernes por la noche comenzará en nuestra capital el VII Festival «Nuevas direcciones del teatro» que se celebra cada dos años y que, edición tras edición, crece en prestigio, convocatoria de público y calidad artística. El festival será inaugurado con el estreno a nivel mundial de una obra escrita por uno de nuestros más intrépidos y notables dramaturgos, que en este caso ha decidido encargarse también de la puesta en escena y la dirección general. La pieza, que se titula *Telma H* y se anuncia como «una experiencia de teatro bifronte», es una «obra residual» concebida y representada con los mismos personajes que hay en el *Hamlet* de Shakespeare; es decir, el rey Claudio, la reina Gertrudis, el príncipe Hamlet, Fortimbrás, Polonio, Ofelia y todo el resto del elenco, incluida la cohorte algo imprecisa de soldados o criados… La obra cuenta con la misma cantidad de actos y escenas que *Hamlet*, pero aquí finalizan los paralelos ya que el principio que rige *Telma H* es el de la oposición o, mejor dicho, el de la complementariedad. Cada uno de los actos de *Telma H* reúne a todos aquellos personajes que, si estuviese representándose *Hamlet*, quedarían excluidos de la escena. Para ilustrar y explicar mejor la idea: si la escena iii del acto i de la tragedia de Shakespeare reúne a Claudio, Gertrudis, Hamlet, Polonio, Laertes, Voltiman y Cornelio, más un puñado de damas y caballeros de acompañamiento, la escena

iii del acto i de *Telma H* congrega a todos los personajes restantes. Pese a que la historia que narra *Telma H* no economiza ciertos guiños a la famosa obra de Shakespeare, la pieza ha sido concebida para que sea básicamente autónoma. «Los espectadores pueden incluso ignorar de qué se trata *Hamlet*; esto no impedirá que sigan y comprendan la trama de *Telma H*», ha señalado el autor y director de la obra. En un texto escrito especialmente para el programa y que se repartirá durante el festival, el autor explica que pensó *Telma H* como una obra que pudiera representarse al mismo tiempo que *Hamlet*, en un hipotético doble teatro que, como una moneda de dos caras, tuviese en el centro un escenario bifronte: un escenario en cuyo anverso podría representarse *Hamlet* para un grupo de espectadores y en cuyo reverso podría ofrecerse *Telma H* para otros espectadores totalmente aislados de los primeros. Aunque no se ha concebido *Telma H* para que sea ofrecida al público de esta manera (la obra de Shakespeare constituye, más bien, «un dorso oculto» o implícito), funciona como si así fuera y, por lo tanto, no únicamente cada acto de *Telma H* está previsto para que dure más o menos lo mismo que duraría el acto correspondiente de *Hamlet*, sino que cada uno de los personajes de *Telma H* aparece con las ropas que deben (o deberían) usar en *Hamlet*. Contra lo que podría esperarse, *Telma H* no está ambientada en la época de *Hamlet*. Esto suscita un efecto interesante: las ropas normales en *Hamlet* resultan exravagantes en *Telma H*. En cuanto a los personajes, son los mismos que en *Hamlet*, pero a la vez son otros: Polonio es, en *Telma H*, un hombre llamado de otra manera; Gertrudis es, en *Telma H*, una mujer llamada de otra manera. «*Telma H* cuenta la historia un treintañero que, luego de haber estudiado en la capital de nuestro país, vuelve a su pequeña ciudad de origen. La encuentra simple, mediocre, provinciana; y estos mismos adjetivos -descubre no sin tristeza- podría aplicar a sus viejos amigos», ha anticipado a nuestro diario el autor y realizador. Para anunciar y celebrar su regreso, el joven protagonista resuelve organizar una fiesta de disfraces con una clara consigna: cada invitado recibirá por correo una hoja con el nombre de uno de los tantos personajes de la célebre pieza de Shakespeare. Hay un único personaje de *Telma H* que no proviene de *Hamlet*: una antigua novia del protagonista, quien llega a la fiesta sin disfraz, ofendida porque él no la ha invitado. «Introducir un personaje ajeno a *Hamlet* ha sido, supongo, mi pequeño acto de rebeldía, mi pequeña declaración de independencia», reflexiona el autor dramático, hijo de un famoso actor al que aún se considera el mejor intérprete de *Hamlet* en la historia de nuestro teatro.

El difícil acuerdo al que llegaron la semana pasada dos círculos de lectores de esta ciudad corre serio peligro de fracasar después de que uno de los círculos denunciara ayer, mediante una serie de afiches

pegados en la ciudad, que «el gobierno ha dado clara preferencia a la obra del escritor reivindicado por nuestro grupo rival» a la hora de fijar los llamados «puntos de convergencia» en los que basa el pacto de paz. Los afiches del círculo de lectores fueron pegados en seis esquinas de la ciudad tal como ocurre en una de las más famosas novelas de su ídolo literario, novela en la cual seis esquinas de la ciudad amanecen un día de invierno con grandes pancartas y proclamas. Los descendientes y albaceas del escritor reivindicado por el círculo de lectores siguen en su postura de no ofrecer ningún comentario público.

Honda inquietud causan en el gobierno los últimos sondeos sobre la intención de voto para las próximas elecciones presidenciales. El candidato oficial, que hasta hace pocas semanas era el predilecto de los votantes, se ve superado por el llamado «candidato repetido», que representa a un amplio grupo de la oposición y que lleva exactamente el mismo nombre y apellido de quien hasta ahora se perfilaba como claro favorito a la presidencia. Según diversos analistas, es altamente probable que la sociedad vea en el «candidato homónimo» una versión más joven y más transigente del candidato oficial, al que incluso se parece bastante («no por casualidad», según los detractores) en el aspecto físico. El gobierno considera que, pasado el efecto de la novedad, el electorado volverá a su preferencia primigenia, pero ciertos analistas piensan que la oposición ha hecho una maniobra de lo más hábil y que no resulta improbable que el candidato oficialista siga desplomándose.

Un experto en lengua alemana y dos especialistas en literatura fantástica debieron ser internados de urgencia ayer por la mañana luego de que despertasen, tras un sueño intranquilo, convertidos en insectos. Los tres individuos, dos hombres de cuarenta y cinco y cincuenta y cuatro años y una mujer de cuarenta años, forman parte de una comisión extraordinaria que, a pedido del gobierno y de la organización mundial de la salud, comenzó a reunirse desde hace unos días en un conocido hotel céntrico de nuestra capital. Los responsables del hotel han querido llevar la calma a su clientela afirmando que lo ocurrido no es contagioso. El gobierno ha preferido, sin embargo, que el hotel permanezca cerrado por unos días, hasta que el ministerio de salud pública y la comisión extraordinaria esclarezcan la situación. Entre tanto, el traductor literario del libro de Franz Kafka que en estas últimas semanas leyeron todas las personas internadas con un mismo cuadro clínico y con un mismo e irrefutable aspecto de insecto, presentará hoy finalmente, al cabo de varias postergaciones, declaración ante el juez en lo criminal de la cámara principal de tribunales.

La Unión de Lectores Independientes (ULI), representada por su

presidente emérito, lanzó ayer una convocatoria abierta a una gran manifestación pública contra la nueva «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores y escritores» que fue aprobada hace unos días por el congreso de la nación. El presidente de la Unión de Lectores Independientes visitó ayer por la tarde la redacción de nuestro diario para exponer las razones de su rechazo a diversos artículos de la ley que, a su juicio, «ya fueron puestos en práctica con pésimos resultados en otros países». En nuestro país fronterizo del norte, por ejemplo, una ley vigente hasta fines del siglo pasado impedía publicar un libro, fuese literario o no, a todo autor que tuviese menos de veintisiete años y más de sesenta y dos años de edad. «Nuestros gobernantes han copiado esa resolución sin tener en cuenta las diferencias culturales entre los dos países», sostiene el presidente emérito, quien explicó que las edades escogidas por nuestra nación vecina (antojadizas, a primera vista) son en verdad, es fácil de confirmar, las edades con las que el más venerado de los novelistas de aquel país publicó su primer y último libro. «Por otra parte», añadió el presidente emérito, «esta ley no impidió que muchos poetas y narradores eludieran con ingenio los obstáculos». Se sabe que un famoso poeta terminó de componer con apenas dieciocho años su primer poemario y que debió esperar casi una década para enviarlo a la imprenta. Pese a ello, el poema circuló oralmente o en copias manuscritas (hecha la ley, hecha la trampa: el decreto hablaba exclusivamente de «editar un libro») y suscitó la respuesta de un poeta ya consagrado, que tenía entonces cuarenta y nueve años de edad. Así, por un momento existió en el país vecino un libro famoso en respuesta a un libro inexistente, pero que muchos conocían -aunque más no fuera indirectamente- y casi todos tildaban de famoso a pesar de su inexistencia. Otro método para burlar esta disposición (vigente durante décadas en nuestro país limítrofe) consistió en que más de un escritor, tras cumplir sesenta y tres años, mandaba a que sus libros salieran bajo la autoría de un hijo mayor de veintiocho años o de algún «escritor fantasma» que prestaba su edad legal. El presidente emérito de la unión de lectores independientes ha pedido que todos quienes se sumen a la marcha, prevista para el jueves próximo, lo hagan sin portar ningún libro ni ninguna pancarta en tributo a ningún escritor en especial. «Será una marcha por la lectura en su más amplio sentido, sin banderas sectoriales», ha dicho el máximo dirigente de la ULI. La Unión de Lectores Amantes de las Novelas (ULAN) confirmó su participación en la manifestación, pese a las diferencias que mantiene con la Unión de Lectores Independientes.

Un reputado crítico literario de nuestra capital ha revelado que el «Grupo comando Kornél Esti», que opera desde hace varios meses en la red de bibliotecas públicas del país, toma su nombre de un

personaje literario de un escritor húngaro llamado Dezső Kosztolányi. El crítico ha publicado un largo texto en las páginas de su blog, uno de los más leídos en la actualidad, y allí cuenta que en un eximio relato de Kosztolányi («El traductor cleptómano») un traductor no puede abstenerse de robar ciertos objetos mientras pasa los textos de una lengua a otra. De esta manera, si el texto original presenta una araña de techo con diez lámparas, en la traducción no hay más que cinco o seis lámparas. O si un personaje posee cinco billetes de cien en sus bolsillos, en la traducción no tiene más que tres billetes de cincuenta. La policía a cargo de investigar el caso ha dicho que ya estaba al corriente de esta pista y que, por cierto, en diversas bibliotecas públicas del país se detectaron cuentas abiertas a nombre de un tal Kornél Esti. De acuerdo con la policía, más del 70 por ciento de los libros adulterados en estos últimos meses fueron retirados por un usuario con dicho nombre y apellido.

DIEZ

La policía detuvo a un hombre por conducir sin licencia cuando iba a un juicio por conducir sin licencia. El episodio ocurrió en la carretera número 7 de nuestro país. Agentes de la Guardia Civil de Tráfico detuvieron el pasado martes a un hombre que comprometía seriamente la seguridad colectiva pues conducía sin licencia. El hombre explicó que no le quedaba más remedio porque debía presentarse a un juicio por el mismo motivo y no tenía otra forma de viajar hasta los tribunales. El infractor llegó a los tribunales acompañado por los agentes y fue juzgado tanto por su acción anterior como por su reincidencia.

El presidente de la Confederación nacional de boxeo declaró ayer a la prensa que, luego de estudiar los legajos y archivos que atesoran en su sede desde hace casi un siglo, no se ha encontrado ningún precedente histórico para lo que ocurrió el último sábado, en el gran estadio cubierto de la capital, durante la pelea por el título mundial de la categoría mediano entre nuestro campeón y el contendiente mexicano. Se cumplía el último minuto del combate cuando, luego de pasar las primeras catorce vueltas esquivando, amortiguando y resistiendo la andanada de golpes del adversario, nuestro campeón soltó finalmente un increíble *cross* a la mandíbula y se impuso por nocaut. El árbitro de la contienda le confesó a nuestro diario que pensó en amonestar o quitar puntos al campeón por haber pasado más de catorce *rounds* sin soltar un solo golpe, ni siquiera tibios impactos defensivos, pero que en más de un momento caviló que, siendo un

campeón tan notable, tenía que haber «una estrategia tras tamaña pasividad». El retador, muy amargado por una clara victoria que se escapó de sus manos en un abrir y cerrar de ojos, habló de un «golpe de suerte». Más dura ha sido la prensa mexicana burlándose de su púgil con títulos como «Quien pega último, pega mejor» o «Vale más golpe bien dado que cien volando». El campeón no formuló hasta ahora ningún comentario.

Llega hoy a nuestra capital la gira que, desde hace tres semanas, realiza por todas las librerías del país un joven escritor en cuya primera novela se filtró, a su juicio, «una grave errata». El escritor pidió en su momento que se retirasen todos los ejemplares y se corregiera el error, pero la editorial se negó a hacerlo aduciendo que este era «intrascendente», que no había más erratas en el libro y que, además, el autor había recibido unas pruebas o «galeradas» antes de que la novela entrase en imprenta y no había señalado errores en los plazos fijados para ello. Al día siguiente de que la novela saliese a la venta, el escritor acudió a una de las más importantes librerías de la capital y, sin anunciar su presencia ni sus intenciones, se puso a corregir con un bolígrafo negro, ejemplar por ejemplar. El personal de seguridad intentó disuadirlo, hubo gritos y forcejeos y acabó interviniendo la policía. Después de unos cuantos días de negociaciones entre el autor, la editorial y la unión de librerías, se estableció que el escritor haría una inédita «gira de promoción y corrección del libro» que ha redundado hasta el presente en grandes beneficios. La gira finalizará en dos meses, siempre y cuando no se reedite la novela, que en la última semana trepó al sexto puesto de ventas, se sospecha, gracias a la gira. La editorial y el escritor han anunciado que, en el caso de publicarse una segunda edición de la novela, se mantendrá la «grave errata» y se programará una segunda etapa de la gira, pero que allí terminará la cosa. «En el supuesto de una tercera edición, la errata se corregirá con el mismo rigor y el mismo profesionalismo con el que siempre hemos trabajado en pos de la excelencia de nuestros libros», expresa la editorial en su último comunicado de prensa.

Unas diez mil personas, según los organizadores (tres mil quinientas, según la policía), marcharon ayer al congreso nacional en protesta contra la nueva «Ley de derechos y deberes de lecturas y escrituras para lectores» que, entre sus edictos más polémicos, establece que las editoriales y los libreros han de publicar y vender novelas de autores extranjeros de acuerdo con un complejo sistema de cupos que establece para cada mes de cada año un binomio de países autorizados. De este modo, únicamente en octubre del año próximo podrán publicarse autores cubanos y albaneses, mientras que los escritores de países como Noruega, Marruecos o Tailandia tendrán que

esperar casi tres años hasta que sus obras sean puestas al alcance del público. El presidente ha respondido que «no es juicioso rever una ley que ha sido votada en forma casi unánime por el gobierno y la oposición», aunque ha prometido recibir a la ULI (Unión de Lectores Independientes) y a la ULAN (Unión de Lectores Amantes de las Novelas) y atender a sus reclamos, entre los cuales se incluye la anulación de diversos artículos como el 12, el 33, el 45 o el 57 bis. Este último prohíbe a los escritores «ofrecer finales demasiado abiertos, que puedan causar la insatisfacción del público».

Huellas digitales en los libros adulterados, leves detalles biográficos que se transparentaron en la reescritura de los textos… Los cinco miembros del «Grupo comando Kornél Esti» dejaron demasiados indicios, cree la policía, y por eso fue no fue arduo detenerlos ayer por la mañana cuando se disponían a enviar por correo, desde una estafeta de la capital, un ejemplar de *Blancanieves y el enanito* que iba posiblemente dirigido al ministro de cultura. Los cinco integrantes de la pandilla se encuentran incomunicados en la cárcel de máxima seguridad de nuestra capital, mientras la policía trata de establecer si existen cómplices en libertad. Entre tanto, el crítico literario que reveló a este mismo diario, días atrás, que el comando había elegido su nombre basándose en un cuento de un famoso escritor húngaro, lamentó profundamente que el comando Kornél Esti haya procedido por medio de la sustracción. «A mi entender -expresó el crítico, mediante un comunicado- la experiencia de la lectura es adición, no sustracción; y, en tal sentido, el comando ha errado la metáfora de su accionar». De acuerdo con el crítico, «si toda obra es como un hecho original, toda lectura se asemeja a un recuerdo de este hecho y, como tal (como recuerdo), además de coincidir con los recuerdos de otros, añade y suma elementos propios, cosa inherente a toda rememoración». En consecuencia, cree el crítico, ejemplares con títulos como *Farenheit 879* o *Los diez mosqueteros* «hubiesen sido una mejor ilustración de la grandiosa práctica de la lectura, si es que el comando Kornél Esti quiso ilustrar alguna cosa, lo cual queda por verse».

El abogado del traductor literario del libro de Franz Kafka que en estas últimas semanas leyeron unas treinta y cinco personas (personas que despertaron, tras un sueño intranquilo, convertidas en insectos) ha afirmado que su cliente «no es culpable ni responsable de un fenómeno que lo excede». El traductor prestó ayer declaración ante el juez en lo criminal de la cámara principal de tribunales. Allí reconoció haberse tomado «algunas licencias» y haber incurrido «en un par de errores imperdonables» al traducir el libro de Kafka, pero alegó ser inocente en lo que atañe a la inexplicable epidemia que preocupa cada vez más a nuestras autoridades sanitarias. El traductor admite que «no

se pueden olvidar las cosas pasadas», pero confía en que la justicia y la opinión pública «tengan conmigo un poco de consideración».

Tres hombres y dos mujeres fueron detenidos ayer cuando intentaban dinamitar el busto de un famoso escritor de nuestro país. La policía ha afirmado que los cinco individuos forman parte de un círculo de lectores que celebra la obra literaria de otro escritor. De acuerdo con el comisario en jefe de nuestra policía, los detenidos han aceptado las imputaciones, pero han querido aclarar que actuaban en beneficio de otro círculo de lectores: un grupo que celebra la obra literaria del autor retratado en el busto y cuyo objetivo primordial es que nuestra capital sea idéntica a cómo aparece en las novelas de su venerado hombre de letras. Según los detenidos, el parque que ellos se disponían a dinamitar aparece descripto en varias novelas del escritor que admira el grupo rival y «en estas descripciones no aparece ni podría aparecer un busto del propio autor».

Con enorme éxito de público abrió ayer una nueva sala del museo de arte moderno de nuestra capital. En este flamante sector, inaugurado por el ministro de cultura, se ha vuelto a exponer el célebre cuadro *La fidelidad* en su «versión actualizada», según ha dicho el director del museo, pero también se exhiben tres obras hasta hoy desconocidas del autor de *La fidelidad*, un célebre pintor belga que vivió hace algunas décadas en nuestro país. Las cuatro obras fueron presentadas, al final del discurso del ministro de cultura, por una joven estudiante de arte que realizó, a pedido del autor de los cuadros, una serie de «retoques mínimos, suplementarios». Aunque el anciano artista no se hizo presente por motivos de salud (acaba de cumplir noventa años y ya no pinta ni viaja), la joven estudiante de arte leyó un mensaje, escrito para la ocasión, en el que pintor se declara «aliviado, orgulloso y feliz por todos estos reconocimientos».

El Servicio Meteorológico comunica que habrá hoy la mayor nevada de la historia. Mañana se anuncia mejor: cielo despejado, vientos leves o moderados del sector norte cambiando al sector este y una temperatura de entre 15 y 23 grados.

EL LECTOR

Para Stephen Dixon

Muere el último lector en el mundo y con él desaparecen, apenas minutos después, todos los libros del mundo, todas las palabras escritas, es como si la tinta se evaporase, como si las páginas se pusieran de pronto en blanco. Pero no, muere el último lector y no le ocurre nada a ningún libro, no le ocurre nada a nadie porque nadie se entera de ello, es algo sin interés y, además, ¿quién podría enterarse de algo si ya nadie lee las noticias ni nada? Pero no, muere el último lector y un niño, un niño pequeño, encuentra años después su biblioteca, la última biblioteca que queda en el mundo, la encuentra y consagra su vida a desentrañar esos signos, salvo que no hay nadie capaz de decirle si lee de modo correcto. Pero no, el lector, el último lector no ha muerto aún, por el momento agoniza y su familia no comprende que con él ha de morir algo más vasto y más importante que un ser querido. Pero no, el último lector hace rato que murió, se murió mientras leía y sin conocer el final de esa novela que tanto le gustaba. Pero no, al morir vio que alguien lo esperaba en el más allá, alguien esperaba al último lector en un lugar que no era el paraíso, que tampoco era el infierno, era más bien un lugar parecido a una biblioteca, lo esperaba con un libro, con el libro inacabado, y así el último lector conoció el último final.

TELEVISIÓN

0:30 «El libro de Dios» (religioso)

0:45 «Noticias con todas las letras»
Novedades y reediciones destacadas.

1:30 «Deportes trasnochados»
Competencias deliberadamente desiguales entre escritores y yudokas o karatecas profesionales.

2:55 «Comedy Masters»
Lectores empedernidos cuentan chistes imitando el estilo de los grandes maestros de la literatura.

3:42 «Página en blanco» (redifusión)

4:53 Serie «Las palabras» (capítulo xxxiv)
Una mujer ignora el significado de ciertas palabras y ciertas frases que leyó en un libro. Episodio tras episodio, diferentes personas le ofrecen diferentes interpretaciones.

6:00 Pronóstico del tiempo. Hoy: cumbres borrascosas.

6:05 «Las lecturas del señor Magoo». Dibujo animado.

6:30 *Teleshopping* del libro electrónico.

7:00 Grandes clásicos resumidos. Hoy: «Los hermanos Karamazov».

7:01 «Telescuela para todos». Hoy: construya su biblioteca de papel y su señalador de madera.

7:51 Telenovela. «Una vuelta de página»

Una mujer no logra perdonar a su marido escritor que, en su última novela, reveló sus más íntimos secretos. Para vengarse intenta toda clase de ardides.

9:00 «Guerra de ratones» (juego para todo público)

Cada biblioteca barrial presenta un equipo (su propio equipo de «ratones de biblioteca») que compite contra el equipo de otra biblioteca barrial. Esta semana: lanzamiento de enciclopedias.

10:00 «La salud de nuestros libros»

Hoy: gusanos y otros insectos.

11:00 «Gran Hermano Temporada 3». *Reality show*.

Nueve especialistas en la obra de George Orwell son encerrados durante ocho meses en el aula magna de una polvorienta universidad. Sus divertidas peripecias son seguidas en vivo gracias a un sinnúmero de cámaras. Cada mes, los espectadores eliminan a uno de los especialistas.

13:10 Yoga y libros.

Posturas que relajan el cuerpo mientras leemos.

14:05 «Sherlock Comes» (serie británica, doblada al castellano)

Un lector, fanático de los libros policiales de Conan Doyle, ha enloquecido y se cree Sherlock Holmes.Tras tomarlo por un simple chiflado sin remedio, Scotland Yard descubre que el lector tiene un talento fuera de serie para resolver toda clase de misterios y delitos.

15:00 «A ciegas» (entretenimiento)

Famosos críticos literarios comentan libros que no han leído y cuyo contenido ignoran por completo.

15:42 «Página en blanco» (redifusión de la redifusión)

16:53 «Los analfabetos» (telefilm juvenil)

Dos jóvenes que no saben leer reciben como herencia inesperada cinco mil libros de un antepasado.

18:10 Lotería en vivo. Hoy: Babel.

18:20 «Recetas que son un poema» (emisión para el ama de casa y la familia)

Propuestas culinarias en versos endecasílabos de rima consonante.

18:45 «Capítulo final». Debate en torno a un mal libro con la participación de los más destacados miembros de la farándula.

19:30 Fútbol.

21:00 «Libros, libres…» (película)

Una mujer es detenida por la policía, en un país dictatorial, porque posee algunos libros prohibidos. Un abogado trata de salvarla y se enamora de ella.

22:34 Lotería (redifusión)

22:44 «Yo quiero publicar… ¿y usted?» (Entretenimiento)

Escritores inéditos buscan editores y viceversa.

23:17 «El taller» (documental pedagógico)

Una mujer asiste cada jueves a un taller literario diferente, deseosa de convertirse en escritora y ganar el premio Nobel. Episodio de hoy: «La perspectiva omnisciente mal focalizada» y «Cómo lograr un buen texto de solapa».

23:49 «El gran debate» (actualidad)

Un político conservador se confronta, cada semana, con un escritor de izquierda que no simpatiza nada con él.

0:30 «El libro de Dios» (religioso)

SOBRE ALGUNOS TEXTOS

«Instrucciones para leer un libro» es, obviamente, una reescritura de las «Instrucciones para subir una escalera», de Julio Cortázar. O, mejor dicho, lo que algunos llaman una *transducción*.

«Biblioteca breve» es un homenaje a Jacques Roubaud y Frédéric Forte. Pero, sobre todo, a Guy Bennett y su magnífico libro *Self-evident poems*. De ellos, el «Cuento con fe de erratas» es un guiño amistoso y lleno de admiración a Paul Fournel.

«Continuidades del cuento» toma como punto de partida un cuento breve y magistral de Julio Cortázar: «Continuidad de los parques». Las continuidades fueron escritas con palabras presentes en el cuento, empleándolas sin alterar el orden en el que aparecen en el texto. He realizado también una versión en francés (distinta porque toma palabras sueltas de la traducción a ese idioma), que fue publicada en 2015 como *Dix-continuités*, en el número 217 de la B. O. (Bibliothèque Oulipienne).

«Basta mirar con atención» es una versión diferente de un relato insertado, a manera de digresión, en mi novela *Un padre extranjero*.

«Mañana se anuncia mejor» es una *nuevina* temática: nueve noticias o nueve rúbricas periodísticas (según el caso) que rotan en espiral a lo largo de diez entregas. Una versión más larga, la versión original, fue escrita en francés como *Demain s'annonce plus calme*. Las «cubiertas cleptómanas» fueron especialmente creadas por Dorothée Billard, integrante del binomio Monobloque con el que realizamos el proyecto *Inventario de inventos (inventados)*.

NOTAS

[1] También conocido como «Relato con muchas notas al pie».

[2] En este caso, como habrá advertido el lector (si es mínimamente sagaz), no se trata de «Un cuento» en un sentido abstracto, sino de «Este cuento», el cuento que ahora mismo él está leyendo.

[3] Como es difícil establecer de manera objetiva cuántas notas al pie son muchas, conviene aplicar los criterios del semiólogo húngaro Sandor Budaï (1929-1983), quien en su clásico ensayo *Histoire et pratique de la note en bas de page* («Historia y práctica de la nota al pie», primera edicion: Gallimard, París, 1975) considera que una práctica abusiva de la nota al pie ocurre cuando un texto tiene equis cantidad de palabras y la suma de sus notas al pie equivale a por lo menos el veinticinco por ciento del texto.

[4] No confundir con el concepto de «nota» en cuanto a la calificación que se le otorga a un texto o en cuanto a la «nota» o el apunte que toma un escritor previo a un texto (en este caso, el texto ya está escrito y la nota viene después y al pie), ni tampoco en cuanto a «nota musical».

[5] Por alguna razón, la palabra «pie» se emplea habitualmente en singular, lo que lleva a concluir que el cuento, a diferencia de otros mamíferos, tiene un solo pie. O, en su defecto, que tiene dos pies, pero uno solo de ellos recibe notas.